



Primero, la prueba de embarazo

Después, el matrimonio...

Aunque fue algo completamente alejado de su personalidad, la siempre responsable Addison Fields pasó una noche apasionada y salvaje con el magnate Jude Fisher. Ocho semanas después, el corazón se le aceleró de una forma muy poco profesional, porque, aparte de sus deberes como ejecutiva de su empresa, la habían seleccionado para trabajar con Jude. ¡Y tenía que decirle que se había quedado embarazada!

A causa de un error juvenil que había aparecido publicado en la prensa sensacionalista, Jude solo pudo heredar el grupo empresarial de su familia con la condición de no verse envuelto en ningún escándalo nunca más. Así pues... ¡su hijo tenía que ser legítimo! Y añadir complicaciones al contrato que había firmado legalmente con Addi no sería sensato. Sin embargo, cada vez que veía la pasión ardiendo en sus ojos, la sensatez era lo último en lo que él pensaba...

Capítulo 1

ADDI Fields estaba en el balcón que recorría, al completo, la fachada del salón de baile del Hotel Vane. Se alisó la tela de raso del vestido mientras notaba la caricia de la brisa fresca en la espalda desnuda. El vestido, de un azul marino intenso, flotaba sobre su cuerpo larguirucho. Tenía cuello halter y parecía recatado por la parte delantera, pero la parte de atrás era cualquier cosa menos modesta, ya que el escote le rozaba la parte superior del trasero. Había tenido que pensar mucho en la ropa interior que se ponía.

Tomó una copa de champán ofrecida por un camarero y pensó en el premio que le habían entregado un poco antes, aquella misma noche. Una de las propiedades que formaban parte de la cartera que ella gestionaba para la división hotelera de Thorpe Industries había sido seleccionada como mejor pequeño alojamiento del año y, comprensiblemente, estaba encantada. Dado que corría el rumor de que Thorpe Industries estaba a la venta, no sabía cuánto tiempo podría seguir disfrutando de los elogios que acompañaban a aquel reconocimiento.

Addi observó, a través de las puertas de la terraza, el concurrido salón de baile. Estaba repleto de representantes del sector de la hostelería: hombres y mujeres que poseían los hoteles, los alojamientos y las ofertas de ocio más espectaculares del continente. Ella estaba allí únicamente porque Thorpe Industries se encontraba en un estado de incertidumbre: Cole Thorpe había recibido hacía poco tiempo el regalo de la compañía por parte de su hermano, y la división hotelera no estaba en su lista de prioridades. Ella había pedido permiso para representar a Industrias Thorpe en aquel evento al darse cuenta de que era una gran oportunidad para crear contactos profesionales. Tal vez alguno de los presentes podría darle trabajo si se quedaba en el paro cuando Cole Thorpe vendiera la empresa.

Su nuevo jefe llegaría al país a las pocas semanas, y Lex, su hermanastra y mejor amiga, iba a ser su chófer por Ciudad del Cabo a tiempo parcial. A lo mejor Lex le oía hablar de sus planes mientras lo llevaba de un sitio a otro, algo que a ella le daría cierta ventaja.

Ojalá.

Por otro lado, no estaba dispuesta a perder la oportunidad de pasar dos noches en uno de los mejores hoteles del país y de disfrutar de la comida de un cinco estrellas. Era una pena no tener el tiempo ni el dinero para visitar el galardonado spa del hotel.

Normalmente, sus días consistían en salir temprano de casa para evitar el tráfico infernal de Ciudad del Cabo, trabajar diez horas seguidas y volver a casa con el recibimiento de sus ruidosas hermanastras, tan llenas de energía. Después de que las más pequeñas se fueran a la cama, Lex y ella disfrutaban de una copa de vino acurrucadas cada una en un extremo de su viejo sofá.

La mayoría de las tardes hablaban de sus finanzas, y Lex le decía que las niñas necesitaban dinero para una excursión escolar, o zapatos nuevos para el colegio, o que un inodoro goteaba, o que hacía falta limpiar los canalones. Ella ganaba un buen sueldo pero, con tres hermanastras que mantener, el dinero nunca daba para mucho. Y nunca había podido darse el lujo de gastárselo en sí misma. Había comenzado a trabajar a tiempo parcial a los catorce años y, al principio, le entregaba la mayor parte de su salario a Joelle, su irresponsable madre. Después, el dinero que ganara se lo daba a la tía Kate para ayudarla con los gastos de manutención de Lex y de ella.

Apoyó el premio en la balastrada e inclinó la cabeza hacia arriba para mirar el cielo. Se preguntó cuándo podría irse, a qué hora nadie enarcaría una ceja al verla salir del salón de baile, suponiendo, claro, que alguien se diera cuenta de que lo hacía. Era un pececillo en un tanque lleno de tiburones. Se sentía fuera de lugar, incómoda, pero, a cambio de tener la oportunidad de hacer contactos y ser vista por posibles empleadores, valía la pena sufrir cualquier incomodidad.

Con aquel vestido ceñido y escotado por la espalda, se sentía expuesta y un poco desnuda. Prefería con diferencia su estilo masculino: camisas blancas, faldas de tubo hasta la rodilla y calzado sensato. Tenía el pelo rubio y brillante y llevaba un peinado muy corto y moderno, pero solo porque le ahorrraba tiempo al arreglarse por las mañanas y, siendo rubia

natural, no requería más que un retoque cada cuatro o cinco meses. No tenía tiempo ni dinero para gastar en su apariencia.

Aunque sabía que debería estar socializando en el salón de baile, no contaba con las energías necesarias. Aquella jornada había sido muy larga y había culminado con una charla de Jude Fisher, propietario de Fisher International. Él, y su abuelo antes que él, Bartholomew Fisher, eran leyendas en el sector, propietarios de algunos de los más antiguos y mejores establecimientos de África. Su hotel de las Seychelles estaba considerado uno de los mejores del mundo, y el hotel de safaris adyacente a la reserva de caza de Etosha, en Namibia, tenía una lista de espera de cuatro años. Cuatro años.

Addi se había sentado en la parte de atrás de la sala con el bloc de notas en el regazo y había escuchado atentamente su charla sobre cómo los hoteles podían ser más ecológicos. Al igual que ella, tenía pasión por la sostenibilidad, y la sala de conferencias había estado muy concurrida. Ella no había escrito nada en su cuaderno, ni había asimilado nada... Simplemente, se había quedado mirándolo fijamente

Por lo general, ella no se distraía con facilidad, pero, debido al carisma de Fisher, a su masculinidad y al modo en que se había hecho con el mando de la sala, se había perdido el saludo y la introducción. Al contrario que la mayoría de los conferenciantes, no iba vestido con un traje de diseño, sino con unos pantalones de pinzas azul marino, un cinturón de cuero y una camisa blanca. Llevaba desabotonado el cuello y las mangas enrolladas, de manera que se le veían los antebrazos musculosos.

Bajo su ropa informal se adivinaba un cuerpo diseñado para hacer llorar a los ángeles. Era alto; medía aproximadamente un metro noventa centímetros. Tenía los hombros anchos, y se le notaba la silueta de un tatuaje en el pectoral derecho a través de la camisa de algodón. También parecía que tenía otro en el bíceps izquierdo. Tenía las venas protuberantes en las manos y en los antebrazos, señal de que se tomaba en serio el ejercicio físico. Además, su rostro era increíblemente sexy, su boca, sensual. Tenía el pelo rizado y corto, y una barba negra le salpicaba las mejillas y la mandíbula. Su nariz era alargada y un poco torcida, como si se la hubiera roto alguna vez y no se hubiera molestado en arreglársela.

Sin embargo, eran sus ojos los que habían captado por completo su atención. Eran del color verde oscuro de un bosque y estaban rodeados por unas pestañas puntiagudas.

Su voz era grave, profunda, cálida como un chocolate en un día frío de invierno. Llevaba pulseras de cuero y un reloj de muñeca, y se notaba que estaba completamente a gusto hablando en público.

Cuando consiguió desviar la atención de su cuerpo y de su cara y comenzó a escuchar lo que decía, rápidamente se dio cuenta de que Fisher sabía lo que estaba haciendo. Lógicamente, se imaginaba que, siendo el consejero delegado de uno de los grupos hoteleros más importantes del mundo, tenía que conocer el sector a la perfección, pero no esperaba que entrase de lleno en las complejidades de la sostenibilidad y las opciones ecológicas para la industria del ocio. Tampoco esperaba que fuera tan consciente del impacto que tenía su negocio en el medio ambiente. Hablaba con seguridad y con conocimiento de causa y, de vez en cuando, daba una pincelada de sentido del humor. Todo el mundo, hombres y mujeres, habían comido de su mano durante su intervención de noventa minutos.

Por suerte, habían grabado la charla, porque ella no había asimilado tanto como debiera. Él había expuesto algunas ideas brillantes, de bajo presupuesto y efectivas, pero ella no recordaba ninguna.

—Hace una noche preciosa.

Ella se giró y vio que un hombre separaba el hombro de la pared y salía de entre las sombras. Se le aceleró el corazón y agarró con fuerza la copa, mientras notaba que se le quedaba la garganta seca. Hablando del rey de Roma...

Dios santo, qué bien olía.

No reconocía su colonia, pero le recordaba a la brisa marina, o al hecho de nadar en una cala de aguas azules, rodeada de acantilados, fresca y maravillosa.

«Deja de mirarlo y piensa, Fields. Estás delante de uno de los hombres más influyentes del sector y, dado que cabe la posibilidad de que te quedes sin trabajo muy pronto, lo mejor es que causes una buena impresión».

Sin embargo, lo último que tenía en mente era hablar de trabajo. Y parecía que él, tampoco.

De hecho, la estaba mirando con interés.

Con mucho interés...

Vaya. ¿Qué estaba ocurriendo? Ella era fría y quisquillosa, alta y delgaducha, y no era del tipo que podría atraer a los dobles de David Gandy en un evento social. A decir verdad, no frecuentaba bailes, fiestas, discotecas ni bares, así que ya no tenía ni idea de si era el tipo de alguien.

Eso era lo que había sucedido cuando, a los veintiséis años, después de una vida llena de decepciones, había tenido que enfrentarse a un cambio radical: no solo había quedado a cargo de dos hermanastras, sino que, además, su prometido había roto la promesa de quererla en lo bueno y en lo malo y no había permanecido a su lado.

—Soy Jude Fisher.

Sí, ya sabía quién era.

—Estabas en mi presentación de esta tarde —añadió él, mientras se acercaba.

¿De veras se había fijado? Ella se había sentado al fondo de la sala, detrás de un hombre muy alto y de una mujer con mucho pelo. Tragó saliva y asintió.

—Sí —dijo—. Me ha parecido interesante.

Él hizo una mueca y el humor hizo brillar sus ojos.

—¿Interesante en el sentido de «bueno», o interesante en el sentido de «aburrido»?

Ella arqueó una ceja.

—No lo tomaba por alguien que se permite la falsa modestia, señor Fisher.

Él sonrió al oír su seca contestación.

—Vaya, así aprenderé a no buscar cumplidos.

—La sala estaba llena de gente y todo el mundo estaba atento a lo que decía. Además, después lo asaltaron —dijo ella, tratando de contener la sonrisa.

—Me di cuenta de que tú te marchaste en cuanto terminé la charla.

—No necesitaba que me aclararan nada —respondió Addi.

La ecología era una verdadera pasión para ella, pero no tenía la valentía necesaria para decirle que había aumentado la eficiencia energética, había reducido los residuos y había hecho que instalaran sistemas de reciclado en todos los establecimientos que estaban bajo su control.

Jude señaló su vestido.

—Estás muy guapa.

No necesitaba añadir que su aspecto era muy distinto al de aquella tarde. Durante la conferencia, ella llevaba su uniforme de Thorpe Industries: camisa blanca, falda negra, chaqueta verde claro y zapatos de tacón bajo. El uniforme no era sexy ni estiloso, pero era gratis, y no tenía que gastar dinero en ropa para ir a trabajar. Eso era de agradecer.

—Gracias —dijo Addi, y captó el calor que desprendían sus ojos.

Llevaba tanto tiempo alejada de aquel tipo de juego que no sabía si él estaba interesado de verdad o si eran imaginaciones suyas.

A su vez, señaló su traje y enarcó las cejas.

—Ese traje también es bonito. ¿Diseñador?

Jude extendió los brazos y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —dijo—. ¿Tiene alguna importancia?

—Para mí, no. Aunque es atrevido lo de no llevar corbata ni pajarita, cuando todos los demás llevan esmoquin.

—Se me olvidó meter la corbata en la maleta —dijo él, encogiéndose de hombros—. ¿Qué van a hacer? ¿Echarme?

No, por supuesto que no. En realidad, los organizadores debían de estar muy agradecidos por el hecho de que hubiera asistido a la cena y a la ceremonia de entrega de premios, porque su presencia era todo un golpe de efecto.

—¿Siempre hace lo que quiere? —le preguntó ella, con curiosidad y, también, con envidia.

—¿De qué sirve hacer lo contrario?

Eso podía decirlo él, que nunca habría tenido que complacer a nadie salvo a sí mismo. No tenía ni idea de lo que significaba verse obligado a aceptar una situación sobre la que no se tenía el control.

—¿Tú, no?

—¿No, qué?

—¿No haces siempre lo que quieres, cuando quieres?

Estuvo a punto de echarse a reír. No, no podía. Ella trabajaba, contaba hasta la última moneda, trabajaba más, tomaba una copa de vino con su hermana y trabajaba. ¿No lo había mencionado ya?

Antes de que pudiera responder, él le pasó un dedo por el brazo, y aquel roce provocó una descarga eléctrica que recorrió todo su cuerpo. Lo miró a los ojos y, al ver el deseo reflejado en ellos, ya no tuvo duda de que se sentía atraído por ella. El calor invadió su cuerpo y se le puso el vello de punta. Aquello era muy extraño, y se sentía muy insegura. Era casi como si estuviera viendo una película cuya protagonista era ella misma.

Sin embargo, aquella noche no quería ser la Addi de costumbre, tan responsable y trabajadora que nunca tenía tiempo para divertirse. Quería ser la mujer que le correspondía a aquel vestido, segura de sí misma, sofisticada y estilosa. Aquella noche quería ser el tipo de mujer con la que saldría Jude Fisher.

—Todo lo que puedo —respondió, por fin.

No era mentira. Si hubiera podido vivir sola, y fuera un poco egoísta, lo habría hecho así. Pero en aquel momento no tenía ni la economía ni las emociones necesarias para ser egocéntrica.

Miró la mano de Jude, que descansaba sobre la balaustrada de la terraza. Se preguntó cómo sería sentir las caricias de aquellas manos grandes en la piel desnuda. De repente, todo su cuerpo reaccionó con una avalancha de deseo duro y caliente. Hacía tanto tiempo que no notaba algo así, que casi no lo reconoció.

Él le miró los labios y, después, la cara.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, con la voz más grave que antes.

—Addi —susurró ella.

—Addi —repitió él, sin apartar la mirada de su rostro.

Entonces, le acarició con el pulgar la piel del interior de la muñeca, y ella volvió a sentirse como si la hubieran enchufado a una subestación eléctrica. Aquella era una locura, de las mejores clases de locura, sí, pero una locura.

Jude giró la cabeza y tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero que se había acercado sin que ella se diese cuenta. Le entregó una de las copas, y sus dedos se rozaron. Addi bebió un poco y suspiró cuando el champán le calmó la lengua y la garganta secas. Se giró para admirar el jardín del hotel, inhaló la fragancia de los fynbos, que llegaba desde Table Mountain, y de las rosas que crecían en la rosalada que había bajo ellos. Hacía una noche muy cálida, bochornosa, y parecía que estaba llena de promesas. La luna llena se asomaba por detrás de una fina nube.

Estaban a finales de verano y, a medida que pasaran los días, las noches perderían aquel calor.

Addi inclinó la cabeza hacia atrás y miró el cielo nocturno. Ojalá pudiera identificar las constelaciones. De pequeña, al mirar las estrellas, se sentía conectada con algo más grande y mejor, aunque no supiese qué era... Y, de adulta, cuando se sentía inquieta, aún miraba el cielo. Aquella noche no le estaba sirviendo mucho, no obstante. La presencia del hombre que estaba a su lado le resultaba abrumadora.

Su brazo rozó el de ella cuando él señaló hacia arriba.

—Se ve la Cruz del Sur —le dijo.

No, la Cruz del Sur estaba a su derecha, y más baja. Addi pensó en quedarse callada, pero no era de las que se hacían la tonta.

—Está desviado más de treinta grados —le dijo.

Pensó que Jude Fisher iba a hacer un mohín, porque a los hombres no solía gustarles que los corrigieran, pero él sonrió, y ella vio aparecer a un lado de su boca aquel famoso hoyuelo doble. Tenía una sonrisa amplia y los dientes, perfectos y blancos.

—Vaya, demonios, llevo más de veinte años diciéndoles a las chicas que esa era la Estrella del Sur.

Addi sonrió. Le gustaba que fuera capaz de reírse de sí mismo.

—De ahora en adelante, si yo fuera usted, dejaría a un lado el truco de seducción mediante la astronomía, señor Fisher.

—Me alegro de haberme enterado —respondió él, y suspiró—. Vaya, era todo lo que tenía. Nunca voy a volver a salir con nadie.

Ella se echó a reír y puso los ojos en blanco.

—Sí, está sentenciado —bromeó. Sin duda, aquel hombre no tenía ni el más mínimo problema a la hora de conseguir que una mujer saliera con él.

Aunque, en realidad, nunca había visto ningún titular ni ninguna noticia sobre la vida personal de Jude Fisher. No había historias sobre sus relaciones con bailarinas, deportistas o famosas. Como había señalado recientemente un periodista, o tenía habilidades de ninja para ocultar su vida privada a ojos de los demás, o era un monje.

Y ella, teniéndolo delante en aquel momento, sabía que no era ningún monje.

—¿Hace esto muy a menudo? —le preguntó—. Me refiero a lo de acercarse a mujeres desconocidas en los balcones de los hoteles.

—No, eres la primera —dijo él—. Trato de ser discreto en mis asuntos románticos. Creo que lo que yo haga en mi tiempo libre es asunto mío y de nadie más.

Sí, cierto.

Él apoyó los codos en la balaustrada y entrelazó los dedos. Después, continuó en un tono serio.

—Y lo que escriben son exageraciones. No sé cómo, pero los medios de comunicación siempre se equivocan, o hacen una montaña de un grano de arena.

Claramente, no le gustaban los periodistas.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —le preguntó ella, con curiosidad.

—No lo sé —respondió él, y apuró la copa de champán—. Cuando tus ojos se cruzan con los míos, me siento como si necesitara decir la verdad.

—Tengo los ojos azules, muy corrientes —dijo Addi, algo desconcertada.

Sí, ella era rubia y tenía los ojos azules, pero no era nada especial. De hecho, a menudo deseaba tener el físico exótico de Lex. Su hermanastra era pelirroja y tenía la cara llena de pecas. La gente se la quedaba mirando porque era atractiva. Ella, en un día bueno, era solo mona. Al contrario que su madre, Joelle, no tenía el atractivo de Marilyn Monroe.

—¿Corrientes? —preguntó él, con un resoplido—. Son del color del mar a medianoche, profundos, oscuros y misteriosos —dijo. Después, se le escapó una media carcajada y se pasó una mano por el pelo—. Dios mío, ahora parece que soy una tarjeta de felicitación.

Aunque sus palabras eran ligeras, su tono no lo fue. Addi se dio cuenta de que le sorprendía sentir aquella atracción por ella. Miró la mano en la que tenía la copa de champán y vio que le temblaban los dedos. Tenía los hombros tensos y un rubor en las mejillas.

La deseaba, pero estaba intentando disimularlo. Ella alzó la mano y le acarició la mejilla con las yemas de los dedos. Notó su barba incipiente. Pasó el pulgar por su labio inferior, sin dejar de mirarlo a los ojos.

Se los imaginó a los dos haciendo el amor en una enorme cama. Estaba segura de que haría que se sintiera una mujer fuerte y poderosa, de

que la haría gritar de placer. No tenía por costumbre tener aventuras, pero sabía que necesitaba pasar aquella noche con Jude.

Necesitaba sentirse mujer, sentirse como ella misma, ser cualquier cosa menos la abejita trabajadora y siempre estresada, la hermana mayor y responsable, la que se pasaba las noches intentando estirar un presupuesto que no llegaba. Necesitaba sentir, estar cuerpo a cuerpo, boca a boca, y disfrutar de una conexión íntima y física. Todavía le quedaba una noche lejos de sus hermanas, y se arrepentiría si no aprovechaba la oportunidad de estar con aquel hombre...

Jude giró la cabeza, le besó la palma de la mano, y le tocó la piel con la lengua. Ella se puso tensa y cerró los ojos mientras notaba que la intensidad de aquel contacto le recorría todo el cuerpo, hasta los pies. Si era capaz de hacer que sintiera todo aquello con un beso tan ligero, ¿qué ocurriría si la besaba de verdad, si ella le concedía el acceso a todas las partes de su cuerpo?

Jude le sujetó la cabeza con la mano y la miró a los ojos mientras se inclinaba hacia delante para besarla. Ella esperaba un contacto duro y rápido, pero fue suave y lento. Le sujetó las muñecas mientras él la exploraba con los labios, dándole mordiscos suaves y deslizándose por su piel. Ella suspiró, y él introdujo la lengua por el pequeño resquicio. Cuando sus lenguas se encontraron, dos universos chocaron y se fundieron en uno. De repente, solo contaba con el aire que él pudiera darle, y su lengua era la que la alimentaba con besos calientes y oscuros.

El placer se apoderó de ella e hizo que suspirase. Él posó la mano en su espalda desnuda y le acarició la parte superior del trasero. La estrechó contra su cuerpo y ella notó su erección contra el vientre.

—Te deseo —le dijo él, entre besos ardientes, con una voz gutural—. Te deseé en cuanto te vi esta tarde. Te deseo ahora. Déjame llevarte a la cama.

Aquel era su momento. Era su noche. La noche en la que podía ser Addi, podía ser libre de su responsabilidad y de sí misma. Sentir, experimentar...

Se puso de puntillas y lo besó.

—Sí, por favor.

Capítulo 2

ADDI se quedó mirando la diminuta ventana en la que aparecían dos líneas azules, y el alma se le cayó a los pies. No podía creer lo que estaba viendo. Tomó el otro test, que había dejado sobre la cisterna, y miró también aquella ventana. En ella aparecía, parpadeando, la palabra embarazada. En un tercer test también aparecían las dos líneas.

Sin duda, estaba embarazada.

Se sentó en el inodoro y metió la cabeza entre las piernas para tratar de tomar aire. De repente, sus pulmones eran demasiado pequeños. ¿Embarazada? ¿Cómo era posible?

Bueno, sabía cómo era posible: Jude Fisher y ella habían hecho el amor tres veces hacía ocho semanas y, a pesar de que ella estaba tomando la píldora y él se había puesto un preservativo en cada ocasión, uno de sus chicos había encontrado el camino hasta una de sus chicas.

Tenía explicación para el fallo de la píldora. Había tomado antibióticos aquella semana y se decía que los antibióticos podían disminuir la efectividad del anticonceptivo. Sin embargo, Jude había utilizado preservativos. Lo habían hecho todo bien, pero allí estaba ella, embarazada. ¿Cómo había podido ocurrir? Y ¿por qué le había sucedido a ella?

Tuvo náuseas y se agachó para vomitar en el inodoro. Después de enjuagarse la boca y lavarse la cara en el lavabo, se miró al espejo. Tenía ojeras, las mejillas pálidas y los labios, agrietados. Tenía los ojos enrojecidos por haber pasado demasiadas horas mirando el monitor del ordenador y había adelgazado, algo que no podía permitirse.

Trató de contener el pánico. No podía estar embarazada. No quería. ¿Cómo iba a explicarle a Lex que se había quedado embarazada debido a una aventura? Se habían prometido la una a la otra que siempre tomarían

precauciones y que nunca tendrían un hijo no deseado. No iban a seguir los pasos de su madre, que había tenido cinco hijas de cinco hombres diferentes. Serían responsables, serían listas.

Pero ella había fallado en todo.

Se maldijo, pensando en que había hecho lo mismo que Joelle al dejarse llevar por el placer de un encuentro pasajero. Como su madre, había permitido que el deseo le nublara el sentido común. Se quedó mirando fijamente a sus pies, furiosa consigo misma. ¿Acaso no se había visto obligada a encargarse de muchas más cosas que los demás? Su madre había sido una irresponsable que las había llevado a Lex y a ella de casa en casa, de habitación en habitación, dependiendo de a quién pudiera seducir tanto como para que las acogiera a ella y a sus dos hijas. Habían pasado hambre y habían perdido muchos días de colegio, su infancia había sido difícil.

Cuando ella tenía cinco o seis años, Joelle se había casado con Tom y había tenido a Storm, otra de sus hermanastras. Los años que habían pasado con Tom habían sido los más felices de su vida, con seguridad y estabilidad. Pero, aunque fuera tan pequeña, comprendía que Joelle se aburría fácilmente y no estaba hecha para la monogamia. Cuando su madre les dijo que se iban a marchar sin Storm, que se quedaría con Tom, ella se había quedado hundida, pero no sorprendida.

Los siguientes años habían sido un torbellino, demasiadas caras y demasiadas casas, y la vida solo volvió a cobrar sentido cuando Joelle las dejó con su tía Kate. Ella ya tenía diecisiete años. La anciana, aunque irascible, les había proporcionado otra fase de estabilidad y, al morir, les había dejado la casa en herencia a Lex y a ella, además de una pequeña póliza de seguros que era suficiente para que una de las dos fuese a la universidad. Habían trazado un plan: ella iría a la universidad y se graduaría lo antes posible. Lex trabajaría y, con sus ingresos y alquilando habitaciones a otras estudiantes, pagaría su manutención. Cuando ella consiguiera trabajo, pagaría la universidad de Lex.

Al terminar los estudios, había conseguido un trabajo fantástico, Lex había empezado la carrera universitaria y ella había empezado a hacer planes para casarse con el amor de su vida, Dean, a quien había conocido en la universidad. Dean era educado y ambicioso, y tenía éxito. Cuando ella se había ido a vivir con él a su lujoso piso de Camps Bay, el plan había sido que Lex alquilara la habitación que quedaba libre para tener un ingreso más mientras terminaba la carrera.

Addi lo tenía todo bajo control. La boda iba a ser más sencilla de lo que Dean hubiera querido, pero Lex y Storm iban a ser sus damas de honor y Tom, su padrastro, iba a acompañarla al altar. No se le pasaba por la cabeza que nada pudiera salir mal. Le había enviado una tarjeta de invitación a Joelle y le había preguntado si creía que podría ir a la boda.

Diez días después, Joelle había ido en avión a Cape Town desde Tailandia, acompañada por dos hermanastras de cuya existencia Lex y ella no sabían nada. Joelle les había pedido que las cuidaran durante un fin de semana, y aquella era la última vez que habían visto a su madre.

Había ganado dos hermanastras y había perdido un prometido. A pesar de que Dean había intentado que las cosas funcionaran, Nixi y Snow no eran lo que él esperaba de la vida y no había querido compartir su casa, ni su vida, ni a ella, con dos niñas pequeñas. Ella le había pedido que retrasaran la boda uno o dos años, hasta que pudieran hacerse con las riendas de la situación y adaptarse a los cambios... El amor no podía desvanecerse tan rápidamente, ¿verdad? Pero él le había dicho que no la quería lo suficiente. Que, probablemente, no la quería.

En aquel momento, Addi había aprendido una lección vital: que la gente siempre iba a fallarle y, por lo general, en el momento en que más los necesitara. Que siempre era mejor apoyarse solo en sí misma. Y que nunca volvería a fiarse de nadie, salvo de sus hermanas. Se había prometido que las hijas de Joelle serían inteligentes, responsables, independientes y mejores que su madre.

Pero ella, la responsabilidad personificada, se había quedado embarazada. Sentía vergüenza y furia. Y, también, miedo. Después de que Dean la abandonara, había empezado a pensar que no tendría hijos, puesto que no quería casarse. Y, tal vez, fuera lo mejor, puesto que al contrario que Lex, ella nunca había conseguido conectar completamente con sus hermanastras. Mientras ella se dedicaba a trabajar para mantener la casa, Lex las tomaba en brazos, les daba abrazos y besos, les secaba las lágrimas y escuchaba sus historias. Cuando ella llegaba a casa, las niñas no salían corriendo a abrazarla ni se acurrucaban en su regazo, como hacían con Lex. No iban a su cama cuando tenían pesadillas ni le pedían su opinión ni buscaban su apoyo.

Lex era afectuosa, y ella, no. Era tímida por naturaleza y muy reservada, y se refugiaba detrás de una máscara de frialdad. Hablaba de un modo serio, rápido y seco. Sabía que sus compañeros de trabajo de su edad la consideraban engreída, y nunca la invitaban cuando se reunían para

tomar algo después de trabajar, o en sus casas durante el fin de semana. No entendían que tenía las mismas responsabilidades que los empleados más mayores, con hijos y un sueldo que estirar.

Y, ahora, iba a tener un hijo. ¿Cómo iba a trabajar, tener a su bebé, criar a Nixi y a Snow y apoyar a Lex para que pudiera terminar la carrera?

Además, Thorpe Industries estaba a la venta y, dentro de pocos meses, se quedaría sin trabajo. Sentía pánico al pensar que iba a tener que hacer entrevistas y convencer a los posibles empleadores de que valía la pena darle una oportunidad, embarazada o no. Necesitaba trabajar. No podía quedarse sin sueldo. Sus hermanas dependían de ella. Lo único que podía hacer era enviar su currículum y buscar un trabajo nuevo, pero ¿sería suficiente? No, no lo creía.

Cuando entró de nuevo en la cabina del inodoro para recoger los tests y el bolso, oyó que alguien entraba al baño y la llamaba.

—Addi, ¿estás ahí?

Podía imaginarse fácilmente a su ayudante, Greg, entrando en el baño de señoras. No tenía ningún tipo de reticencia.

—Ahora mismo salgo, Greg —dijo.

—Cole Thorpe te está buscando. Ha hecho ya dos videollamadas.

Ella alzó la cabeza y metió los tests de embarazo en el bolso. Salió a los lavabos y abrió el grifo para lavarse las manos.

—¿Ha dicho cuál es el asunto tan urgente?

—No, pero me dijo que fuera a buscarte y que volvería a llamar dentro de quince minutos —respondió Greg. Señaló su cara pálida y demacrada y añadió—. Tienes que pintarte un poco los labios y ponerte colorete, y yo te voy a preparar una taza de café.

Al pensar en el café, se le revolvió el estómago.

—Hazme una taza de rooibos, por favor. Greg se quedó mirándola con asombro.

—Pero si tú odias el rooibos.

Sí, pero odiaba más vomitar delante de su jefe.

—Entonces, queda resuelto, ¿verdad? Addi será el enlace entre Thorpe Industries y tú. Nadie conoce mejor la división.

Jude miró los dos cuadrados de su pantalla. En el más pequeño aparecía la cara de su amigo Cole Thorpe, y en el más grande, la preciosa

cara de la mujer con la que había tenido una aventura hacía dos meses. Jude se frotó la barbilla y miró su propia imagen. Tenía una cara de razonable impasibilidad. Al contrario que Addi, él no tenía cara de completo desconcierto. Cole frunció el ceño.

—¿Hola? ¿Has recibido mi mensaje? —preguntó, con impaciencia.

Jude asintió y sonrió ligeramente.

—Claro, perfectamente. Voy a analizar tus activos y te haré saber cuáles son las propiedades en las que estoy interesado.

—Te haré mejor precio si te lo llevas todo —dijo Cole.

Jude suspiró. Sabía que Cole quería librarse de una herencia que no había deseado ni había esperado, pero, aunque fuera su amigo, él no iba a comprar hoteles, cabañas ni campings que no encajaran en Fisher International.

Pero, para analizar las propiedades de su amigo y hacer una oferta, tendría que trabajar con Addi. A nivel empresarial, era lógico. Su título era gerente de operaciones y, según Cole, era capaz de solucionar todos los problemas de la división de hostelería de su conglomerado.

A juzgar por la gran cantidad de documentos que había recibido ya por parte de Cole, Addie tenía suficiente información para hacer un seguimiento de sus hojas de cálculo, y el equipo de cada uno de los establecimientos estaba desglosado hasta la última taza, la última sábana o el último artículo de repuesto. Aquella mujer era aterradoramente eficiente.

Por otro lado, él se había dado cuenta de que estaba agotada. Aunque iba perfectamente arreglada y tenía un aspecto frío y sereno, su mirada era de fatiga y había adelgazado desde la última vez que la había visto.

Sin embargo, a él se le aceleró el corazón. Addi tenía algo que le calentaba la sangre, que le hacía un nudo en la garganta. Y, fuera lo que fuera, tenía que superarlo antes de volver a encontrarse con ella.

—Supongo que deberíamos concertar algunas citas, señorita Fields.

—El señor Thorpe me ha pedido que esté a su disposición —respondió ella, en un tono frío.

Sus miradas se encontraron en el ciberespacio y él vio que sus ojos se oscurecían de deseo, o de necesidad. Sin embargo, al instante volvieron a recuperar su color. La mujer del balcón era chisporroteante, segura, atrevida. Estaba a gusto en su piel. Aquella Addi era como una versión desvaída de sí misma.

En cierto modo, le recordaba a su madre poco antes de que muriera, agotada y emocionalmente hundida, a causa de un embarazo ectópico. Él era pequeño, solo tenía ocho años, pero había tenido que crecer muy rápido y convertirse en alguien autosuficiente casi de inmediato. Eso era lo que sucedía cuando uno de los progenitores moría y el otro se ausentaba. Y, al final, se ausentaba permanentemente muriendo también.

—Bien, os dejo para que empecéis a trabajar —dijo Cole, y desapareció de la pantalla. Jude se aseguró de que ya no estaba conectado antes de apoyar los antebrazos en el escritorio.

—No sabía que trabajabas para Cole —le dijo.

Tomó un bolígrafo y dio unos golpecitos en la mesa. Estaba trabajando en el despacho de sus viñedos de Franschhoek, a una hora de distancia de la ciudad. Se volvió hacia su derecha para admirar las vistas de los cultivos, que se extendían desde su casa hasta el borde de las montañas Franschhoek. Era el primer día que veía el sol desde hacía mucho tiempo. Además, cuando llegara el siguiente frente frío, pasarían semanas o meses con bajas temperaturas y lluvia.

—¿Cómo ibas a saberlo? —preguntó Addi, encogiéndose de hombros—. No pasamos mucho tiempo hablando.

Eso no podía negarlo. Después de su conversación breve y sus besos en el balcón, estaban ansiosos por encontrar la cama más cercana, que había resultado ser la de su suite. Habían pasado el resto de la noche, y buena parte de la mañana, haciendo el amor. Él había salido de la habitación porque tenía una reunión y, cuando había vuelto, dos horas después, ella se había marchado. Se había quedado decepcionado, pero también había sentido alivio.

Cole lo había llamado justo antes de su presentación y le había preguntado si estaba interesado en comprar la división hotelera de Thorpe Industries África. Por lo tanto, no tenía tiempo para una aventura, por muy breve que fuera. El grupo empresarial e industrial que acababa de heredar su amigo poseía algunos hoteles impresionantes, y él estaría encantado de adquirirlos para Fisher International. Había un par de ellos que quería para su cadena personal de hoteles ecológicos. Sería un trato muy importante, y llevaba haciendo jornadas de dieciséis horas de trabajo durante aquellos dos últimos meses.

Eso era lo que le había costado convencer al Consejo de Tres de que le permitiera, como mínimo, realizar una investigación sobre el posible negocio.

Addi se giró al oír que alguien llamaba a la puerta, y le pidió que la disculpara un minuto. La vio alejarse en la pantalla del ordenador. Tenía un trasero y unas piernas increíbles, y él se frotó la cara con las manos, de arriba abajo. No podía distraerse con una mujer en aquel momento. La adquisición de los hoteles para Fisher International iba a ser una operación complicada, la más grande desde que había ocupado el puesto de su abuelo, y estimaba que iba a costar más de doscientos millones de libras. Una inversión como aquella, o cualquier gasto inesperado como aquel, necesitaba la aprobación de su consejo de administración, formado por tres personas.

Volvió a sentir aquella molestia tan familiar. Era dueño de Fisher International, pero debido a que su abuelo no confiaba en su buen juicio, durante los diez años siguientes a heredar la compañía tenía que conseguir la aprobación de tres consejeros designados por su abuelo. Habían pasado nueve años, así que solo tenía que esperar uno más. Después, tendría el control absoluto de la empresa. Podría sacarla a bolsa, venderla, incluso arruinarla, y nadie podría objetar nada.

Addi volvió a su asiento y miró a la cámara.

—Discúlpame, necesitaba atender una llamada urgente de un hotel de Zanzíbar.

Él tenía una idea de cuáles eran sus funciones, pero le pidió que le explicara lo que hacía en Thorpe Industries.

—Me considero un sistema de respaldo para todos los encargados. Ayudo con los presupuestos y las cuestiones de personal. Busco gente y mercancías. Autorizo los pedidos de compras a granel para todos los hoteles, por ejemplo, de ropa de cama y artículos de tocador. No hago marketing directamente, pero lo superviso para cerciorarme de que no se desvíen de la marca.

Parecía mucho para una sola persona. No le extrañaba que estuviera exhausta. Dio unos golpecitos con el bolígrafo en el escritorio. Tenían que reunirse lo antes posible. En parte, porque él necesitaba conocer mejor los activos en venta y, en parte, porque quería verla otra vez. No había dejado de pensar en ella durante aquellos dos meses. Se le había metido en la cabeza, pero él sabía muy bien que no había mejor antídoto para la atracción que pasar largas horas delante de un ordenador, hablando sobre cifras.

—¿Cuándo podemos reunirnos? ¿Esta tarde?

—¿Dónde está tu oficina?

—Estamos en proceso de trasladar la oficina principal a un edificio nuevo en el Waterfront. Mientras, yo estoy trabajando en mi despacho de casa, en Franschhoek.

—Ah... ¿Y cuándo vuelves a la ciudad? —preguntó ella, mirando fuera de la pantalla. Él la oyó teclear, y supuso que estaba mirando su agenda en busca de un momento para poder concertar la cita. Quizá necesitara un recordatorio de que él era su prioridad.

—Quiero que nos reunamos esta tarde —dijo, en un tono que no admitía réplica. Sabía que estaba siendo autoritario, pero necesitaba volver a verla, mirar sus ojos azules e inhalar su olor—. Estoy libre a partir de las dos. Quiero una descripción general de las ofertas, sus puntos fuertes para la venta y el volumen de negocio y margen de beneficios.

Addi enarcó las cejas y, aunque estaban en el ciberespacio, él recibió el impacto de su mirada.

—Estás de broma, ¿no?

Cuando se trataba de negocios, siempre hablaba en serio.

—¿Te parece que estoy bromeando?

—Y ¿cuándo quieres que reúna toda esa información? —preguntó ella, y miró su reloj—. ¿En cinco horas? ¿Y eso, incluyendo el viaje hasta Franschhoek? ¿Estás loco?

—¿Me estás diciendo que no puedes?

Jude sospechaba que, aunque tal vez no pudiera proporcionarle cifras exactas, tenía la mayor parte de lo que él necesitaba en aquel enorme cerebro suyo.

Ella entrecerró los ojos y apretó los labios.

—Podría darte información general esta tarde...

—Bien. Dame tu número de teléfono y te mando mi ubicación.

Addie alzó una mano.

—¿Puedes dejarme terminar, por favor?

Él se apoyó en el respaldo de la silla, impresionado por el hecho de que no se dejara intimidar, y asintió para que continuara.

—No puedo reunirme contigo a las dos. Tengo una cita con un abogado.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema?

—Es un asunto personal, Jude, no tiene nada que ver con Fisher International —dijo Addi, y él notó de nuevo su tono de agotamiento.

—Pero... ¿por qué necesitas tú un abogado? —le preguntó, con curiosidad.

—¿Eres siempre tan entrometido? —inquirió ella. Al ver que no respondía, continuó—: Puedo reunirme contigo a las cuatro, pero solo durante un par de horas, porque tengo que estar de vuelta a las siete.

—¿Vas a salir con alguien?

Pero... ¿de dónde había salido eso, y qué le importaba a él? Se maldijo en silencio. Ahora, ella era una compañera de trabajo, y no tenía ningún derecho a hacerle preguntas sobre su vida personal. Sin embargo, al imaginársela sentada en una mesa enfrente de otro tipo, riéndose y hablando con él, y yéndose a la cama juntos, se le revolvió el estómago.

Addi alzó la cabeza y lo miró con severidad.

—No tiene nada que ver contigo, Jude —le dijo, con frialdad.

Después se frotó la frente con las yemas de los dedos, como si quisiera librarse de un dolor de cabeza. Volvió a hablar con un hilo de voz:

—No sé si puedo hacer esto...

¿A qué se refería? ¿A reunirse con el abogado? ¿A trabajar con él? ¿A ir en coche hasta Franschhoek? ¿A qué?

Antes de que pudiera preguntárselo, Addi alzó la cabeza y respiró profundamente.

—¿A las cuatro de esta tarde, o preferirías otro momento? —le preguntó.

Él no podía esperar más. Quería verla... No, quería ver aquellas hojas de cálculo y empezar a trabajar en la compra de los hoteles. La posibilidad de adquirir aquellos establecimientos a buen precio era una gran oportunidad. Él había cometido en la vida dos enormes errores de juicio con respecto a mujeres que le importaban, errores que habían tenido consecuencias imprevistas. Y todavía estaba pagando el precio.

Ni siquiera Addi le tentaba lo suficiente como para llegar a cualquier tipo de compromiso que durara más allá del desayuno. Era inmune. Había aprendido la lección...

Las mujeres, la gente en general, no era de fiar.

Capítulo 3

NO podía ocurrirle aquello, aparte de todo lo demás!

Se agarró con fuerza al volante de su coche de empresa. Tenía los ojos llenos de lágrimas, lo cual no era bueno para transitar por una autopista con mucho tráfico. Abrió un poco la ventanilla y el aire helado que entró por la rendija le secó rápidamente los ojos.

Iba a llegar con veinte minutos de retraso a la reunión con Jude, pero no podía evitarlo. Después de salir del bufete de abogados, se había quedado sentada en el coche cuarenta y cinco minutos, intentando comprender lo que acababa de escuchar...

Sintió pánico y respiró profundamente. No podía pensar porque, seguramente, perdería la concentración y terminaría provocando un accidente. Tenía que olvidarlo... al menos, por el momento.

El GPS le indicó que tomara la siguiente salida de la autopista. Hacía muchísimo tiempo que no iba a Franschhoek, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza como para fijarse en los preciosos viñedos y en las montañas. Estaba a punto de reunirse con el padre de su hijo, y tenía que encontrar las palabras para decirle que estaba embarazada. Aquella era una conversación que no quería mantener...

Tomó una carretera secundaria y, después, entró en una vía más estrecha que discurría entre viñedos, en dirección contraria a las montañas. Llegaba el invierno y las viñas estaban desnudas. Entró en una avenida flanqueada de robles y arqueó las cejas al ver la casa de Jude, a lo lejos.

No era de estilo Cape Dutch, tal y como ella esperaba, sino una vivienda moderna de un piso y construida de cristal, madera y acero. A pesar de eso, resultaba acogedora y estaba perfectamente integrada en el entorno. Era perfecta. Le encantó la casa, los enormes árboles y el jardín silvestre que recorría los límites del viñedo.

Aparcó al lado de un todoterreno nuevo y, mirándose al espejo retrovisor, se pintó los labios con un poco de carmín rojo para mejorar su aspecto. Sin embargo, lo único que consiguió fue destacar aún más su palidez y el enrojecimiento de sus ojos. Estaba a punto de limpiarse los labios con un pañuelo de papel cuando alguien llamó a su ventanilla.

Se sobresaltó. Al girarse, vio un jersey de color verde claro que cubría un estómago. Ella sabía perfectamente que los músculos de aquel estómago estaban bien tonificados, como el resto de su cuerpo. Jude era sexy, poderoso y masculino...

Bien, ya era suficiente. Addi se controló mentalmente y Jude abrió la puerta del coche.

—¿Vas a entrar en casa, sí o no? —le preguntó, con impaciencia.

—Vaya, hola a ti también —murmuró ella.

Tomó su bolso, en el que llevaba el ordenador y varios informes que le había imprimido Greg. Salió del coche y se ajustó la chaqueta para tratar de protegerse del frío. A lo lejos se veía un frente nuboso que, seguramente, traería lluvia.

Siguió a Jude hacia la enorme puerta principal y se quedó impresionada cuando él le cedió el paso. Giró sobre sí misma, lentamente, observando las vigas de acero, la altura del techo y el suelo de pizarra. En la pared había pinturas abstractas de colores cálidos y reconfortantes. Miró a su izquierda y vio la cocina, el salón y el comedor, todo diáfano. El salón estaba separado de la cocina mediante una gran mesa de madera con dos bancos, y había una chimenea alrededor de la cual se disponían los sofás y butacas.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención fueron las vistas. Toda la pared del salón era un ventanal que daba a los viñedos y a las montañas. La casa estaba construida sobre una pendiente, y en un nivel más bajo había una zona de entretenimiento con piscina incluida. Era una casa impresionante, y encajaba a la perfección con él, pensó Addi.

—¿Café? —le preguntó Jude, señalando la cocina.

Ag, no. No podía apetecerle menos.

—Agua, por favor.

Él asintió, entró en la zona de la cocina y sirvió un vaso de agua de la gran nevera de acero pulido. Después, se giró hacia una máquina de café.

—Bonita casa —dijo Addi—. Supongo que eres autosuficiente.

Él asintió.

—Por completo.

—¿Y cómo es que tienes un coche que consume tanta gasolina?

Él puso una taza bajo el caño de la cafetera y presionó el botón para preparar un expreso. Ella percibió el olor y tuvo que tragar saliva un par de veces.

—Es un híbrido, Addi. Siempre que puedo, intento circular con electricidad, pero algunas veces no es práctico.

Ella se sintió un poco tonta y asintió. Miró a su alrededor.

—¿Dónde quieres trabajar? —le preguntó.

Estaba deseando ponerse manos a la obra. Le haría un resumen de los activos de Thorpe y se marcharía a casa, y pasaría el resto de la noche pensando en cómo decirle que iba a ser padre y, también, en cómo iba a contarle a Lex que estaba embarazada.

Y, lo más importante, necesitaba tiempo para buscar abogados especializados en derecho de familia y hacerse una idea de cuánto podía costar contratarlos.

¡Maldita Joelle! ¿Cómo se atrevía?

Apretó los dientes e intentó controlar su ira. No podía permitir que la dominara y que diera paso a la desesperación y el miedo. Tenía que guardar la compostura.

Y, gracias a que tenía mucha práctica, lo consiguió.

Addi tenía muy mal aspecto.

Aunque no tenía nada que ver con la mujer glamurosa a quien había conocido hacía dos meses, a él todavía se le aceleraba el corazón al verla, y sentía que la tela de su pantalón se le tensaba. Entonces, al mirarla bien, su deseo fue reemplazado por la preocupación. Tenía los ojos hinchados y la nariz enrojecida. Estaba cansada y triste, como si necesitara una comida caliente y un abrazo. ¿Estaba disgustada? ¿O enferma?

Se acercó a ella, le quitó el bolso del hombro y la tomó de la mano para llevarla hacia la chimenea. Después, dejó su bolso sobre la butaca más cercana.

—Quítate la chaqueta y siéntate antes de que te caigas, Addi —le dijo—. ¿Cuándo has comido por última vez?

Ella se sentó en el sofá y abrió la boca para responderle, sin duda, que no era asunto suyo, pero él alzó una mano.

—Tengo sopa y un buen pan. Voy a calentarte un plato y, cuando recuperes el color, puede que hablemos, o no, de negocios.

Ella elevó la barbilla.

—Estoy bien, Jude. Y tengo poco tiempo, así que no puedo perderlo comiendo.

Sus palabras no tenían fuerza, y eso le preocupó aún más. ¿Qué le ocurría? Su intención era descubrirlo. Pero, primero, ella tenía que comer algo. Fue hasta la nevera y sacó la sopa que había preparado su asistente, una excelente cocinera. Miró hacia atrás y vio a Addi tomando su bolso de la butaca y sacando su teléfono móvil. Empezó a mirar la pantalla con los hombros encorvados. Era obvio que necesitaba un descanso, y no iba a relajarse mirando el teléfono.

—Addi.

Ella no lo oyó. Estaba absorta en su teléfono. Él entró en el lavadero contiguo a la cocina y cortó la conexión a internet. Como estaban en lo más profundo de un valle, el contacto electrónico llegaba a través de una conexión de fibra de alta velocidad, y él acababa de cortar la alimentación del módem. Con una pequeña sonrisa, volvió a la cocina, y Addi se giró y lo fulminó con la mirada.

—Me he quedado sin conexión. Y necesito estar conectada —dijo, en un tono frenético.

No, no lo necesitaba. No se iba a acabar el mundo porque estuviera sin teléfono un par de horas. Él se encogió de hombros.

—Aquí la señal va y viene. Puede que vuelva o no.

Si lo pensara un poco, Addi se daría cuenta de que él dirigía operaciones de millones de dólares desde allí, y necesitaba estar conectado constantemente. Sin embargo, estaba demasiado cansada y estresada como para llegar a esa conclusión. Tal y como él esperaba, se le hundieron los hombros y tiró el teléfono al sofá, a su lado.

—Recuéstate, quítate los zapatos y mira las montañas —le dijo él—. Respira.

Addi volvió a lanzarle otra mirada fulminante y le dio la espalda. Él metió el cuenco de sopa al microondas y, cuando volvió a mirarla, ella había hecho lo que le había sugerido. Estaba recostada en el sofá, mirando

las vistas impresionantes, viendo las nubes que pasaban rozando los picos de las montañas y tapando el sol. Iba a haber tormenta y las temperaturas iban a caer. En Ciudad del Cabo estaba empezando el invierno y llegaban los primeros frentes fríos.

—¿Desde cuándo tienes esta finca? —le preguntó Addi.

Él cortó una rebanada de pan.

—Compré la finca hace diez años, y la casa se terminó hace unos tres.

—¿Haces vino?

—No. No tengo ni la paciencia ni los conocimientos. Le alquilo las vides a un vecino y él cosecha la uva. Hace un buen syrah.

El microondas dio un pitido y él sacó la sopa.

—Ven —le dijo a Addi, y puso el cuenco al otro lado de la isla.

Ella se puso de pie y, sin molestarse en ponerse los zapatos, se acercó y se sentó en uno de los taburetes. Se inclinó, olió la sopa y cerró los ojos.

—Huele bien —le dijo—. Huele a la sopa de la tía Kate.

Él le acercó la tabla en la que estaba la rebanada de pan.

—¿Quién es la tía Kate? —preguntó.

—Um... Era mi tía abuela. Mi hermana y yo vivimos con ella desde que yo tenía diecisiete años —respondió Addi, mientras metía la cuchara en la sopa.

Empezó a comer y a tomar pedazos de pan, y Jude la observó con fascinación. Su asistente, Greta, cocinaba muy bien, y la sopa estaba muy rica, pero no tanto como para provocar sus murmullos constantes de agrado.

Cuando Addi terminó el cuenco y tomó el último pedazo de pan, lo miró. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos un poco más brillantes, y se le habían relajado los hombros.

Se dio una palmadita en el estómago y sonrió con timidez.

—No sabes lo mucho que necesitaba esto —le dijo.

Claro que lo sabía. Apoyó los antebrazos en la encimera y frunció el ceño.

—¿Por qué no has comido bien últimamente, Addi? Y, a propósito, ¿Addi es el diminutivo de...?

—Addison.

A él le gustó su nombre. Asintió y le preguntó:

—Bueno, ¿qué ocurre? Y no me digas que nada.

Ella se pasó una mano por el pelo corto y rubio, y él se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Eso le molestó. ¿De qué estaba asustada?

—Vamos, Addi. Dímelo. Ella intentó sonreír, pero no lo consiguió.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo, Jude?

—Si no quisiera, no te lo habría preguntado.

—La gente dice eso, pero, después, cuando oyen algo inesperado, tienen tendencia a matar al mensajero.

—No te preocupes, Addi. He visto muchas cosas y no me asusto fácilmente. Y, algunas veces, es de ayuda escuchar la opinión de otra persona.

Addi bajó la vista hacia el cuenco de sopa y dio unos golpecitos en la loza con la cuchara. Se quedó pensativa unos instantes.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó, de manera retórica. Miró hacia el ventanal, hacia el viñado—. Me preocupa quedarme sin trabajo cuando Cole venda Thorpe Industries. Cabe la posibilidad de que los nuevos dueños de la división hotelera no requieran mis servicios, y el finiquito no dura para siempre.

Él había hecho una búsqueda online sobre ella. Tenía un excelente expediente académico y mucha experiencia laboral. Dudaba que le costara encontrar otro trabajo.

—Necesito trabajar. Tengo gente a mi cargo.

—¿Quién? —preguntó él. Sabía que estaba soltera, así que... ¿a quién tenía que mantener?

—Vivo con tres hermanastras —dijo ella—. Con, Lex, que tiene un año menos que yo, y cuida de mis dos hermanas pequeñas, que tienen seis y ocho años. Mi sueldo es el que nos mantiene a flote.

—Espera un momento, a ver si lo entiendo bien... ¿Tienes tres hermanas? En aquella ocasión, Addi sonrió de verdad.

—En realidad, tengo cuatro. Storm es la hermana del medio, pero no vive con nosotras. Tiene veinticuatro años y trabaja de au pair. Ella, gracias a Dios, tiene independencia financiera.

Bien. Así que tenía cuatro hermanas. Vaya.

—Pero... estoy seguro de que encontrarás otro trabajo fácilmente, Addi. No veo por qué no. Ella cerró los ojos un instante.

—¿Te acuerdas de que te dije que no podía venir a las dos de la tarde porque tenía una cita con un abogado?

—Sí.

—La reunión era para tratar la custodia de mis hermanas pequeñas. Me han informado de que mi querida madre quiere llevarse a Nixi y a Snow. Después de cuatro años de ausencia, quiere llevárselas a vivir a la India. Ha estado viviendo en Tailandia durante quince años. Seguramente, hay algún hombre de por medio. Cuando Joelle toma una decisión tan importante como esta, siempre hay un hombre de por medio.

Vaya. Eso era inesperado.

—Necesito encontrar a un buen abogado de familia para que me ayude a luchar por la custodia de mis hermanas. No voy a permitir que las desarraigue de nuevo, y no voy a dejar que sufran la misma inestabilidad que Lex y yo. Pero, para conseguir su custodia, necesito un buen abogado y un buen trabajo que me proporcione el sueldo para poder pagarlo.

—Como te he dicho, no creo que tengas ningún problema en encontrar otro trabajo.

¿Se estaba perdiendo algo?

—Supongo que habrás oído hablar de los problemas que tiene una mujer embarazada para encontrar trabajo.

Por supuesto que sí. Él creía en la igualdad entre hombres y mujeres, y no estaba a favor de discriminar a una mujer por estar embarazada. Pero... ¿por qué le preguntaba eso?

—Cuando llegue el momento de buscar un trabajo nuevo y tenga que ir a entrevistas, se me notará. Aunque va contra la ley discriminar a una mujer embarazada, una cosa es lo que diga la ley, y otra, lo que ocurra en realidad. Pero... ¿qué tenía eso que ver con...?

—¿Estás embarazada?

—Sí. Me he enterado esta mañana —dijo Addi, y lo miró fijamente—. No sé cómo ocurrió, Jude, pero tú eres el padre de mi hijo.

Capítulo 4

ESTABA hecho. No había vuelta atrás.

Addi bajó del taburete y caminó hasta el ventanal. Allí se quedó, mirando el jardín. De vez en cuando, alguna gota de lluvia golpeaba el cristal.

Le había dado mucha información a Jude, y sabía que él necesitaba tiempo para pensar. La custodia de Nixi y Snow no era su problema, y ella conseguiría trabajo de un modo u otro. Sin embargo, tenía que asimilar el hecho de que iba a ser padre. Tenía que decidir si quería formar parte de la vida del bebé, o no.

No iba a obligarle. Había crecido con un padre que solo se ponía en contacto con ella en las fechas señaladas y en vacaciones. Algunas veces, ni siquiera eso. Así pues, sabía que el niño estaría bien aunque no tuviera a su padre. Ella lo había superado, ¿no? Los niños eran más fuertes de lo que la gente pudiera pensar.

A su espalda, Jude carraspeó, y ella se giró para mirarlo.

—¿Estás embarazada?

Addi asintió.

—¿Y es mío?

Ella alzó la barbilla al notar cierto tono de incredulidad.

—Bueno, como no me he acostado con nadie más que contigo desde hace años, yo diría que hay muchas probabilidades.

—Pero... usamos preservativos, Addison. Todas las veces.

Addi se atusó el pelo.

—No sé cómo sucedió, Jude, pero uno de ellos debía estar roto, o algo así.

—Llevo usando preservativos mucho tiempo, y nunca he tenido el menor percance —respondió Jude, cruzándose de brazos.

—No sé qué decir, ni cómo explicarlo —dijo ella.

—Pero... ¿estás segura de que...?

—¡Claro que estoy segura! No me ha venido el período y me he hecho tres pruebas de embarazo, Jude. No me lo estoy inventando. Ojalá no hubiera sucedido. Yo no quiero estar embarazada, Jude. Esto me complica mucho más la vida. Complica mi situación laboral y el proceso para conseguir la custodia de mis hermanas. Va a añadir mucha tensión a lo que ya es una situación familiar difícil. No quiero estar embarazada, pero lo estoy. Y tengo que enfrentarme a ello.

Jude se dejó caer en uno de los sofás. Bajó la cabeza hasta las rodillas. Ella caminó hacia él y se sentó a su lado.

—Pensé que tenías que saberlo, eso es todo.

Él tardó unos momentos en responder. Se incorporó y la miró fijamente.

—Muy bien. ¿Y qué quieres, Addison? ¿Un trabajo? ¿Dinero? ¿Qué?

Addi se quedó estupefacta, sin saber de dónde habían salido aquellas palabras tan duras. Ella no quería dinero ni le había pedido trabajo. Ni siquiera esperaba que pagase la manutención del bebé, porque siempre se las había arreglado sola.

Estaba muy cansada por todo lo que había ocurrido aquel día, y quería irse a casa, darse un baño caliente y acostarse. Pero, primero, tenía que hacer el viaje de vuelta.

Cuanto antes, mejor.

Se puso de pie, se calzó y recogió su chaqueta. Después, sacó el grueso taco de documentos de su bolso y lo puso sobre la mesa de centro. Rebuscó las llaves del coche, se colgó el bolso del hombro y se encaminó hacia la puerta sin mirar a Jude. Tendría que reunirse con él dentro de un par de días, seguramente, pero en aquel momento los dos necesitaban espacio.

Resolvería por sí misma la situación. Estaba mejor sola. Siempre lo había estado.

Jude tardó diez minutos en asimilar lo que le había dicho Addi, y otros cinco en darse cuenta de que ella se había marchado.

No podía creer lo que le estaba sucediendo. Aquella era su peor pesadilla. Aparte de que su madre hubiera muerto a causa de un embarazo ectópico, se veía de nuevo, después de dieciséis años, hablando con una mujer de un embarazo, tratando de encontrar sentido a sus palabras.

Apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos mientras recordaba. Había conocido a Marina en la universidad, a las pocas semanas de empezar el segundo curso, y ella le había robado el corazón. Se había enamorado de ella de una manera absurda, tanto, que había desatendido los estudios, había abandonado a sus amigos para irse con los de ella y había hecho todo lo que le pedía.

Y ella le había causado más problemas que nadie en toda su vida. En aquella época era un estudiante rico, en una universidad de elite, con crédito ilimitado gracias a las tarjetas que le había dado su abuelo. Además, era guapo y muy admirado en el campus. Sí, el objetivo perfecto para Marina, que estaba hambrienta de estatus y de dinero.

Era como una muñeca, de ojos y pelo oscuros y cuerpo menudo. Y muy lista. Se había hecho de rogar varios meses hasta que había accedido a que salieran juntos. Poco después de empezar a acostarse, él decidió que era la mujer con la que iba a casarse, la futura madre de sus hijos. Sus padres habían muerto cuando él era pequeño y su abuelo, Bartholomew Fisher, se había quedado con su custodia. Como era un adicto al trabajo, él había tenido una infancia y adolescencia solitarias y aisladas. Se había educado en internados y, cuando iba a las casas de sus amigos los fines de semana y las vacaciones, había descubierto lo que era una familia de verdad, ruidosa, con carcajadas, bromas y afecto. Él quería todo eso, lo deseaba con la desesperación de un niño que estaba solo, perdido y falto de amor.

Marina tampoco tenía familia. La había criado una tía anciana y estaba en la universidad porque había conseguido una beca. Él era un chico rico, ella era una chica pobre, pero tenían todo lo que necesitaban el uno del otro. O, por lo menos, eso era lo que él creía.

Mientras organizaban su vida juntos, ella estaba planeando algo completamente distinto. Se puso en contacto con su abuelo y le pidió una gran cantidad de dinero a cambio de desaparecer de la vida de su nieto. Si no le pagaba, ella acusaría a Jude de obligarla a mantener una relación y diría que estaba embarazada.

Bart había aparecido en la universidad hecho una furia y le había acusado de ser la persona más idiota del mundo. Le había puesto al tanto del chantaje y Jude se había quedado mudo. Bart había contratado a detectives privados para que investigaran a Marina y habían descubierto que no era la primera vez que engatusaba a un estudiante rico. Lo había hecho en la Universidad de Johannesburgo y en la Universidad de Ciudad del Cabo. Bart también le había dicho que no tenía diecinueve años, como él, sino veinticinco, y bastante experiencia en asuntos como aquel.

Él seguía enamorado y la había defendido. Le dijo a su abuelo que estaba equivocado. Como era joven, tonto y orgulloso, había elegido a Marina. Y, en venganza, Bartholomew le había retirado la asignación económica y él, que era demasiado orgulloso como para pedirle dinero, encontró un trabajo de camarero en una discoteca muy concurrida para pagar sus gastos y los de Marina.

Con ingenuidad, creía que se querían y que podrían conseguir que las cosas funcionaran si los dos permanecían unidos y Marina encontraba un trabajo. Pero ella no quería trabajar y le dijo que, si su abuelo no volvía a darle la asignación mensual, se marcharía. Él se había negado a pedirle nada a Bartholomew y se había ido a trabajar.

Aquella noche, al llegar a casa a la una y media de la madrugada, se había encontrado a Marina despierta, sentada en la cama. Ella le había dicho que estaba embarazada y le había enseñado una pastilla. Le había dicho que abortaría si él no la mantenía. Que, si no podía darle la vida que quería, no iba a tener y a criar a un niño que no deseaba. Que había otros tipos que podían darle todo lo que merecía.

Aquella noche ocurrieron dos cosas. A él se le cayó la venda de los ojos, y se dio cuenta de que Marina nunca lo había querido. Además, supo por instinto que no estaba embarazada y, cuando le dijo que era mentira, ella se encogió de hombros y le respondió que valía la pena intentarlo.

Después de echarla del piso, porque ya no le importaba dónde fuera ni lo que hiciese, se sentó en el suelo de la ducha. Pasó unos momentos de terror, pero, rápidamente, supo que nunca más iba a permitirle a una mujer que lo pusiera en una situación como aquella. Tendría muchísimo cuidado y se protegería contra los embarazos no deseados. Nunca más iba a permitir que una mujer lo engañara.

Pasaron dieciocho meses y una temporada en la London School of Economics antes de que hiciera las paces con su abuelo. Sin embargo, quedó para siempre una barrera entre ellos: la falta de comunicación y, por

parte de Bart, la falta de confianza. Jude ocupó su lugar en Fisher International, pero Bart siempre estaba vigilándolo y comprobando que hacía lo correcto.

Jude lo soportó porque sabía que seguirle la corriente a su irascible abuelo era un precio pequeño a cambio de heredar una compañía que amaba.

A medida que pasaron los años, superó el trauma de lo ocurrido con Marina y empezó a salir de nuevo con mujeres. Entabló una relación con una empleada de banca inglesa llamada Jane y llegó a pensar, incluso, en casarse con ella. La idea naufragó al descubrir que tenía una idea flexible de lo que era la fidelidad. Él la dejó.

Lo que no esperaba era que le contara a un amigo suyo, colega de trabajo en Fleet Street, la historia de la traición de Marina. Gracias a Dios que no le había revelado el detalle del falso embarazo, porque, de haberlo hecho, también habría salido en los periódicos.

Era lógico que le resultara muy difícil confiar en los demás.

Para Bartholomew, toda aquella publicidad negativa fue algo abominable y le echó una terrible reprimenda por revelar vergonzosos secretos familiares. Su abuelo murió tres meses después de que el artículo se publicara en la prensa sensacionalista, y Jude descubrió que había cambiado su testamento. Él iba a heredar Fisher International, pero, como Bart no se fiaba en absoluto de su criterio, todas las decisiones importantes de la compañía tendrían que ser aprobadas por un consejo formado por tres personas. Y, además, si tenía un hijo fuera del matrimonio o se veía involucrado en más escándalos que pudieran manchar el apellido Fisher, los consejeros permanecerían en sus puestos otros diez años.

Le faltaba muy poco tiempo para ser libre, para poder dirigir su empresa como siempre había querido hacerlo. Pero, si Addi tenía un hijo y llegaba a oídos de los consejeros, se vería atado a ellos otra década. No podía permitirlo.

Solo podía hacer una cosa.

Addi aparcó en el garaje de su casa y se quedó sentada tras el volante, mirando cómo caía la lluvia sobre el parabrisas. Se estremeció al ver un relámpago que iluminó el cielo. Estaba cayendo un chaparrón, y la tormenta que había empezado aquella tarde iba a durar días.

Ya estaban en invierno.

Miró hacia la casa. Sabía que tenía que entrar a ver a sus hermanas, pero, después del día que había tenido, se sentía agotada. Si pudiera, se acurrucaría en el asiento y se quedaría dormida.

Oyó un golpecito en la ventanilla y se sobresaltó. Al otro lado del cristal estaba la cara pecosa de su hermana. Lex estaba abrazándose a sí misma y dando saltitos, con los rizos pelirrojos llenos de gotas de lluvia.

—¿Qué estás haciendo, Ads? —le preguntó, en cuanto ella bajó la ventanilla—. ¡Llevas tres horas ahí!

¿De verdad? Ni siquiera se había dado cuenta.

—Hola, Lex.

Su hermana frunció el ceño.

—¿Estás bien? Tienes muy mala cara.

Fantástico. Ella asintió, suspiró y pensó en pedirle a Lex que entrara al coche para contárselo todo. Sin embargo, se dio cuenta de que no podía hacerlo. Antes de darle a su hermana las malas noticias, necesitaba tener un plan. Si tenía un plan, podría soportarlo. Si no lo tenía, se hundiría.

—¿Vas a entrar en casa, o tengo que meterme al coche? —le preguntó Lex.

—Voy en un segundo. Déjame recoger las cosas.

Lex asintió, y ella tomó el bolso y el teléfono móvil del suelo. Al mirar la pantalla, vio que tenía una docena de llamadas perdidas y de mensajes de texto. Raro, porque no había oído ninguno de ellos. Sin querer, había puesto el teléfono en modo silencio. Al deslizar la pantalla, vio que los mensajes eran de Jude.

Jude: Tenemos que hablar...

Jude: La tormenta es muy fuerte. ¿Estás bien?

Jude: Demonios, Addi, Sé que estabas enfadada cuando te has ido, pero... ¿puedes decirme si estás bien? Hay inundaciones en la carretera... Pues, entonces, voy buscarte.

Addi abrió unos ojos como platos al leer los mensajes. Ella era una mujer adulta y llevaba ocupándose de sí misma y de Lex desde que eran adolescentes, y no necesitaba que ningún hombre la vigilara.

Jude: ¿Puedes llamarme, por favor?

Aunque lo que menos necesitaba aquella noche era otro enfrentamiento con Jude, le dijo a Lex que iba a hacer una llamada rápida.

Sin embargo, justo en aquel momento aparecieron unas luces en el camino de entrada a la casa. Addi se giró e, inmediatamente, reconoció el enorme coche. Dio un gruñido.

—Ads, hay alguien en la puerta —dijo Lex.

Addi salió del coche y le puso una mano en el hombro para tranquilizarla.

—No te preocupes, Lex, sé quién es.

Apretó el botón del mando a distancia y la puerta de entrada se abrió. Jude entró en la parcela.

Lex la miró y enarcó las cejas.

—¿Y quién es?

—Jude Fisher. Es alguien del trabajo —dijo, porque en aquel momento no podía describírselo de otra manera a su hermana.

—¿Y por qué viene a casa un miércoles a las ocho de la noche? —preguntó Lex, mientras Jude aparcaba detrás de su coche.

—Buena pregunta —murmuró ella.

Jude salió del coche y se acercó a ellas medio corriendo para guarecerse bajo el techado del garaje.

La miró fijamente y suspiró.

—Estás bien.

Addi asintió.

—Sí —dijo, y se giró hacia Lex—. Lex, te presento a Jude Fisher. Jude, mi hermana, Lex.

Jude asintió para saludarla, y su hermana lo miró con asombro. Después, miró a Addi.

—Necesito hablar con Jude, Lex —le dijo Addi—. Entro enseguida.

Parecía que Lex estaba a punto de invitarlo a pasar, pero Addi hizo un gesto negativo y Lex lo captó. Se cruzó de brazos.

—¿Vas a estar bien aquí sola con él?

Addi asintió. Jude no la asustaba. Sabía que no iba a hacerle daño. Tal vez discutieran, gritaran, pero él no le haría daño físicamente.

—Sí, no pasa nada, Lex. Enseguida entro en casa.

Lex se quedó mirando a Jude con los ojos entrecerrados. Al final, se alejó. Addi sabía que iba a quedarse cerca de la puerta, a la distancia justa para darles privacidad.

—¿Por qué has venido? —le preguntó a Jude.

—Cuando me recuperé del shock, ya te habías ido y, cinco minutos después, se puso a diluviar. No podía ponerme en contacto contigo y vi en internet que había inundaciones en la carretera. Ha habido varios accidentes y tú no respondías.

Parecía que estaba asustado de verdad.

—Yo iba un poco por delante de la tormenta —respondió ella.

—Mira, sé que no he reaccionado de la mejor manera posible...

—¡Me has acusado de intentar sacarte el dinero!

Él se pasó las manos por el pelo mojado.

—Pero, al ver que no respondías, pensé que te había pasado algo.

Ella se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Eso sería lo más práctico, ¿no?

Él la tomó de los hombros y se agachó un poco para poder mirarla directamente a los ojos.

—No vuelvas a decirme nada parecido, ¿de acuerdo?

Addi frunció el ceño. Se desconcertó, porque él no solo estaba enfadado, sino, también, disgustado.

—Siento no haber respondido, pero tenía el teléfono silenciado y no he oído las llamadas ni los mensajes. Estaba a punto de llamarte cuando has llegado.

Aunque parecía que quería contradecirla, no lo hizo. Respiró profundamente y la estrechó contra su cuerpo. Y, a pesar de que intentó mantenerse erguida, Addi terminó por apoyarse en él. Permitted que su calor la envolviera. Jude era como una barrera entre el mundo y ella y, por un momento, quiso empaparse de su fuerza y dejarse proteger. Algo que no hacía nunca.

—Has tenido un día duro, ¿eh? —le preguntó él.

—Sí —dijo ella. Se apartó un poco y lo miró—. Pero, para ser justos, el tuyo tampoco ha sido fácil.

Él casi sonrió.

—La sopa estaba muy buena —dijo Addi, para aligerar el ambiente.

Sabía que debía poner distancia entre ellos, pero, antes de que pudiera apartarse, él le acarició la mejilla.

Addi contuvo la respiración. Sería una tontería besarse con Jude. Iban a trabajar juntos e iban a tener un hijo, y debían hablar de muchas cosas, pero no le importó. Sus besos y sus caricias tenían la capacidad de transportarla a otro lugar, de hacer que olvidase que aquella noche era fría y lluviosa y que su vida estaba inmersa en una tormenta perfecta.

Sus bocas se encontraron, y Addi sintió una avalancha de deseo. Él le mordisqueó los labios con delicadeza, y ella lo abrazó y se estrechó contra su pecho. Le acarició la espalda y metió la mano bajo su camisa, y suspiró al notar su piel desnuda y cálida. Él le inclinó la cabeza hacia un lado para poder hundirse más profundamente en su boca y le acarició el pecho, y ella metió el muslo entre sus piernas. Deseaba con todas sus fuerzas estrechar su sexo contra la dura erección de Jude. Nadie le había hecho perder el control de aquella forma, nunca.

Estaba a muy pocos pasos de su habitación...

Jude se apartó de pronto y soltó una maldición. Tenía la respiración entrecortada. Ella se sintió como si acabaran de sacarla de un sueño sexy y delicioso y de arrojarla a la fría realidad.

No le gustó. Él se pasó una mano por la cara.

—Me alegro de que hayas llegado sana y salva a casa, Addison.

Addi se quedó mirándolo, esperando algo más. ¿Eso era todo lo que iba a decirle? Él señaló su coche con un movimiento de la cabeza.

—Me marchó.

¿Se marchaba ya? Pero... tenían que planificar muchas cosas. No podía marcharse todavía.

Jude alzó una mano antes de que ella pudiera protestar.

—Addi, sé que tienes un millón de preguntas y de ideas. Vamos a dejarlo por ahora, ¿de acuerdo? Yo necesito pensar. Tú, también. Hemos discutido, nos hemos besado, hemos conocido una noticia que nos va a cambiar la vida. Creo que necesitamos asimilarlo todo un poco antes de empezar a hablar.

Eso era lo más razonable, pero ella no quería ser sensata, quería tener un plan cuanto antes. Aquella misma noche. Cuando tenía un plan, se sentía más segura.

—Pero... Él hizo un gesto negativo.

—Date un baño caliente y acuéstate pronto. Intenta relajarte. Hablaremos dentro de poco, Addison —le dijo, y le dio un beso en la sien—. Se nos ocurrirá una solución.

Al oír sus palabras, ella tuvo la sensación de que no estaba sola, de que había alguien a su lado. Tal vez estuviera siendo demasiado optimista, pero se sintió más calmada y su pánico disminuyó.

Sin embargo, mientras Jude iba hacia su coche, pensó que no debía engañarse a sí misma. La gente le fallaba casi siempre, y tendría que ser muy tonta para pensar que Jude Fisher no iba a hacer lo mismo.

Justo después de torcer la esquina, Jude paró a su izquierda y apoyó la cabeza en el volante para tratar de calmarse.

Había pasado noventa minutos horribles imaginándose que Addi había tenido un accidente en la carretera. Al ver que no podía ponerse en contacto con ella, no se había parado a pensar; salió corriendo de casa, tomó el coche y recorrió a toda velocidad el camino embarrado hacia la autopista. Durante el recorrido iba buscando un coche blanco con la mirada, y se le encogía el corazón cada vez que veía las luces azules de los vehículos de emergencia. Nunca se había sentido tan impotente. No había sido una buena experiencia.

Empezó a respirar normalmente y se tranquilizó. Se incorporó y aflojó las manos en el volante. Giró la cabeza para mitigar la tensión de los hombros y el cuello.

Aunque Addi estaba bien y le había dejado bien claro que no lo necesitaba en ningún sentido, tenía la capacidad de exacerbar su sentimiento de protección. Quería convertirse en una barrera entre ella y el mundo, quería protegerla.

Y, a juzgar por sus besos apasionados, todavía lo deseaba, aunque no se permitiera el lujo de necesitarlo. Era una mujer independiente, valiente y decidida.

Él admiraba y respetaba su fortaleza, y la deseaba más que nunca.

Sí, estaba en pleno ataque de lujuria por la madre de su hijo. ¿Podría haberse complicado más la situación?

No lo creía posible.

Capítulo 5

ADDI se alisó el vestido color arándano y se revisó las botas por si tenía manchas de agua. Llevaba además un abrigo color crema y un pañuelo verde, rojo y beis.

Para aquella reunión con Jude, no quería ser la misma mujer pálida y demacrada de antes, así que se esforzó en maquillarse y arreglarse. Quería aparentar que tenía éxito, que tenía una vida estable y sólida, que tenía un plan...

No tenía ningún plan.

Entró en las nuevas oficinas de Fisher International e inhaló el olor a barniz y pintura. Jude había estado muy ocupado en la mudanza durante los últimos cuatro días, y no habían hablado en ese tiempo. Sin embargo, aquella mañana él le había enviado un mensaje de texto pidiéndole que se reunieran a las diez. Ella, suponiendo que se trataba de una reunión de negocios, tomó el portátil y se dirigió hacia el Waterfront.

El recepcionista le entregó una tarjeta de seguridad y le señaló los ascensores.

—Se abrirá la puerta del último ascensor a la izquierda —le explicó—. Es el ascensor privado del señor Fisher. La llevará directamente hasta él.

Durante el ascenso, recibió un mensaje de texto del abogado de su madre, en el que también le pedía que concertaran una reunión para seguir con el proceso de la custodia.

Tenía que encontrar un abogado de familia, alguien a quien pudiera pagar.

—Un día de estos me saludarás con una sonrisa, no con el ceño fruncido.

Addie alzó la cabeza. Jude estaba al otro lado de la puerta, que acababa de abrirse. Llevaba una camisa rosa claro, una corbata gris y unos pantalones también grises, aunque más oscuros. No se había afeitado y tenía barba incipiente, pero a ella le gustó su aspecto.

Guardó el teléfono móvil en el bolso y entró en su despacho, donde reinaba el caos. Había un gran sofá cubierto de plástico en un rincón, detrás de una pila de cajas y al lado de un escritorio. Al otro lado del escritorio había una butaca de cuero. Por la disposición de los muebles, Jude estaría de espaldas a las vistas del Waterfront Harbour y Signal Hill.

—¿Por qué has colocado ahí el escritorio? —le preguntó.

—Si me pusiera de cara a las vistas, me distraería constantemente. Siento el desorden. Todavía estamos colocándolo todo —respondió él, señalando las cajas.

Addi se sentó en la butaca que él le ofreció y oyó que se abría la puerta del despacho. Entró un hombre muy guapo con una taza de café en una mano y una taza de té en la otra. El recién llegado sonrió y puso la taza delante de ella.

—Es un té de jengibre. Espero que te guste.

—Sí, muchísimas gracias —dijo ella, devolviéndole la sonrisa—. Me llamo Addi, a propósito.

—Yo, Thabo —respondió el hombre, y le entregó el café a Jude—. Soy la mano derecha de Jude. Y la izquierda. En realidad, no puede funcionar sin mí.

Jude puso los ojos en blanco.

—Bueno, es bastante cierto. Pero no te dejes engañar —le dijo a Addi—. Yo le hago el café a él más veces que él a mí y, como tiene un doctorado en gestión empresarial, es el tipo al que escucho. Es más un socio que un empleado, y mi confidente —le explicó. Después, miró de nuevo a Thabo—. ¿Todo organizado?

—Sí. Solo necesito tu visto bueno —dijo Thabo, enigmáticamente—. Mientras estés fuera, nuestros ayudantes pueden preparar tu despacho y el mío.

¿Se marchaba Jude? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Y por qué no le gustó nada oír aquella noticia?

Thabo tomó una carpeta del escritorio de Jude y se despidió.

—Os dejo para que habléis.

Addi esperó a que saliera del despacho para preguntarle a Jude si Thabo sabía que estaba embarazada.

—No —dijo él—. Todavía estoy intentando asimilarlo.

Ella señaló la taza de té.

—Eh... no. Cuando me hice una taza de café el otro día en casa, vi tu reacción, y supuse que tenías náuseas por el embarazo. Según el doctor Internet, el té de jengibre es bueno para eso, así que le pedí a mi secretaria que lo comprara. Seguramente, Thabo ha recogido las tazas que le pedí a ella para ahorrarle el viaje.

Jude no solo era observador, sino, también detallista. Addi apartó los ojos de su preciosa cara y miró más allá, a través del ventanal. Aquel día también había tormenta. Los meteorólogos habían pronosticado que aquel sería el invierno más frío y lluvioso desde hacía varias décadas, y ella odiaba el invierno.

Tomó su taza y se preparó para preguntarle a Jude cuál era el motivo de aquella reunión.

—¿Me has citado para hablar de los activos de Thorpe, o del bebé?

Jude asintió y se agarró las manos.

—De las dos cosas.

Bien.

—¿Y por dónde quieres empezar?

—¿De cuánto estás?

—He calculado que el niño nacerá a finales de año —dijo—. Pero me darán una fecha más cercana cuando me hagan la primera ecografía.

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé. Tengo que encontrar un médico y pedirle cita.

—Hazlo —le dijo Jude.

—Sí, señor —murmuró ella, con ironía, al oír su tono autoritario.

Jude sonrió.

—No te gusta nada que te digan lo que tienes que hacer, ¿eh?

—No, nada. El difunto señor Thorpe me contrató nada más salir de la universidad. Yo le rendía cuentas a él, y él me dejaba hacer. Solo acudía a

él cuando tenía un problema. Y llevo las riendas de mi casa desde muy joven. Soy la mayor, así que fui yo la que me hice responsable.

—¿Y cuántos años tenías cuando empezaste a sentirte así?

—Siete u ocho. Me acuerdo de sacar la tarjeta de crédito del bolso de mi madre, ir a buscar dinero y comprar la comida. Perritos calientes, creo que eran.

—¿Y qué decía tu madre? —preguntó Jude, asombrado.

—Joelle no tenía mucho control de sus finanzas, no sabía lo que entraba y salía de su cuenta —le dijo ella, e hizo un gesto vago con la mano—. ¿Por qué estamos hablando de mi madre?

—Tu familia y tú me resultáis interesantes —dijo él.

¿De veras? Seguramente, era porque sus orígenes eran totalmente distintos a los de las mujeres con las que salía Jude. Ella no provenía de una familia rica, ni era sofisticada ni elegante, ni sabía de arte, poesía y ópera.

—Creo que deberíamos casarnos.

Addi lo miró por encima del borde de la taza de té y, con la mano temblorosa, bajó la taza hasta el escritorio.

No era posible que él hubiera dicho eso.

—Lo siento, no sé si te he oído bien. Has dicho que crees que deberíamos casarnos.

Él no respondió nada. Se apoyó en el respaldo de su butaca y la miró con cautela y tensión.

Addi intentó dar con una respuesta. Al final, dijo:

—¿Por qué piensas que eso sería buena idea? Hoy en día, Jude, la gente no se casa porque vaya a tener un hijo.

Él asintió y se frotó la nuca.

—Tengo motivos para pensar que es una opción viable. ¿Quieres que te dé los detalles?

Bueno, podía escuchar lo que le dijera. Y, después, diría que no y podrían seguir adelante, hablar de algo familiar, como la división hotelera de Thorpe.

—Cuando digo que nos casemos, me refiero a un matrimonio de conveniencia. No duraría más de un año, o dieciocho meses, como mucho. Y nadie tiene por qué saberlo.

Vaya, ¿por qué aquello no estaba sonando cada vez mejor?

Jude frunció el ceño e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el techo. Cuando sus miradas se encontraron de nuevo, él se inclinó hacia delante y puso los antebrazos en el escritorio. Tenía un semblante muy serio.

—Mira, sé que estás preocupada por tu trabajo en Thorpe, pero, si te casas conmigo, yo te ofreceré un puesto en Fisher International. Y, aunque no aceptes mi oferta de trabajo, estoy dispuesto a pagar tus facturas médicas y una cuantiosa asignación, empezando este mes.

Ojalá pudiera decir que no aceptaba el trato, pero ¿cómo iba a hacerlo?

—Continúa.

—También pagaré al mejor abogado de familia del país para que consigas la custodia de tus hermanas.

Solo eso era incentivo suficiente para atarse dieciocho meses a aquel hombre. Se puso una mano en el corazón, porque temía que se le escapara del pecho. Claramente, la oferta que le estaba haciendo Jude era muy buena. Ella se giró un poco en el asiento, apoyó el brazo en el respaldo y lo miró de manera penetrante.

—Bueno, parece que tienes la respuesta a todos mis problemas —le dijo—. ¿Y qué es lo que obtienes tú?

Jude se tomó el café y pensó en su pregunta. Había llegado lo más difícil. ¿Cómo le explicaba que, con respecto a sus negocios, tener un hijo ilegítimo era lo peor que le podía pasar? Tendría que contarle que, debido a un error de juventud, Bart había perdido la fe en él y había cambiado el testamento a última hora.

Los Fisher no aireaban sus asuntos en público, y él siempre sería el culpable de haber permitido que sucediera algo así. Ahora, de adulto, tenía una pequeña paranoia con sus asuntos privados, y no quería que nadie supiera que todas sus decisiones tenían que ser aprobadas por un Consejo de Tres, ni que iba a tener que casarse para poder tener su propia compañía bajo su propio control. Aquella situación era delicada, y debía tener cuidado con lo que decía.

—No sé si sabes que a mí me crio mi abuelo. Murió hace nueve años —dijo.

Ella lo miró con simpatía, comprensivamente.

—Creo que me suena haber leído algo en los periódicos. Lo siento mucho, Jude. ¿Era tu única familia?

—Sí, desde que yo era niño.

Al ver que hacía una mueca de lástima, él pensó que debería darle alguna explicación.

—Brevemente: mi madre murió inesperadamente y mi padre se distanció de mí. Cuando él también murió, Bartholomew me adoptó, pero no era un hombre cariñoso ni familiar. Sinceramente, era más como un director o un banquero, y no una figura paterna. No estábamos unidos, y mi abuelo tenía una idea muy clara de cómo debía vivir mi vida y de lo que esperaba de mí. Por desgracia para él, no estuve a la altura de sus expectativas.

Addi se agarró las manos alrededor de las rodillas. Estaba muy intrigada.

—Si te sirve de consuelo, Joelle nunca tuvo la menor expectativa en cuanto a nosotras, salvo que no la molestáramos más de lo imprescindible. Bueno, lo siento, esto es sobre ti, no sobre mí. ¿Qué relación tienen los deseos de tu abuelo y el hecho de que nos casemos?

—Mi abuelo y yo nos peleamos cuando yo tenía diecinueve años. Me vi envuelto en algo que no debería haber iniciado, y eso afectó a nuestra relación. Después, otra falta de sentido común por mi parte llevó a que el incidente anterior saliera a la luz, y a mi abuelo se le disparó la tensión arterial. Murió unos tres meses después, pero hizo unos cuantos cambios en su testamento.

Le agradecía a Addi que no se entrometiera ni hiciera preguntas. Desde que Jane le había traicionado y la historia había aparecido en los periódicos sensacionalistas, él no había vuelto a contarle a nadie lo sucedido con Marina.

Addi enarcó las cejas.

—Supongo que esos cambios son el motivo por el que quieres que nos casemos.

Jude asintió.

—Mi abuelo no le habría dejado su empresa, una empresa que fundó su abuelo, a nadie que no fuera de la familia, pero tenía muchas dudas sobre mi capacidad para dirigir su imperio. Dudaba de mi sentido común.

—Pues no lo entiendo... Eres una de las personas más respetadas del sector. Has incrementado la cuota de mercado de Fisher International y la has consolidado. Diriges una gran compañía.

Al oír sus palabras, Jude se sintió orgulloso sin poder remediarlo.

—Mi falta de criterio afectó a mi vida personal, no a mis negocios, pero Bartholomew no era capaz de diferenciar las dos cosas.

—Ah —dijo ella—. Bueno, cuéntame qué puso en el testamento.

No, eso no podía decírselo, al menos por el momento. En realidad, nunca. Nadie lo sabía, excepto Thabo, Cole Thorpe, el abogado de Bart y los tres consejeros. Los consejeros nunca dirían nada porque Bart les había impuesto un acuerdo de confidencialidad. Además, para reforzar su silencio, él les pagaba una sustanciosa asignación anual.

—Eso no es relevante para nosotros. Lo que sí es relevante es que no puedo tener un hijo ilegítimo.

—No me estás dando mucha información para tomar una decisión, Fisher —dijo Addi, quejándose.

Él la miró a los ojos y se encogió de hombros.

—No creo que sea necesario que conozcas todos los detalles, Addison. Te estoy ofreciendo un trato muy bueno. Estabilidad económica, los mejores abogados para el asunto de la custodia de tus hermanas, un puesto de trabajo, si lo quieres... Y, a cambio, solo te pido un matrimonio corto y secreto.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Y por qué es tan importante que sea secreto?

—Si llega a oídos de los medios de comunicación, se preguntarán cuánto ha durado nuestra relación, por qué no celebramos una boda multitudinaria... habría muchas preguntas.

—Pero ¿qué ocurrirá si tienes un hijo ilegítimo?

—Mi reputación y mi negocio correrían peligro.

Y el Consejo de Tres permanecería en su vida otros diez años. Sería un obstáculo para sus planes de expandir Fisher International. Y él se

quedaría totalmente frustrado. Solo faltaba un año para conseguir la libertad empresarial, y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por lograrlo.

Incluso casarse.

Addi se percató de su reticencia a hablar de aquel asunto y no lo presionó. Se levantó y se acercó al ventanal para observar el mar gris y frío y los yates del puerto.

—¿Y si no pongo tu nombre en el certificado de nacimiento?

—Mira, yo nunca pensé que iba a tener la oportunidad de ser padre, porque, normalmente, eso sucede en el ámbito de una relación con alguien. Pero, ahora que va a ser una realidad, quiero que mi hijo lleve mi apellido, Addison. Quiero formar parte de su vida, ser padre. Es posible que no quiera tener una esposa ni nadie que ocupe mi espacio, pero quiero proteger mi empresa, y creo que podemos llegar a un acuerdo.

—Un acuerdo —murmuró ella, en voz baja, sin apartar los ojos del horizonte—. ¿Y cómo funcionaría?

—Cuando nos casemos, preferiblemente cuanto antes, seguiremos viviendo nuestra vida normal, tú, en tu casa, yo, en la mía. Tú contratas a un abogado de familia para que luche por la custodia y yo pago todos los costes. Te garantizo un trabajo en la división hotelera de Fisher International con un sueldo más alto de el que tengas ahora. También pagaré tu manutención y la del bebé, empezando ahora mismo. El dinero no volverá a ser un problema para ti, Addi.

Tuvo la impresión de que ella exhalaba un suspiro, pero no supo si era una señal de alivio o de que estaba asustada. Quizá, las dos cosas...

—Y ¿cuánto tiempo quieres que estemos casados? —le preguntó ella, girándose para mirarlo.

—Por lo menos, hasta seis meses después de que nazca el bebé. O más, si nos las arreglamos bien.

A finales del año siguiente, él sería el dueño absoluto de la compañía, se habría librado de los consejeros y podría hacer lo que quisiera.

—¿Cuál es el proceso? —preguntó Addi—. ¿Qué necesitamos para casarnos?

—Solo necesito que firmes algunos documentos y, después, lo organizaré todo para que alguien nos case. Y, en cuanto esté hecho... podemos volver a trabajar y empezar con la inspección de los hoteles

Thorpe. Me gustaría empezar con el alojamiento de Mozambique. ¿Se llama... Algo Bahía?

—Turtle Bay —le dijo ella—. ¿Y el contrato prenupcial? ¿Va a ser complicado?

Él pensó en su abogada, que tendría miles de preguntas y que querría estar preparada para cinco mil posibles situaciones. Cuando Kara terminase, tendrían un documento de cincuenta páginas larguísimo de leer y, más aún, de asimilar. Sería un buen acuerdo para Addi. Iba a salir beneficiada, y no iba a traicionarlo. No significaba que confiara en ella, porque no confiaba en nadie, pero entendía que tenía mucho que perder si no aceptaba sus condiciones.

Kara iba a despellejarlo por aquello... pero él sacó una hoja para escritos jurídicos de un cajón y escribió sus nombres además de Contrato prenupcial. Redactó unos cuantos párrafos sencillos que describían su acuerdo y que no llenaron más de media página. Después, puso la fecha y le entregó el papel a Addi.

Ella enarcó las cejas y movió la cabeza. Por un momento, él pensó que iba a arrugar el papel, pero se sorprendió, porque se encogió de hombros, puso el papel en el escritorio y le pidió un bolígrafo. Firmó el documento y se lo devolvió.

—Me gustaría tener una copia, por favor —le dijo, en un tono seco.

Pero él detectó una cierta diversión en sus ojos, y sonrió. Iban a hacerlo. Iban a casarse.

Si alguien le hubiera pedido, hacía una semana, que escribiera una lista de las cien cosas que podría estar haciendo el lunes siguiente, el hecho de firmar un acuerdo prenupcial manuscrito no figuraría en esa lista.

Capítulo 6

ADDI estaba de pie delante de un sacerdote, en una capilla. El sol de la mañana entraba por la vidriera que había sobre el altar e iluminaba el pequeño templo.

Arrastró los pies y, al notar que Jude la miraba, alzó la cabeza. Él le sonrió de forma tranquilizadora y volvió a mirar al sacerdote, que se había empeñado en darles una homilía sobre el matrimonio.

No sabía qué ponerse para su boda, porque, realmente, no era una boda, así que había elegido un vestido azul marino y unos zapatos de tacón negro. Se alegró de haber hecho un esfuerzo porque Jude estaba muy elegante, con un traje de color gris oscuro, una camisa blanca y una corbata de color verde claro.

Estaba a punto de casarse, si no lo había hecho ya, teniendo en cuenta el fajo de documentos que había firmado en la sacristía. Tuvo una oleada de pánico. ¿Cómo había llegado a aquel punto?

Notó que Jude la tomaba de la mano y se la colocaba debajo del brazo. Le agradeció aquella muestra de apoyo, se acercó a él y se agarró de su codo mientras respiraba profundamente.

Iba a salir bien. Tenía que salir bien.

Hizo un esfuerzo y desvió su atención del largo sermón del sacerdote para pensar en la nota interna que había recibido el día anterior por parte de Thorpe Industries, London.

La nota informaba a la plantilla de que Cole Thorpe estaba promoviendo la venta de los activos que había heredado de su hermano y que, aunque los empleados recibirían las indemnizaciones por despido que les correspondieran, se recomendaba que tomaran en consideración otras ofertas de trabajo.

Eso significaba que Lex, que trabajaba como chófer a tiempo parcial para Thorpe, tendría que buscar otro trabajo. Su sueldo servía para pagar la

matrícula de la universidad y las tasas de los exámenes. Al ser su conductora, Lex había pasado mucho tiempo con Cole, pero ella no había tenido tiempo de hablar demasiado con su hermana. Le había preguntado qué le parecía Cole, pero Lex, que normalmente era muy locuaz, había esquivado la pregunta y se había sonrojado. ¿Acaso estaba pasando algo entre el multimillonario y su hermana?

Tal vez. Lex se merecía divertirse un poco. O, tal vez, solo estaba preocupada por su trabajo. Addi quería tranquilizarla y decirle que Jude iba a pagarles una manutención, y que ella iba a tener un buen trabajo en Fisher cuando llegara el momento de dejar Thorpe. Pero, si le daba tanta información, se vería obligada a explicarle cómo había empezado todo, porque ninguna de sus explicaciones tendría sentido sin contarle por qué necesitaba tan rápidamente el dinero y por qué había decidido casarse. Le había prometido a Jude que mantendría en secreto el matrimonio y, como Joelle siempre había sido una experta a la hora de incumplir sus promesas, ella se tomaba muy en serio cumplirlas.

Detestaba mentir, pero la solución más fácil sería esperar a tener su trabajo en Fisher International y decirle a Lex que le habían ofrecido un sueldo astronómico y que sus problemas de dinero eran algo del pasado.

Más o menos, era la verdad.

Addi intentó convencerse de que le estaba ocultando la verdad a su hermana para conseguir un bien más grande para todo el mundo. Que Lex comprendería que estaba haciéndolo por Nixi, por Snow y por ella.

Lex también tenía derecho a saber que Joelle iba a exigir judicialmente la custodia de las niñas, pero a su hermana le daría un ataque de nervios si se enteraba. Empezaría a preocuparse, a tener miedo, y eso estresaría a las niñas. Además, tenía un examen muy importante dentro de poco tiempo, y no podía permitirse el lujo de suspender. No, se lo diría a Lex cuando tuviera más información por parte del abogado de familia a quien había contratado el día anterior, cuando supiera qué posibilidades tenían de conseguir la custodia de Nixi y Snow. Con suerte, aquella batalla por la custodia sería una tormenta pasajera y, tal vez, pudiese ahorrarle el disgusto a Lex.

Y, en cuanto a su boda... Era un acuerdo de negocios, un acuerdo legal. A pesar de haberse celebrado en una capilla, nadie llamaría «boda» a aquello.

Así pues, podía abstenerse de contárselo a Lex. Por muy culpable que se sintiera.

El sacerdote carraspeó. Jude le apretó suavemente la mano para sacarla de su ensimismamiento.

—Entonces, ¿no van a intercambiarse los anillos? —les preguntó el cura, con desaprobación.

—Por desgracia, nos los están ajustando en la joyería y no han terminado a tiempo —dijo Jude.

Obviamente, no era cierto. No podían llevar alianza porque el matrimonio debía ser secreto.

El sacerdote sabía que había algo extraño en todo aquello, pero, a juzgar por las grietas que había en las paredes y por el mobiliario anticuado, Jude había elegido una iglesia a la que poder donar una buena cantidad de dinero y asegurarse así el silencio del cura.

Addi no iba a juzgar a nadie. Ella también se estaba casando porque necesitaba dinero.

El sacerdote miró a Jude y le preguntó:

—¿Prometes amarla, honrarla, protegerla y serle fiel para toda la vida?

Addi tragó saliva. Aquellas palabras eran terriblemente importantes.

Jude no titubeó.

—Sí, lo prometo.

«Ahora me toca a mí».

Tuvo que contenerse para que no se le escapara una risita de histeria.

—¿Prometes amarlo, honrarlo, protegerlo y serle fiel para toda la vida?

¿Podía hacerlo? ¿Debía hacerlo? No sabía si podía pronunciar las palabras para sellar aquel compromiso. Sin embargo, recordó la fotografía que había colgada en el vestíbulo de su casa. Era una imagen de las cinco hermanas, abrazándose la una a la otra.

Sí, podía hacerlo e iba a hacerlo. Su trabajo era cuidarlas, protegerlas y alimentarlas, y aquella era la única solución que tenía.

Alzó la barbilla.

—Sí, lo prometo —dijo, con una voz alta y clara.

—Por el poder que me ha sido otorgado, os declaro marido y mujer.

Bueno, pues ya no había marcha atrás.

Addi entró en la casinha, la pequeña casa de playa que había junto a la zona de comedor de Turtle Bay, y miró a su alrededor, a la madera, el techo de paja y la estructura de lona. Había una cama doble, con dosel y con sábanas de lino blanco, rodeada por una mosquitera. Ella sabía, porque su trabajo era saberlo, que había una bañera exenta en el baño y una ducha al aire libre. Y, también, que la cabaña tenía unas vistas increíbles.

La suya era la más pequeña de las dos cabañas. Jude ocupaba la más grande, que estaba al lado. Él tenía una terraza más espaciosa y una hamaca colgada de un par de árboles. Tenían como patio delantero la playa y el maravilloso mar. Y, en la parte trasera, un bosque de vegetación costera.

Se quitó los zapatos y se sacó la camisa de la cintura de la falda. Había engordado un poco, nada sorprendente, ya que el bebé estaba creciendo en su vientre. Estaba empezando a notar los cambios físicos y se sentía muy cansada.

—¿Estás bien?

Alzó la cabeza y vio que Jude se acercaba a su cabaña. Se había puesto un traje de baño y una camisa de algodón.

—Sí, muy bien —dijo ella, sonriendo.

La noche anterior, él la había sorprendido llevándola desde la iglesia al mejor restaurante de Ciudad del Cabo, Snell's, donde había reservado la mesa con las vistas más bellas del puerto que había en el local. Después, la había llevado a casa y se había despedido de ella con un beso en la mejilla. Había sido una noche de bodas extraña y muy casta.

Cuando Jude y ella se habían encontrado en el aeropuerto aquel día, la situación le había recordado al instante que la suya no había sido una boda de verdad, puesto que Jude la había tratado como a una colega de trabajo y no como a su mujer. Y, en realidad, aquella forma de tratar la situación era lo que necesitaba para no olvidar que se trataba de un contrato de negocios y no de un largo compromiso vital.

A pesar de estar en aquella playa, y tener aquella cabaña tan romántica como alojamiento, ella señaló la bolsa de su portátil.

—Bueno, si me das un momento para instalarme, podemos empezar a trabajar. Quería hacer algunas cosas durante el vuelo, pero no podía mantener los ojos abiertos. Disculpa.

Jude miró hacia el océano Índico y, después, se volvió hacia ella.

—Addi, son las tres y media de la tarde. Ha sido un día muy largo y ahora no voy a ponerme a mirar hojas de cálculo. Y tú, tampoco.

Eso le pareció celestial. Se frotó la pantorrilla con un pie.

—Jude, tenemos que trabajar. Esto no son unas vacaciones, por lo menos, para mí.

—En realidad, sí lo son —le dijo Jude. Entró en la zona de dormitorio, tomó la bolsa de su ordenador portátil y se lo metió bajo el brazo—. Voy a confiscarte esto.

—¡No puedes hacerlo! —exclamó ella, e intentó arrebatárselo.

Pero Jude era mucho más alto, y se limitó a elevar la bolsa y ponerla fuera de su alcance.

—¿Qué te apuestas? —le preguntó, sonriendo. Pero, al ver su consternación, la sonrisa se le borró de la cara—. Addi, es jueves por la tarde, y vamos a estar aquí hasta el lunes por la tarde. Hemos tenido diez largos días llenos de tensión, sobre todo, para ti. Me da la impresión de que estás agotada.

Bueno, sí, quizá estaba más cansada de lo normal.

—Durante los próximos cuatro días no vas a trabajar, ni a pensar en trabajar. Solo vas a comer, dormir y relajarte.

Sonaba divino. Se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en que no tenía que hacer nada...

—Pero...

—El trabajo va a seguir ahí el lunes por la mañana. Y, como no me fio de que no trabajes a escondidas, me llevo esto —dijo, y volvió a ponerse el ordenador bajo el brazo.

Addi se quedó callada, pensativa, mirándose los pies unos instantes. Se encogió de hombros.

Jude se apoyó en uno de los postes del dosel de la cama.

—Nunca había visto a nadie que pensara en alto tanto como tú. ¿Te preocupa que, si no podemos ocuparnos con tus hojas de cálculo y tus cifras, no vamos a tener nada de lo que hablar? ¿Te preocupa que nos sintamos cohibidos? ¿O te preocupa que perdamos la cabeza y volvamos a acostarnos juntos?

¿Acaso era capaz de leerle la mente? ¿Cómo?

Jude sonrió.

—No espero que me entretengas y estoy muy cómodo en silencio — le dijo él. Después, le acarició el pelo—. Y, si acabamos en la cama otra vez, me parece bien.

—Estamos trabajando juntos. ¡Y estamos casados! —exclamó ella.

—¿Y debería recordarte que la gente casada mantiene relaciones sexuales a menudo? —preguntó él, con una pequeña sonrisa. Sin embargo, al ver que ella no sonreía, se puso serio también—. Si acabamos acostándonos, Addi, y eso sería elección tuya, será algo completamente independiente del trabajo y de nuestro contrato matrimonial. Será porque tú me deseas y yo te deseo a ti. ¿Lo entiendes?

Ella asintió. No tenía respuesta para eso, ni argumentos. Tampoco los estaba buscando. Lo único que quería era ponerse el traje de baño y meterse en aquel mar delicioso, hundir los dedos de los pies en la arena y volver la cara hacia el sol...

Jude la comprendía.

—Venga, Addi, cámbiate y vamos a la playa.

Vaya, esa era una orden que sí iba a cumplir con gusto.

Después de pasar el día tomando el sol y bañándose entre las olas, parecía que Addi llevaba allí una semana. Estaban sentados en el restaurante al aire libre que había en el centro de la playa, y las casinhas se extendían a cada lado de la zona de comedor. Detrás de las mesas había una cocina al aire libre, y el chef preparaba comidas de las mejores que él había probado en la vida.

Aparte de la lujosa decoración del restaurante y las cabañas, entendía por qué aquel hotel de quince camas tenía unos precios tan altos. Además de la playa ofrecía otras actividades, como senderismo por los bosques de alrededor y buceo. Al día siguiente irían en yate a bucear a un arrecife mar adentro. Tenía muchas ganas de hacerlo.

Tomó la cerveza y le dio un largo sorbo, mirando el atardecer, que era una mezcla de colores rosados y púrpuras en el cielo, y a la preciosa mujer que tenía a su lado. Estaba un poco sonrosada y tenía el pelo revuelto, pero llevaba un bikini color verde claro y un pareo anudado a la cadera, y estaba deslumbrante.

—Este lugar es maravilloso —dijo ella, con una sonrisa—. Gracias por darme vacaciones.

—Lo necesitabas —respondió él—. ¿Te apetece tomar otra soda con lima?

—Lo que me gustaría es tomarme un mojito. Pero no puedo beber alcohol, así que, sí, otra soda con lima estaría muy bien.

Jude le hizo una seña al camarero y pidió la bebida.

—¿Cuántos de los hoteles Thorpe has visitado? —le preguntó después a Addi, con curiosidad.

Ella movió la cabeza.

—Dos... Los dos están en Western Cape. Antes nunca había estado en un resort. Y esta es la segunda vez que me alojo en un hotel.

Él frunció el ceño.

—Pero... ¿no ibais de vacaciones cuando eras pequeña?

—No, a mi madre nunca se le hubiera ocurrido darnos un lujo como ese. Además, ella no tenía dinero. Sobrevivir era todo un reto, algunas veces.

—Cuéntamelo —dijo él, con suavidad. Quería conocer su historia.

Addi miró la puesta de sol, y el camarero llevó la bebida a la mesa. Ella le dio las gracias y se llevó la pajita a la boca.

—Joelle nos tuvo muy joven. A mí, con dieciocho años y a Lex, con diecinueve. Nos llevaba de casa en casa, viviendo con cualquier hombre que le diera alojamiento gratis.

—Y esos tipos... eran... ¿Eran de fiar?

Addi asintió y él contuvo un suspiro de alivio.

—Uno o dos no mucho, pero no pasó nada.

A pesar de que sus padres hubieran muerto tan temprano, él había tenido una vida privilegiada. Se había criado en una mansión y había ido a los mejores colegios, y había tenido vacaciones en la playa, en la nieve, en lugares llenos de cultura...

—Nuestra mejor época fue cuando Joelle se casó con Tom, el padre de Storm. Fue la temporada más estable. Unos tres años.

—Perdona, ¿quién es Storm?

—Mi hermana mediana. Tiene veinticuatro años, seis menos que yo. Técnicamente, tienes cuatro cuñadas —dijo ella, en broma. Después, hizo un mohín—. Bueno, lo siento, tal vez no debería haber dicho eso.

Él sonrió.

—¿Por qué no? Es cierto, aunque sea temporalmente.

—Deberías darle las gracias a Dios de que no estemos en la Inglaterra de la Regencia y no tengas que otorgarles una dote a cada una de ellas.

—En la cultura africana, tendría que pagarles la lobola a tus hermanas por haberme permitido casarme contigo —dijo Jude—. Y el ganado es muy caro.

—Seguramente, solo valgo dos gallinas y una cabra.

Él se echó a reír.

—Si llegas.

Ella le dio un empujoncito con el hombro, pero él se alegró de que aceptara las bromas.

—Antes me has mencionado a la tía Kate... cuéntame cosas de ella.

—Cuando ya éramos adolescentes, a Joelle empezó a costarle mucho convencer a sus amantes de que la acogieran junto a sus dos hijas, y estuvimos dando tumbos unos cuantos años. Fue muy estresante. Entonces, Joelle recuperó el contacto con la hermana de su madre. Se habían peleado unos años antes. Nos dejó con ella para que pasáramos unas semanas durante el verano, supuestamente, porque dijo que iba a buscar un trabajo estable. A nosotras no nos importó mucho. La tía Kate era anciana y estricta, pero teníamos tres comidas al día. Joelle no volvió hasta dos meses después, y la tía Kate no dejó que nos llevara. Nos quedamos, y hemos estado en su casa desde entonces.

—¿Y ella te pagó la universidad?

Addi asintió.

—Bueno, la pagué con su seguro de vida. Cuando murió, nosotras alquilamos habitaciones a otros estudiantes para tener ingresos, y Lex encontró trabajo. El plan era que yo me licenciara lo antes posible y, después, ayudara a Lex a pagar su universidad. Pero, entonces, apareció Joelle con dos hermanastras de las que no sabíamos nada. Nos pidió que las cuidáramos durante un fin de semana...

—Y no volvió.

—No. Y nosotras hicimos lo mismo que la tía Kate. Las acogimos. ¿Qué íbamos a hacer?

Jude dio otro sorbo a su cerveza.

—¿Y sigue en Tailandia?

—Supongo.

—¿Por qué crees que quiere llevárselas ahora? ¿Crees que se ha arrepentido de lo mala madre que ha sido?

—¿Joelle? No, no. Creo que tiene algún tipo elegido, alguien que quizá sea muy familiar o que piense que los hijos tienen que estar con sus madres. Alguien rico, porque ella no contrataría a un abogado si él no lo pagara. Vaya, su madre parecía una buena pieza.

—Bueno, tu abogado va a fregar el suelo con el suyo —le dijo Jude, apretándole la mano.

Ella había contratado a la abogada de familia que él le había recomendado, una profesional de excelente reputación, y le había enviado toda la documentación jurídica que le había entregado el abogado de su madre.

—No podría soportar perderlas, Jude. Yo me crié con Joelle y sé lo insegura que es la vida con ella... Además, en un país extranjero. ¿Te imaginas lo aterrador que sería para ellas? Y Lex se quedaría hundida. Ella ha sido su pilar durante estos cuatro últimos años. Las adora. Para mí sería un fracaso horrible perderlas.

—Addi, les habéis dado un hogar, amor, estabilidad. Y, aunque estoy seguro de que esto no va a ocurrir, si tienen que volver con su madre, habrás hecho todo lo posible porque se quedaran aquí. Eso no sería un fracaso.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Sí, para mí, sí.

—Eres muy dura contigo misma, cariño.

Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, y tuvo la tentación de besarla para calmar su dolor con pasión y calor. Sin embargo, se inclinó hacia atrás para evitarlo. No podía caer en la tentación, porque terminaría destrozado de nuevo. La vida con Addi se estaba convirtiendo en un tira y afloja entre lo que quería y lo que sabía que no podía tener.

—¿Y qué les parece a tus hermanas lo de ser tías?

Ella se quedó avergonzada y se cruzó de brazos. No respondió, y él carraspeó suavemente.

—¿Qué? —preguntó Addi.

—No se lo has dicho, ¿verdad?

—No. —¿Por qué no? —le preguntó Jude, con interés.

Creía que Lex y ella estaban muy unidas y que Addi se lo contaba todo a su hermana, incluido el hecho de que había tenido una aventura de una noche. Se preguntó si sabía que Lex y Cole tenían también una aventura. Pero él no era quién para decírselo.

—¿Sabe Lex que nos hemos casado?

—Tú me pediste que mantuviera el matrimonio en secreto, y yo te prometí que lo haría, así que no se lo he contado a nadie. Tampoco le conté lo que pasó en el Vane.

—Pero... en algún momento tendrás que decirle que vas a tener un hijo, Addi.

—¡Ya lo sé, Jude! Pero... me da vergüenza decírselo.

—¿Por qué?

—Cuando teníamos dieciséis años, me senté a hablar con Lex y le pedí que me prometiera que nunca iba a quedarse embarazada accidentalmente. Yo le prometí lo mismo. Nos prometimos que tener un hijo sería por decisión propia y cuando las circunstancias lo permitieran.

Se le escapó un sonido, algo entre un hipo y un sollozo.

—No tenía que ocurrir de este modo, Jude, teniendo en cuenta cómo ha sido nuestra vida.

Él la rodeó con un brazo y dio la espalda a los demás huéspedes del hotel para ocultar lo consternada que estaba.

—Tu hermana lo entenderá, Addi.

—Eso espero. No quiero decepcionarla.

—Creo que estás siendo demasiado dura contigo misma. Todos podemos cometer errores. Addi se echó a llorar.

—Dios, ¿cómo voy a echarles el sermón de «tienes que tener cuidado y usar anticonceptivos»? Se van a reír de mí.

—No, les dirás que a veces ocurren cosas inevitables, pero que siempre estarás de su lado. Siempre hay un plan para todo.

—Espero que su plan no sea tan drástico como el nuestro —murmuró ella. Se apartó un poco y le sonrió con los ojos llenos de lágrimas.

—Vaya locura, ¿eh?

—Sí, totalmente.

Él la miró a los ojos y vio una chispa de interés, de calor, que ardía en aquellos iris azules. Addi se miró la mano, que estaba posada en su antebrazo, pero no rompió su conexión.

—Nos divertimos aquella noche, ¿verdad? —le preguntó ella, suavemente.

—Me encantó hacer el amor contigo, Addison —respondió Jude, en voz baja—. Y me encantaría hacerlo de nuevo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Por el momento, digamos que los días que estemos en el extranjero, visitando los hoteles de Thorpe. En casa tendríamos que ser muy cuidadosos para no llamar la atención de la prensa.

Ella frunció suavemente el ceño, pero, después, sonrió.

—Bueno, por lo menos sabemos que no me voy a quedar embarazada.

Él sonrió también, preguntándose si le estaba diciendo que sí. Necesitaba saberlo.

—Entonces, ¿vamos a hacer el amor de nuevo, cariño?

Ella lo miró fijamente, y él contuvo la respiración. Al final, Addi asintió. —Sí, creo que sí.

Él no quiso esperar ni darle tiempo para que cambiara de opinión. La necesitaba tanto, que se puso de pie y tiró también de ella. Addi miró su vaso medio vacío.

—¿Ahora? ¿No podemos comer algo primero?

No. No iba a esperar.

—Tienen una cosa increíble llamada «servicio de habitaciones» —respondió, y se la llevó por entre las mesas del restaurante, llenas de comensales que se estaban divirtiendo.

Aquello no era una luna de miel, pero iba a aprovechar cualquier oportunidad que tuviera para disfrutar con su preciosa mujer. Y ¿qué sería mejor que jugar en una enorme cama, con la puesta de sol lanzando rayos anaranjados sobre su piel suave y el mar proporcionándoles la música de fondo?

Capítulo 7

JUDE la llevó por la arena hasta su terraza. Addi vislumbró una cómoda sala de estar a la derecha, pero él giró a la izquierda y la guio al dormitorio, que daba al mar y al sol de poniente. Se detuvo al lado de la cama, tomó su rostro entre las manos y la miró con una expresión intensa.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Addi?

—Sí, completamente segura.

Estaba impaciente por desabrocharle los botones de la camisa y pasar las manos por su pecho, y posar la boca sobre su piel caliente, besarlo, perderse entre sus brazos. Le puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos, contemplando aquel intenso color verde que había llegado a asociar con la pasión y la necesidad.

—Quiero hacer esto, Jude. Te deseo.

Él bajó la cabeza para besarla, pero ella se apartó un poco. Solo necesitaba cerciorarse de un pequeño detalle.

—Esto no tiene nada que ver con nuestro acuerdo, ni con mi trabajo, ¿verdad?

—No. Esto solo tiene que ver con el hecho de que no puedo esperar más para besarte en los labios, recorrer tu cuerpo desnudo con las manos, saborearte y acariciarte. Casi no he podido pensar en otra cosa estos últimos dos meses. Trataba de recordar tu olor, la suavidad de tu pelo, ese sonido tan sexy que haces cuando estás excitada...

Él irradiaba sinceridad y ella supo que, en aquel momento, él no era su jefe multimillonario y ella no era la madre de su bebé. Eran solo un hombre y una mujer que se sentían locamente atraídos el uno por el otro.

—Addi, me estás matando —murmuró Jude, y le apretó la mano.

—Llévame a la cama, Jude —le pidió ella, en un tono fuerte y seguro.

En cuanto ella pronunció aquellas palabras, Jude la besó y deslizó la lengua entre sus dientes para enredarse con la de ella. Dobló las rodillas un poco y la levantó sobre su cuerpo, y Addi le rodeó las caderas con las piernas. Su sexo se presionó contra la dura erección de Jude.

Sí, por favor. Allí era exactamente donde quería estar.

Jude la besó profunda y vorazmente, exigiéndole que siguiera su ritmo, y ella lo hizo con gusto. Metió las manos por debajo de su camisa y le acarició la piel desnuda de la espalda. Él la sostuvo fácilmente, con un brazo por debajo de su trasero, mientras cubría uno de sus pechos con la otra mano. Agachó la cabeza para tomar su pezón con la boca y disfrutó de la fricción que le producía la parte superior de su biquini en el pezón endurecido. Pero eso no fue suficiente para él. Tiró del lazo que sujetaba los triángulos del biquini y se la quitó.

La dejó en el suelo y se sacó la camisa por el cuello, y Addi se inclinó hacia delante para posar la boca abierta sobre su musculoso pecho pero, antes de que pudiera hacerlo, él tiró de su pareo y la dejó tan solo con la parte inferior del biquini. Jude se la bajó por las caderas y la prenda quedó sobre el montón de colores, en el suelo.

Le apartó las manos y, rápidamente, se quitó el traje de baño. Ella no podía evitarlo, necesitaba tocarlo, así que pasó el pulgar por su miembro. Nunca hubiera pensado que un hombre podía ser tan suave y tan duro al mismo tiempo. Le encantaba tocarlo, y quería inhalarlo, saborearlo, oír que gemía su nombre mientras trataba de dominar su reacción hacia ella...

—Si sigues mirándome así, voy a perder el control, cariño —le advirtió Jude, mientras volvía a acariciarle los pechos.

Addi arqueó la espalda.

—¿Cómo te estoy mirando? —le preguntó.

—Como si yo fuera una magdalena y tú no hubieras comido nada desde hace varios días.

Exactamente.

Jude la levantó por las caderas y, suavemente, la tumbó sobre en la enorme cama. Después, puso las manos a cada lado de su cabeza y comenzó a besarle el pecho, las caderas, entre las piernas...

Cuando comenzó a convertir en realidad las imágenes de su mente, Addi se preguntó qué tendría él para conseguir que se sintiera de aquella forma, por qué era el único que podía hacer que perdiera el control y su cerebro dejara de funcionar. Cuando la besaba o la tocaba, ella era capaz de desvincularse de su vida. Gimió cuando él dirigió la atención a su otro pecho y le chupó suavemente el pezón. Él, y la forma en que la hacía sentir, eran todo lo que importaba.

Addi apoyó su peso en los codos mientras observaba el progreso de Jude por su cuerpo, cómo descendía besándole las costillas y cómo sumergió la lengua en su ombligo. Le mordió suavemente el hueso de la cadera, y ese pequeño indicio de dolor aumentó su placer.

Si no la tocaba pronto, perdería la cabeza. Necesitaba con urgencia que se concentrara en sus lugares secretos femeninos, donde empezaban y acababan los placeres.

Pero Jude siguió jugueteando con ella, besándole el interior del muslo, inspeccionando una cicatriz en su rodilla, pasando la lengua por su espinilla y chupando el punto blando del interior de su tobillo.

Jude no había hecho nada más que besarla y acariciarla con sus largos dedos, pero ella se sentía como si fuese una olla burbujeante a punto de desbordarse. Sin embargo, por mucho que quisiera dejarse llevar, deseaba más proporcionarle las mismas sensaciones que él le había hecho sentir a ella. Quería que se retorciese y ardiera de placer.

Se alejó de él y lo empujó por los hombros para conseguir que se acostara. Cuando estuvo tumbado boca arriba, se arrodilló a su lado y se recreó mirándolo, deteniéndose en los detalles. Sus pezones eran unos círculos planos, y tenía la cantidad justa de vello suave en el pecho para que resultara sexy. Tenía el estómago musculoso y la piel se le bronceaba con facilidad, volviéndose del castaño oscuro de los surfistas y marineros. Tenía las piernas largas de un corredor y los pies, grandes, pero sorprendentemente elegantes.

Le pasó el dedo por el dorso de la mano y trazó una vena, deteniéndose para inspeccionar una cicatriz que tenía justo debajo del codo. Jude levantó el otro brazo para meter la mano detrás de la cabeza y se le abultó el bíceps. Parecía que se sentía cómodo en su desnudez. Tenía otra cicatriz, que parecía de una operación, justo debajo de la clavícula. Ella quería saber qué había pasado, y cuándo. Estaba desesperada por saberlo todo sobre aquel hombre.

«Eso es una tontería», pensó, mientras bajaba la cabeza para besarle el esternón y deslizar la lengua hacia abajo. Tenían un trato y, aunque se sintieran tan atraídos el uno por el otro, debían mantener sus pensamientos y sus sentimientos al margen. Si no lo hacían, y se refería sobre todo a sí misma, la vida se volvería muy complicada.

Un acuerdo de negocios con algo de diversión adicional.

Siguiendo su ejemplo, Addi le mordió el hueso de la cadera y, un instante después, se encontró tendida boca arriba. Jude estaba sobre ella y empezó a separarle las piernas con la rodilla.

—Te necesito, Addison. Ahora.

Su voz estaba llena de deseo, y ella suspiró cuando él rozó la entrada de su cuerpo con su erección. Jude deslizó la mano entre sus piernas y ella soltó un gemido cuando él le rozó con el pulgar el centro del cuerpo. Pasó los dedos por su calor y su humedad, y le brillaron los ojos cuando se encontraron con los de ella.

—Eres extraordinariamente sexy, cariño.

Ella no necesitaba palabras. Lo que necesitaba era tenerlo dentro, así que levantó las caderas y empujó, suspirando cuando él penetró en su cuerpo. Pero no fue suficiente. Lo necesitaba mucho más profundamente, tocando su alma, si era posible.

—Consigues que me sienta como si estuviera en el cielo —murmuró Jude, mientras se mecía contra ella—. Engancha las piernas a mi alrededor.

Obedeció sus órdenes, y él deslizó una mano por la parte baja de su espalda y la inclinó hacia arriba. Se hundió más en ella, lo más profundamente que pudo. Y eso era lo que ella necesitaba. Así era como había soñado que debería ser el sexo.

Calor, pasión, una acumulación intensa de sensaciones que explotarían y la enviarían a los límites del espacio, rodeada de colores y emociones, de fragmentos de nada y todo.

Addi clavó las uñas en el trasero de Jude mientras oía vagamente su respiración agitada y notaba la tensión de su cuerpo. Sintió su éxtasis en lo más profundo de su ser, y pensó que hacer el amor con él sin preservativo era aún más íntimo, más intenso. Mientras recuperaba la capacidad de pensar, le acarició la espalda ancha y las nalgas firmes. Amaba su cuerpo. Le encantaba todo lo que le hacía sentir.

Temía que, si no era muy cuidadosa, iba a enamorarse de él.

Y eso sería un desastre de enormes proporciones.

Jude miró a Addi. Estaba acostada boca abajo en su cama, profundamente dormida. Tenía una línea blanca en medio de la espalda debido a los tirantes de su biquini, y él hizo una mueca al fijarse en su piel que, por lo demás, estaba roja.

Al acostarse con ella, no había pensado en que el lino podría irritar su piel después de un día bajo el sol. Demonios, no había pensado absolutamente en nada, solo en su deseo. Y, tan pronto como ella le dio luz verde, solo pudo pensar en entrar en su cuerpo. Addi le había borrado cualquier otro pensamiento de la cabeza.

Era tan delgada, pensó Jude; nadie pensaría que estaba embarazada. Tal vez fuera una de aquellas mujeres a quienes no se les notaba el embarazo hasta que estaba avanzado. De todos modos, no le importaba el aspecto que tuviera Addi durante aquellos meses siempre que el bebé y ella pasaran aquella experiencia con salud.

Pasó el dedo por su columna, notando las vértebras y admirando la deliciosa curva de su trasero. Podría mirarla durante horas, pero, desafortunadamente, su estómago estaba exigiendo comida. Había salido la luna, y miró la hora en su reloj de muñeca: eran casi las ocho. Si quería comer algo, sería mejor que lo pidiera cuanto antes.

Se levantó, bajó la mosquitera y dejó a Addi durmiendo. Se puso el traje de baño y una camiseta y decidió ir al comedor para encargarse de la cena y, después, darse un baño rápido mientras esperaba a que se la llevaran a la habitación. Pidió pescado para ambos y, después de darle las gracias a Miguel, se dirigió de nuevo a la casinha. Se quitó la camiseta, corrió hacia el mar y se tiró al agua.

Se meció entre las olas, disfrutando de la luz de la luna. El agua estaba increíblemente cálida y hacía una noche perfecta, con una ligera brisa que le acariciaba la piel. Acababa de mantener unas relaciones sexuales increíbles y estaba a punto de tomar una cena maravillosa, pero había una pequeña parte de él que se preocupaba por el hecho de que todo hubiera sido tan fácil. Tenía la sensación de que algo iba a salir mal.

En su próxima reunión con el Consejo de Tres, les informaría de que se había casado y de que su mujer estaba embarazada, y les aseguraría que el bebé era legítimo. Les recordaría que su vida personal era confidencial y que los demandaría si la noticia de su matrimonio llegaba a los periódicos. Pero, como creía en los señuelos, también les haría el regalo de una bonificación adicional e inesperada.

No temía que los consejeros lo delataran. El dinero era una excelente motivación y él tenía muchísimo. A menos que un reportero sospechara y empezara a investigar, su rápido matrimonio no saldría a la luz y Addi y él podrían divorciarse tranquilamente después de que naciera el bebé.

Sin embargo, debía pensar en qué iban a hacer si la prensa descubría que se habían casado. No dudaba que Addi trataría de mantener su boda en secreto y ni siquiera se lo contaría a sus hermanas, pero podía tener un desliz y, si se le escapaba... Miró hacia arriba, a la luna, pensando en cómo se enfrentaría a esa situación.

Tendrían que fingir que estaban enamorados y que su boda había sido una decisión repentina. Que querían estar casados y tomarse su tiempo para planificar una ceremonia en la iglesia y una gran celebración, como correspondía a uno de los solteros más solicitados del país. Con un poco de suerte y algo de encanto, nadie descubriría que se habían casado para que él pudiera deshacerse de su Consejo de Administración.

Todo saldría bien, ¿verdad?

A la mañana siguiente, Jude ayudó a Addi a bajar del barco de buceo. Se habían encontrado con delfines y habían visto una manta raya y una tortuga enorme mientras hacían esnórquel, pero, en lugar de mostrar en su rostro la misma alegría que el resto de los excursionistas, Addi estaba pálida. La atrajo hacia sí y bajó la cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó, al oído.

—Creo que sí —dijo ella, mirándolo.

No era suficiente. Dio un paso atrás y dejó que todos los demás se alejaran por la playa. —¿Qué pasa? —le preguntó a Addi.

Ella arrugó la nariz y se puso la mano en la parte baja del abdomen.

—Solo tengo un poco de dolor. No es un tipo de dolor que haya sentido antes.

A él se le erizó el vello. De golpe, recordó todo lo que le había pasado a su madre. —¿Es un dolor fuerte? ¿Tienes calambres?

Addi lo miró como si estuviera perdiendo la cabeza.

—No, es solo un dolor suave, Jude. No es nada.

—¿Cómo sabes que no es nada? Tal vez pase algo —dijo, reconociendo para sí que parecía un poco trastornado.

—Por favor, cálmate, no es nada serio.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó él, poniéndose en jarras—. Nunca has estado embarazada. Addi puso los ojos en blanco.

—Estoy bien, Fisher.

—¿Cuándo vas a ir al médico? ¿Has pedido ya cita para hacerte la ecografía?

Él plantó los pies en la arena mientras Addi se ataba el pareo alrededor de las caderas.

—Debería decirle a mi piloto que venga a recogernos con el Cessna y llevarnos a Maputo.

Miró el reloj. Eran las once; si pudieran salir a las doce, llegarían a Maputo a la una y media y su jet los dejaría en Johannesburgo antes de las tres. Su ayudante encontraría un ginecólogo que pudiera verla inmediatamente después de aterrizar, y Addi recibiría un tratamiento aquel mismo día.

Pero, si abortaba, ¿dónde los dejaría eso? Divorciados, supuso. Y el pensamiento le dejó con un sabor tan amargo en la boca que él también se sintió un poco enfermo. No podía imaginarse que Addi no estaba casada con él, que no estaba embarazada de él.

—¿Quieres calmarte? He dicho que me duele solo un poco, no que me pase nada malo.

—Pero ¿no crees que deberíamos ir a una revisión médica?

—No. Ya casi se me ha pasado del todo. Creo que deberíamos ir a tomar un refresco y que tú deberías tomarte un respiro. O cinco.

—¿Estás sugiriendo que soy un exagerado?

Ella negó con la cabeza, sonriendo.

—No, no lo sugiero. Te lo digo claramente: estás exagerando. Relájate, Fisher. No soy la primera mujer que se queda embarazada y estoy perfectamente bien.

Tenía razón, no era la primera, pero ¿y si la excursión en barco había sido demasiado accidentada, y si se habían excedido aquella mañana? Addi estaba bajo su cuidado y protección, y él no sabía suficiente sobre el embarazo como para prever qué podría causar un aborto. Y, sí, tal vez tenía un poco de miedo de que lo que le había pasado a su madre pudiera pasarle a ella.

Mejor dicho, tenía mucho miedo...

Capítulo 8

UNA hora más tarde estaban sentados en la esquina del restaurante, en su mesa favorita, que estaba ligeramente aislada del resto del comedor. Jude tenía delante una cerveza helada, y Addi también hubiera querido pedir una; no había nada mejor que una cerveza fría o una sidra después de pasar una mañana en la playa.

Había sido una increíble excursión de buceo que iba a recordar el resto de su vida. Habían navegado hacia el norte, siguiendo la línea de la costa. Después de dieciséis kilómetros, se habían encontrado con una manada de delfines que se interesó en ellos.

Rápidamente, ella se puso un esnórquel y se zambulló lo más profundamente que pudo, con la esperanza de que los delfines no salieran huyendo al ver a aquellos extraños seres blancos en el agua, con ellos. Mientras subía a tomar aire, uno de los delfines se había puesto a su lado y la había acompañado en su ascenso vertical, mirándola con sus ojos asombrosamente inteligentes. Había salido a la superficie riéndose de felicidad, pero lo había visto alejarse y se había quedado decepcionada.

Sin embargo, al sumergirse de nuevo en el mar plano como un espejo, había visto a su nuevo amigo dar la vuelta y nadar hacia ella. Tuvo ganas de extender la mano y tocar al delfín, pero pensó que, dado que a ella no le gustaba que los extraños la tocaran, tendría la misma deferencia con el animal. El delfín la rodeó nadando y le rozó ligeramente el vientre, como si supiera que estaba embarazada. Había sido una experiencia profunda, emotiva, asombrosa. Y, cuando se marcharon los delfines, ella había achacado el enrojecimiento de sus ojos al agua salada. Sus lágrimas eran parte del océano.

Habían subido al barco. El resto de los excursionistas quería hablar sin cesar de la experiencia, pero ella solo quería silencio, algo de tiempo para procesar aquella vivencia espiritual. Entonces, Jude le había dado un

beso lleno de ternura en los labios y había posado su frente en la de ella, y ella se había dado cuenta de que la entendía.

Algunas veces, no era necesario hablar de las cosas, y el hecho de saber que él no necesitara aclaraciones hizo que sintiera una calidez y una esperanza inesperadas.

«Ten cuidado, Addison».

Tomó un poco de su bebida de lima y miró hacia el mar. Se marchaban al día siguiente a otro de los hoteles de Thorpe, en Tanzania, pero ella no quería dejar aquel lugar. Quería quedarse allí, en brazos de Jude, disfrutando del sol, el mar y el sexo.

Durante el resto de su vida, aquellos días iban a ser la medida con la que evaluaría las demás vacaciones. También compararía cualquier otra relación con aquella aventura que estaba teniendo con Jude. Él hacía que se sintiera deseada, admirada, sexy.

El camarero llevó a su mesa un plato de pescado frito y ensalada para ella y, para él, un bocadillo de langosta. Ella le robó una patata frita perfecta del plato, se la comió y suspiró.

—Están deliciosas.

—Pídete un plato —le sugirió Jude.

No. No podía engordar. Joelle se había mantenido delgada durante su embarazo de Storm, pero eso no significaba que a ella fuese a ocurrirle lo mismo.

—¿Has tenido náuseas matinales? —le preguntó Jude.

—No. Salvo por mi reacción al café, estoy bien —respondió ella—. Todavía puede pasarme, pero espero que no. No me parece nada divertido ponerme a vomitar.

Siguieron comiendo, y ella le preguntó:

—¿Por qué te pusiste histérico cuando dije que tenía un pequeño dolor en el vientre?

—Bueno, me parece que decir que me puse histérico es un poco exagerado.

Ella le dio un suave codazo.

—Querías llamar a tu piloto y llevarme al médico en avión. ¿Normalmente te preocupas tanto?

Al ver que él miraba al plato y apretaba los dientes, ella se dio cuenta de que había tocado una fibra sensible. No sabía de qué podía tratarse, pero quería averiguarlo.

—¿Qué ocurrió, Jude? —le preguntó, y le apretó la mano.

Él se mantuvo en silencio mientras comía.

—Seguramente, eres la persona más sensata que he conocido, así que tu reacción me da a entender que es algo muy personal que te resulta doloroso, pero me encantaría que lo compartieras conmigo.

Él suspiró.

—Mi madre murió de un embarazo ectópico sin diagnosticar cuando yo tenía ocho años. Era muy pequeño, pero recuerdo que se quejaba de dolor de vientre. Creo que me vino el recuerdo cuando dijiste que estabas dolorida, y mi cerebro se situó en el peor de los casos.

Comprensible.

—¿Te preocupa que tenga un aborto?

Él encogió un hombro.

—Para ser sincero, ha sido todo tan rápido que ni siquiera había pensado en ello —respondió Jude, y miró al mar—. Aunque, tal vez, no deberíamos habernos casado tan rápidamente. Las parejas tienen buenos motivos para no anunciar inmediatamente que van a tener un hijo. Seguramente, es porque no quieren que nadie se haga ilusiones hasta que haya pasado el riesgo de aborto.

—Si ocurriera eso, yo no te exigiría nada, Jude —le aseguró ella—. Estoy perfectamente, y el bebé, también.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

Jude no respondió, y ella pensó que era mejor cambiar de tema.

—Cuéntame cosas de tus padres —le pidió.

Él tardó unos instantes en responder.

—Después de que muriera mi madre, mi padre se hundió emocionalmente. Tres años después le diagnosticaron un cáncer y comenzó un tratamiento, pero murió al año. Creo que murió porque no quería vivir sin ella. Yo no era suficiente.

A Addi se le formó un nudo en la garganta.

—Lo siento muchísimo, Jude.

—El amor puede ser un sentimiento destructivo. Él solo la quería a ella, no tenía nada para mí.

Oh, eso era terrible. Y cuando ocurrió, Jude era muy pequeño...

—¿Quién te crio?

—Mi abuelo. Era un hombre austero e introvertido que no tenía ni idea de tratar a un niño perdido que sufría y tenía demasiada energía.

Jude apuró su botella de cerveza e hizo una seña para que le llevaran otra.

—Me mandó a un colegio interno cuando cumplí los trece años, y no volví a verlo mucho. Pasaba la mayoría de las vacaciones en las casas de mis amigos. Pero recibía sus cartas mensuales, que llamaba «los sermones». Eran la planificación completa de cómo iba a ser mi vida. Eligió mi carrera universitaria, cuándo debía unirme al negocio familiar, la universidad a la que iba a ir... Y me dijo claramente cómo debía llevar mi vida. Nada de alcohol, mujeres ni diversión.

Ella no veía a Jude comportándose como un santo en la universidad, y se lo dijo. Él sonrió.

—El primer año me volví loco. Iba a fiestas todo el tiempo y tuve muchas aventuras con chicas de las que ya ni siquiera me acuerdo. Mi abuelo estaba horrorizado. Cuando conocí a Marina, casi no nos hablábamos, y me amenazó con retirarme la asignación si no volvía al buen camino.

¿Quién era Marina?

Jude esperó a que el camarero le llevara la cerveza y despegó la mitad de la etiqueta antes de responder a aquella pregunta que ella no había formulado.

—La conocí en un pub, una noche. Era divertida, preciosa, inteligente... Me enamoré perdidamente de ella.

—Y... ¿cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Nueve meses, o un poco más. Yo estaba muy enamorado de ella, y pensaba que ella también me quería mucho, pero me equivoqué de pleno.

—¿No quieres contármelo, Jude?

—Es una historia larga y fea.

Ella se había criado con Joelle, así que no le asustaban las historias feas.

—Mi abuelo ya estaba disgustado conmigo, furioso porque me había pasado el primer año de fiesta y no había aprobado casi ninguna asignatura. No le gustaban mis amigos, ni cómo me vestía, ni mi falta de seriedad.

—¿Te vigilaba hasta ese punto?

—Sí. No estoy seguro de si contrató a un detective privado, o pagaba a mis amigos para que le dieran información, pero siempre sabía lo que yo estaba haciendo.

Addi se estremeció al pensar en lo traicionado que debía de haberse sentido Jude por la falta de confianza de su abuelo.

—Yo empecé a distanciarme de mi grupo de amigos —le dijo él—. No sabía quién le estaba dando la información, así que dejé de tratarme con todos. Fue... difícil.

Lógicamente. A esa edad, los amigos eran lo más importante.

—En realidad, si miras atrás, te das cuenta de que yo era el blanco perfecto para alguien como Marina. Un chaval rico y solitario. Me enamoré y empezamos una relación seria muy rápidamente. Yo creía que iba a estar con ella para siempre. Pensaba que terminaríamos la carrera, nos independizaríamos y estaríamos maravillosamente juntos.

—¿Pero?

—Pero, como me dijo mi abuelo con una gran satisfacción, Marina intentó chantajearlo. Le dijo que rompería conmigo y se alejaría de mí si le pagaba por ello. Si no lo hacía, ella iría diciendo que estaba embarazada y que yo no le permitía que me dejara. Lo que no sabía era que Bartholomew hubiera preferido que le cortaran una mano a dejarse extorsionar. Contrató a detectives privados para que investigaran su vida. Resultó que había tratado de estafar a muchos otros antes que a mí, y que tenía veinticinco años. Su oficio era timar a chicos ricos. Cuando me lo contó mi abuelo, yo no me lo creí. Creí en ella.

Addi vio el dolor que se reflejaba en sus ojos, y supo que había más.

—Sigue, Jude.

—Yo pensé que Bartholomew y yo no nos íbamos a reconciliar, así que encontré un trabajo de camarero para mantenernos a los dos. Llegué a casa una noche y me la encontré con una pastilla en la mano. Me dijo, con

calma, que estaba embarazada y que, si no conseguía que mi abuelo pagara, abortaría. Fue la primera vez que mencionó un bebé.

Addi se quedó boquiabierta.

—¿Estaba embarazada?

—Eso fue lo que dijo. Pero, con solo mirarla, yo supe que era mentira. Y me harté de dejar que jugara conmigo. La eché de casa, a ella y a su bebé imaginario.

Addi arrugó la nariz.

—¿Y estás seguro de que no estaba embarazada?

—Ella misma lo reconoció, y me dijo que fingir que estaba embarazada era un as que tenía en la manga. Además, la vi unos cinco meses después y estaba muy delgada. No, quería dinero y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por conseguirlo.

—Siento que tuvieras que pasar por todo eso —le dijo ella. Apartó el plato y tomó su bebida—. Sé cómo es la decepción que te llevas cuando te falla la persona a la que quieres.

Él alzó la cabeza.

—¿Tu madre?

—Sí, bueno... Ella, también. Pero me refiero a que yo estuve prometida con un chico al que conocí en la universidad. Iba a casarme con él, pero, tres meses antes de la boda, las niñas aparecieron en nuestra vida. Él decidió que era demasiado y rompió conmigo. Aunque, en realidad... eso no es justo del todo. Él no se había comprometido a aceptar una familia ya hecha; intentó que funcionara, pero ellas le causaban frustración. A las tres semanas, decidió que no podía continuar.

—Lo siento —dijo él—. Me asombro de que constantemente nos estén bombardeando con noticias de separaciones. Esta persona tuvo una aventura, la de más allá quería dejarlo... Dos de cada tres matrimonios acaban en divorcio, pero los seres humanos seguimos tirándonos de cabeza a la piscina del matrimonio y nos sorprendemos cuando no funciona. No lo entiendo.

—¿No fue Oscar Wilde quien dijo que el matrimonio es una comida muy aburrida en la que te sirven el postre al principio? —preguntó ella—. Esta es una conversación bastante cínica para dos personas que acaban de casarse.

Él sonrió.

—Ah, pero la diferencia es que nosotros tenemos un objetivo claro y un límite temporal. Es una aventura y, si queremos, podemos continuar cuando volvamos a Cape Town. Como mucho, dieciocho meses casados. Lo estamos haciendo bien, Addi.

Era posible que sí, pensó ella, mientras elevaba el vaso para brindar con la botella de cerveza de Jude. Pero le rondaba por la cabeza la idea de que podrían hacerlo mejor.

Jude estaba tumbado junto a Addi, mirándola mientras dormía. Más allá se divisaba el mar bajo la luz de la luna, y el sonido de las olas amortiguaba la suave respiración de Addi.

Aquel había sido un día extraño. Él no había pensado nunca en contarle la historia de Marina, pero se alegraba de haberlo hecho. Y le aliviaba que ella hubiera sido empática y lo hubiera apoyado, y no le hubiera preguntado por qué había tardado tanto tiempo en llegar a la misma conclusión que su abuelo.

No le había explicado que tenía la necesidad de creer en lo que, supuestamente, tenían Marina y él: un vínculo basado en la confianza... Pero sabía que ella lo entendía. Su lealtad a Marina le había causado mucho dolor y mucha desconfianza para el resto de su vida. Su abuelo lo había considerado un idiota por dejarse conquistar por una mujer, un idiota emocional por no creer en las pruebas que había encontrado el detective, y nunca le había permitido que lo olvidara.

Desde ese momento, Bartholomew había dudado de todas sus decisiones. Nunca le había perdonado que fuera humano. Las dudas de su abuelo se habían convertido en certidumbre después, cuando la historia de Marina había llegado a los periódicos por boca de Jane. Él todavía recordaba los comentarios despreciativos de su abuelo después de leer la prensa.

—Eres demasiado emotivo, y te crees todo lo que te diga una mujer guapa sobre su triste historia. Las emociones son una debilidad, hijo. Ahora tengo la sensación de que no puedo confiar en ti más que para darte dinero de bolsillo —le dijo Bartholomew—. Has cometido errores tan estúpidos que no puedo pasarlos por alto ni perdonarlos. Y, ahora, todo el mundo sabe lo tonto que fuiste.

Aquellas palabras desdeñosas de su abuelo todavía le producían una terrible vergüenza.

A Bart no se le había ocurrido pensar que él era muy joven cuando se había enamorado de Marina. Eso no contaba. No le había importado que, después, se hubiera concentrado en los estudios y se hubiera graduado con sobresaliente, ni que hubiera desarrollado una división muy rentable de su negocio. Bartholomew lo había definido solo por sus errores, no por sus éxitos. No había querido nombrarlo consejero delegado de la empresa, pero siempre había habido un Fisher al mando del grupo, durante ochenta años, y no podía romper con aquella tradición. Sin embargo, como consideraba que su nieto era un renegado, una persona irreflexiva e impulsiva, había incluido aquellas cláusulas en el testamento.

Su abuelo no confiaba en él y lo había castigado por no ser perfecto. Pero, dentro de un año, él ya no estaría bajo su influencia, se habría hecho con el control de Fisher International y se habría librado de los consejeros. La empresa sería suya. Podría tomar sus propias decisiones y podría ser él mismo.

Addi se movió por la cama y abrió los ojos. Alzó una mano y le acarició la mejilla.

—¿Estás bien? —le preguntó, en tono somnoliento—. Es muy tarde. ¿No te duermes?

Él le había dado a entender que solo tenían una aventura, pero, en aquel momento, no sentía nada parecido a eso. Y era peligroso. Se encogió de hombros.

—Es que estoy dándole vueltas a algunas cosas.

—¿Estás pensando en Marina?

—No, en realidad, no.

—Mejor. No merece la pena que le dediques tiempo.

Jude le acarició el pelo y posó la mano sobre su cuello elegante.

—¿Sigues estando de acuerdo, Addi? ¿Todavía quieres seguir?

Ella frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No le vas a decir a nadie, ni siquiera a tus hermanas, que nos hemos casado, ¿verdad?

—He dicho que no, que no lo voy a hacer, Jude.

Addi se apartó de él rodando por la cama. Se había enfadado porque odiaba que él no tuviera fe en ella. Y él no quería que se pelearan, así que

se le acercó y le dio un beso en el cuello, inhalando a la vez su delicioso olor.

—Lo siento —murmuró.

Ella no se giró.

—Alguna vez tendrás que confiar en alguien, Jude.

Addi no lo entendía. Y no lo entendería a menos que le explicara que estaba pidiendo algo imposible. Se puso el brazo sobre los ojos y se preguntó por dónde debía empezar. Le resultaba aún más difícil hablar de Jane que hablar de lo que había sucedido con Marina. Seguramente, porque en el caso de Jane ya era adulto, y debería haber tenido más sentido común.

—Después de lo que pasó con Marina, me marché de Sudáfrica. Me fui a Londres y me matriculé en la London School of Economics. Allí es donde conocí a Cole. Creí que sería como empezar de cero, que nadie se interesaría en mí. Por desgracia, mi abuelo era un hombre de negocios conocido internacionalmente, y la gente sí tuvo interés.

—¿Te refieres a los medios de comunicación? —preguntó Addi, mientras se volvía para mirarlo.

—Sí. Él era vociferante a la hora de exponer sus puntos de vista e inflexible en cuanto a sus valores, y tenía la costumbre de sermonear a todo el mundo. Mucha gente, sobre todo, los periodistas, querían verlo en el fango, pero no encontraban nada con lo que vapulearlo.

—Así que se concentraron en ti.

—Creo que llegaron a la conclusión de que mis defectos serían una espina en su costado. Pero yo también me había dado cuenta de eso —dijo Jude. Apartó el antebrazo de sus ojos y metió la mano detrás de la cabeza—. Llevaba una vida discreta. Tenía pocos amigos, y Cole era de los mejores. A los seis meses, los periodistas se dieron cuenta de que era aburrido y me dejaron en paz. Me gradué, empecé a trabajar en Fisher International London y estuve allí cinco años. Mi abuelo y yo trabajábamos mejor viviendo en continentes distintos.

Addi se sentó en la cama, cruzó las piernas y apoyó los codos en las rodillas.

—Yo empecé a salir con una chica, Jane, después de la universidad, y estuvimos juntos dos años. Creía que podía dejar atrás el asunto de Marina, que solo había sido un error juvenil. Era mayor, mejor, más sabio. Jane y yo vivimos juntos durante un año. Ella trabajaba en el sector

financiero, en la city, y era muy ambiciosa, pero no tenía sentido de lo que es el juego limpio. Empezó a preocuparme su forma de actuar, porque parecía que estaba dispuesta a traspasar cualquier límite. Me enteré de que se había acostado con su jefe para conseguir un ascenso. La fidelidad es algo importante para mí, así que le dije que habíamos terminado. Ella me dijo que era un exagerado, que no tenía tanta importancia.

—Pero, para ti, sí.

Jude asintió.

—Le pedí que se marchara de casa, y no le hizo gracia tener que mudarse de un ático a lo que ella denominó «un cuchitril en el fin del mundo». No lo era. Se alquiló un piso en Canal Walk, una de las zonas más caras de la city, pero no era Knightsbridge. Me rogó que volviéramos, dijo que lo sentía, pero yo me había hartado.

—Um... ¿Y qué hizo ella entonces?

Algunas veces, se le olvidaba lo lista que era, lo rápidamente que funcionaba su mente a la hora de conectar la información. Jude bajó los ojos y desvió la mirada.

—Una noche, mucho antes de que rompiéramos, fuimos a una fiesta y bebimos demasiado. Yo le conté lo de Marina. Y, después de que lo dejáramos, ella se lo contó todo a los periódicos. Les dijo que yo era un compañero horrible, frío e insensible. También les contó que mi abuelo y yo teníamos muy mala relación, que él no confiaba en mí y que no quería dejarme al mando de la compañía. Bajaron las acciones y cundió la inseguridad entre los accionistas.

—¡Qué mujer más espantosa! —exclamó ella, con ira.

—Mi abuelo murió unos pocos meses más tarde, y yo me enteré de que había añadido algunas cláusulas al testamento, que me había puesto condiciones. La peor era el sometimiento a una junta de tres consejeros que tendrían que aprobar mis decisiones con respecto a Fisher International durante diez años. También había normas sobre mi comportamiento y lo que se esperaba de mí.

—Bueno, es obvio que sé que no puedes tener hijos ilegítimos, pero ¿qué más?

Jude se frotó la nuca y trató de traducir el lenguaje jurídico al lenguaje cotidiano.

—Nada de drogas, ni juego, ni hijos ilegítimos. Me falta un año para conseguir el control absoluto de la empresa, después de que tú des a luz.

—Me sorprende que nadie sepa lo del consejo. ¿Cómo has conseguido mantenerlo en secreto?

—Mi abuelo les impuso la firma de un contrato de confidencialidad. Yo lo reformé después de hacerme con la presidencia. También les pago un buen bono anual para que guarden silencio. Y, a lo largo de los años, hemos adoptado un modus operandi: les consulto cuando las decisiones son relevantes. A ellos tampoco les interesan las decisiones del día a día; tener que supervisarlas y aprobarlas sería un estorbo para sus partidos de golf.

—Ahora entiendo mejor lo mucho que te cuesta confiar en los demás. Te han herido dos veces.

—Tres veces, incluyendo a mi abuelo, que no fue capaz de perdonarme mi error con Marina.

—Tiene sentido que detestes a la prensa y que seas tan discreto con respecto a tu vida. No quieres que se remuevan viejas historias.

Tampoco quería que los periodistas acribillaran a Addi a preguntas, gritándole, ni que le exigieran información, ni que comenzaran a distorsionar la situación actual. Aquello era algo que había entre ellos dos. Nadie más tenía derecho a comentarlo.

—Pero yo sigo pensando que deberías hacer un esfuerzo por confiar un poco más, Jude.

—De verdad, Addi, lo sé. Y lo estoy intentando.

«Estoy intentando confiar en ti».

Él notó que ella se relajaba un poco, que la tensión abandonaba su cuerpo. Se acercó y le puso una mano en el pecho. Cerró los ojos y notó que uno de sus pezones se endurecía entre sus dedos. Cuando Addi se movió contra su erección, él pasó el dedo pulgar por aquel pezón y oyó que a ella se le entrecortaba la respiración. Lo deseaba...

Y era increíblemente bueno saberse deseado por Addi. No solo era preciosa y tenía un cuerpo que él quería adorar todos los días, a todas horas, sino que era buena y amable, como una ráfaga de aire fresco en su vida.

Ella le rodeó el cuello con un brazo y lo besó, y él la tendió boca arriba mientras correspondía a sus besos. Hacer el amor con Addi era como

una revelación. Algunas veces era rápido y apasionado, lleno de carcajadas, y otras era lento y lánguido, casi como un sueño. Él apartó la cabeza y la miró a los ojos.

Aquella mujer era mágica. Era la seguridad, la gracia y la libertad. Y, sin embargo, no debía olvidar que lo suyo solo era una aventura que iba a terminar al poco tiempo.

Desconcertado por lo contradictorio de sus pensamientos, agachó la cabeza para besarla de nuevo. Sus labios se unieron y él se sumergió en su boca con el deseo de que la pasión alejara los sueños. No quería emocionarse, solo quería vivir aquella pasión y aquel deseo. Se trataba del placer que podían proporcionarse el uno al otro, no del socorro que necesitaba su alma.

Apartó la boca de la de Addi y la deslizó por su cuello. Succionó uno de sus pezones con más desesperación que delicadeza. Necesitaba avivar el fuego para que los dos ardieran consumidos por lo que querían sus cuerpos. Deslizó una mano entre sus piernas y uno de sus dedos, dentro de su cuerpo. Después, otro, y vio que ella cerraba los ojos y abría la boca.

Addi estaba con él, dejándose llevar por la pasión. Posó la yema del pulgar en el centro nervioso de su cuerpo y disfrutó del sonido áspero que ella emitió, de sus gemidos. Ella estaba muy cerca del éxtasis, y él, también. Su erección estaba presionada contra su cadera, con exigencia, pero, antes, necesitaba ver a Addi llegando al clímax, proporcionarle todo el placer que pudiera.

Se recostó hacia atrás y jugueteó con su pezón. A ella se le nublaron los ojos. Estaba muy cerca, y él quería verla cuando llegara el momento. Siguió frotándola desesperadamente con el pulgar, y a ella se le elevaron las caderas sin que pudiera evitarlo. Sus jadeos eran cada vez más fuertes. Estaba tan cerca... Y él, también. Si no se controlaba, iba a terminar muy pronto.

—¡Addi! Voy a seguir acariciándote, y tú vas a dejarte llevar, ¿de acuerdo?

—Te necesito... —murmuró ella.

Pero él volvió a tocarla y crispó los dedos dentro de su cuerpo. El calor y el placer se apoderaron de ella, y él no tuvo que moverse, ni hacer nada, solo disfrutar de la fuerza de su orgasmo. Fue la experiencia sexual más intensa de su vida, y Jude no supo qué hacer.

Escondió la cara en su cuello y aguantó.

Capítulo 9

DESPUÉS de visitar cuatro países en dos semanas, Addi regresó a Ciudad del Cabo. Últimamente había hecho tantos vuelos que se había convertido en una experta en bajar del jet de Jude, subir al asiento trasero del coche que los esperaba y saludar al chófer por su nombre.

Volver al mundo real después de los viajes en avión privado y las estancias en hoteles de cinco estrellas era todo un choque.

Miró a su alrededor. Estaba en la elegante recepción de Mazi-buko, Cowell y Sithole, sentada en una butaca. Jude y ella habían llegado el día anterior, por la tarde, para que él pudiera asistir a una reunión importante. Por suerte, ella también había conseguido concertar una cita para ver a su abogada y hablar del procedimiento de la custodia de sus hermanas. Además, tenía que ir al médico para hacerse la primera revisión del embarazo, pero no estaba segura de que tuviese tiempo durante aquel viaje.

Oyó que se abría una puerta tras ella y se giró. Vio a una mujer bellísima que entraba en la recepción. Llevaba unos zapatos de tacón muy alto y un traje de color amarillo.

—¿Señorita Fields? Soy Thandi Ndaba-Green.

Era la socia del bufete con quien ella había estado comunicándose por medio del correo electrónico. Se puso de pie y le estrechó la mano.

—Hola, me alegro de conocerla. Estoy deseando que me cuente en qué situación estamos y cuáles son los avances.

Thandi hizo una mueca y ella frunció el ceño.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

Thandi le señaló la pequeña sala de reuniones que había junto a la recepción, que tenía paredes de cristal. Entraron en la habitación y la abogada cerró la puerta.

—He intentado ponerme en contacto con usted esta mañana, pero no lo he conseguido —dijo Thandi, mientras se cruzaba de brazos.

Ella se sobresaltó.

—Lo siento, estaba en un vuelo. Vi su mensaje, pero, como iba a venir directamente desde el aeropuerto, pensé que no era necesario devolverle la llamada.

—Pues es una lástima, porque podría haberle ahorrado la visita a nuestro bufete.

Addi miró la mesa de reuniones y se preguntó por qué no le habían ofrecido sentarse para la reunión que, supuestamente, debía durar dos horas.

—¿Hay algún problema? ¿No puede reunirse conmigo?

—Me temo que no —respondió Thandi.

—¿Por qué? —preguntó ella, con un nudo en la garganta—. Mire, si usted no puede llevar mi caso, estaré encantada de que se haga cargo otro miembro de su bufete. Pero necesito ayuda.

—Yo la ayudaría con gusto, señorita Fields, pero no puedo hacer más trabajo hasta que no recibamos la primera parte del pago de los honorarios.

Ella no comprendió a qué se refería, porque Jude les había pagado hacía dos semanas, y se lo dijo a la abogada.

Thandi hizo un gesto negativo.

—Me temo que no. Dada la urgencia de la situación, empecé a trabajar en su caso a la espera de que se hiciera el ingreso. Al darse cuenta de que estaba llevando su caso sin haber recibido pago alguno, mis jefes no se han puesto muy contentos.

—Lo siento muchísimo —murmuró ella, sintiéndose humillada.

Aquella conversación le recordó a muchas otras que había presenciado durante su infancia, cuando Joelle trataba de calmar a algún casero por no haber pagado a tiempo el alquiler, o intentaba convencer a algún amante de que les permitiera seguir en su casa un poco más aun sabiendo que ya no eran bienvenidas.

—Ahora le debe al bufete unos cuantos miles de dólares en honorarios, y no podemos continuar trabajando hasta que recibamos el pago.

—Pero... pero...

A Addi se le encogió el estómago.

—Mañana hay una vista —prosiguió la abogada— y necesita representación legal. Si no soluciona el problema, corre el peligro de perder la custodia. Si no recibimos el pago en nuestra cuenta antes de que termine el día, no podré representarla en el juzgado.

Aunque Jude hiciera una transferencia, el dinero tardaría en aparecer en la cuenta, así que tal vez los abogados no pudieran cerciorarse de que el ingreso estaba hecho. Trató de dar con una solución. Apenas podía respirar.

—Si consigo hacerles el pago hoy, ¿alguien podrá representarme mañana? —preguntó. Solo con pensar en que Thandi le dijera que no, tuvo escalofríos.

Sin embargo, la abogada asintió, y ella respiró aliviada. Al día siguiente tenían que ir a Namibia para visitar tres hoteles de Thorpe Industries.

—¿Es necesario que yo esté presente en la vista?

Thandi hizo un gesto negativo.

—No. En realidad, es mejor que no vaya. Los abogados nos reuniremos con el juez y hablaremos del caso y del proceso jurídico, así que no necesita estar presente.

—¿Aceptan tarjetas de crédito? —preguntó.

Thandi asintió.

—Claro. Podemos ir a la administración para que yo misma haga el cobro.

No tenía suficiente dinero en sus tarjetas de crédito y, como la asignación que le había prometido Jude todavía no le había llegado, tenía muy poco dinero en la cuenta. ¡Él le había prometido que pagaría a los abogados! ¿Cómo podía fallar así? Ella había estado tan concentrada en él, en el sexo, en disfrutar de aquel lujo, que se había olvidado de comprobar si cumplía sus promesas. Era estúpida. La gente siempre le había fallado, pero que lo hiciese Jude, después de sus besos y sus muestras de amor, era un golpe que no esperaba. No sabía por qué, pero nunca lo hubiera esperado de él, y estaba furiosa consigo misma por ese motivo.

Miró a Thandi y vio que la abogada estaba observándola comprensivamente. Estaba claro que quería ayudarla, pero ella entendía que tenía las manos atadas.

—¿A qué hora cierran? —preguntó.

Thandi miró su reloj.

—Dentro de dos horas, pero la encargada de administración se marcha dentro de una hora.

Así pues, tenía una hora para solucionar aquel problema. Una hora para salvar a las niñas de Joelle. Iba a matar a Jude por hacerle algo así.

Respiró profundamente y trató de sonreír.

—Perdone, ¿puede disculparme unos minutos mientras hago unas llamadas?

Thandi asintió.

—Claro. Vuelvo dentro de quince minutos.

Thandi se alejó y, cuando llegó a la puerta, se giró hacia ella.

—¿Le apetece tomar un café o un té?

Ella agradeció el ofrecimiento, pero no podría tragar nada porque tenía un nudo en la garganta.

—No, muchísimas gracias.

Thandi asintió y se marchó, dejando la puerta cerrada. Al instante, ella llamó a Jude. Dejó que el teléfono sonara interminablemente, hasta que respondió el buzón de voz. Se tragó un gruñido de furia y volvió a llamar; en aquella ocasión, la llamada se cortó inmediatamente, como si Jude hubiera colgado. Sabía que estaba en una reunión importante en Fisher International, pero su problema era mucho más grave que cualquier cosa que él estuviera tratando en aquel momento.

Llamó a Thabo, la mano derecha de Jude, que respondió rápidamente.

—Addi, ¿qué tal estás? ¿Cómo han ido las cosas en Zanzíbar...?

—No puedo hablar, Thabo. Necesito hablar con Jude.

—No es posible, Addi. Está en una reunión muy importante y no se le puede molestar.

Addi apretó los dientes.

—Entra en la sala de reuniones y dile que responda a mi llamada. Ahora mismo.

—Addi...

—Thabo, ¡hazlo! Es de vital importancia, ¿entiendes? —gritó ella, y Thabo se fue en busca de Jude. Cuando él respondió al teléfono, su tono era de irritación y su voz sonaba áspera.

—Addi, ¿cuál es el problema? —le preguntó—. ¡Si pido que no me interrumpen es por un buen motivo! Estoy reunido con el presidente de...

—¡No me importa! —exclamó Addi—. Estoy en el bufete de abogados. Mañana hay una vista del juicio y nadie va a representarme porque no has pagado los honorarios. ¿Cabe la posibilidad de que pierda la custodia de las niñas por una cuestión burocrática!

—Vaya, ve más despacio. No lo he entendido.

—Por simplificar, no has pagado a mis abogados y corro el riesgo de perder la custodia.

—Sí he pagado...

De repente, se quedó callado y, a los pocos segundos, profirió una maldición.

—Iba a hacer el pago y se me olvidó —dijo—. No puedo creerlo.

Addi tuvo que tragar saliva para no echarse a llorar.

—Lo siento muchísimo, Addi. Voy a hacer una transferencia ahora mismo.

—No. El dinero tardaría uno o dos días en aparecer en su cuenta, y sería demasiado tarde. Necesito dinero en efectivo o una tarjeta de crédito. Y lo necesito antes de una hora.

—De acuerdo. Espera allí. Voy a mandar a Thabo con la tarjeta de crédito de la empresa.

A Thabo, con la tarjeta de crédito de la empresa. Bien. Después de poner en peligro a sus hermanas, Jude ni siquiera podía hacer el esfuerzo de interrumpir la reunión e ir en persona al bufete para resolver el problema. Él le había explicado lo importante que era su negocio, pero, hasta aquel momento, ella no lo había entendido. Fisher International era más importante que ella y que su familia.

Jude se había casado con ella por su empresa, así que... ¿por qué la sorprendía? Pues porque se había hecho ilusiones y había pensado que, tal vez, significara algo más para él. Era una idiota.

—Addi... ¿estás ahí? —preguntó él.

—Sí —respondió ella, con frialdad—. Thabo y la tarjeta de crédito.

—Acaba de salir. Llegará dentro de cuarenta y cinco minutos.

—De acuerdo.

—Lo siento muchísimo, Addi. Lo he estropeado todo.

—Sí, es verdad —le dijo ella, y colgó el teléfono.

Sí, lo había estropeado todo.

Jude estaba sentado en el coche, delante de la casa de Addi, y bajó la ventanilla para poder apretar el botón del telefonillo. Iba a tener que arrastrarse y pedir perdón.

Sus actos podían haberle causado un gran perjuicio, y era culpa suya. No estaba acostumbrado a pensar en otras personas y, cuando lo hacía, lo hacía pensando en sus tiempos, no en los de los demás. Había dicho que iba a pagar a los abogados, y debería haberlo hecho inmediatamente, pero lo había olvidado. Addi tenía derecho a estar enfadada. Lo único que podía hacer era disculparse y hacerlo mejor... Ser menos egoísta y más reflexivo.

Aquel era uno de los problemas de ser soltero durante tanto tiempo. Se había olvidado de cómo formar parte de un equipo, de considerar a otras personas, de que el suyo no era el único horario importante y de que los otros tenían prioridades distintas a las suyas. Se había convertido en un ensimismado, y eso no le gustaba. Le recordaba demasiado a su abuelo.

—Ahora no es buen momento, Jude.

Al oír la voz de Addi, Jude dio un respingo en el asiento y miró, a través de las rendijas de la puerta de entrada, hacia la casa. Había luces en las habitaciones del piso inferior, pero el piso superior estaba a oscuras. Eran más de las nueve de la noche. La reunión con su inversor había terminado hacía solo una hora, y él se había metido al coche y había conducido hasta allí.

—Tenemos que hablar, Addison —le dijo.

—Mañana por la mañana.

—Voy a quedarme aquí sentado hasta que me dejes entrar.

Ella murmuró algo que sonó a juramento, pero la puerta empezó a deslizarse por su carril. Cuando se abrió por completo, Jude entró en la parcela y aparcó su coche detrás del de Addi. Había un viejo utilitario en el otro espacio de aparcamiento; ojalá no tuviera que disculparse delante de sus tres hermanas. Lo haría, pero prefería ahorrarse la vergüenza.

Bajó del coche y caminó hacia la puerta, buscando el timbre con la mirada, pero Addi abrió antes de que tuviera que llamar. Llevaba unas mallas, unos calcetines gruesos y un jersey largo. Estaba pálida y tenía ojeras. Él la había estado presionando, empujándolos a los dos, aquellos últimos días. Iban de hotel en hotel en su jet, de país en país, y él esperaba que se pusieran a trabajar en cuanto aterrizaban. Después, pasaban la noche explorándose el uno al otro y, algunas veces, habían dormido muy pocas horas.

Sabía que tenía poco tiempo con ella y que, cuando volvieran a Sudáfrica, deberían ser mucho más discretos si querían seguir viéndose. No iban a poder pasar juntos todas las noches. Pero, debido a que Addi estaba muy sana y fuerte, a veces él se olvidaba de que estaba embarazada y necesitaba descansar. Además, no era conveniente que se estresara. Había fallado a la hora de cuidar de ella. Aunque estuviese trabajando para él, en primer lugar era la madre de su hijo y, temporalmente, su esposa. Debería ponerle las cosas fáciles, y no al contrario. Tal y como había pensado antes, tenía que hacerlo mejor.

—Pasa —le dijo Addi, y él la siguió hasta un pequeño salón.

Había un enorme sofá de color crema con una manta naranja, dos viejas butacas en un rincón y un mueble sobre el que descansaba la televisión.

Su ordenador portátil estaba en el sofá, y él se dio cuenta de que ella estaba trabajando. Seguramente, en la hoja de cálculo que él le había pedido y que había que poner al día a medida que visitaban más hoteles Thorpe.

Addi estaba intentando hacer el trabajo que no había podido hacer aquella tarde debido a su cita en el bufete de abogados.

—¿Están tus hermanas? —le preguntó él, para saber cuál era la situación.

—No, las niñas están con Storm en Durban, y Lex se ha quedado atrapada con Cole, a causa de la nieve, en la cabaña de esquí de Eastern Cape —dijo Addi, mientras se cruzaba de brazos.

Claro... y lo más probable era que su amigo no tuviera queja de haberse quedado atrapado con aquella mujer que le resultaba tan fascinante.

Pero... se estaba distraendo. La casa estaba vacía; bien. Sin vacilar, se acercó a ella y tomó su rostro con ambas manos. Apoyó la frente en la de ella y dijo:

—Lo siento mucho, muchísimo. Me he equivocado y llevo toda la tarde dándome de cabezazos. ¿Me perdonas?

Ella se apartó.

—¿Te das cuenta de que, si no hubiera tenido la reunión de esta tarde, mañana nadie habría ido a la vista y habría perdido la custodia de las niñas antes de empezar?

—Lo siento muchísimo, Addi. Quería hacer el pago, pero...

—Pero no lo hiciste porque tenías algo más importante en la cabeza, o mejor —respondió ella—. Lo único que te importa es el trabajo, Jude. Lo demás está por debajo.

No podía negarlo. Fisher International había sido todo su mundo durante varios años, así que no dijo nada. Sin embargo, en su defensa podía alegar que tenía muchas cosas que atender, muchas más de lo normal: estaba analizando un enorme acuerdo empresarial, tenía una esposa temporal, una amante increíble y, además, iba a tener un hijo.

—Lo cierto es que podía haber perdido a las personas más importantes de mi vida —siguió ella—. Las niñas podían haber vuelto con Joelle, que tiene la misma capacidad de atención que una mosca. Se habrían enfrentado a la misma niñez que tuvimos Lex y yo, pero en un país extranjero. Tu egoísmo y el hecho de que no puedas concentrarte en otra cosa que no sea Fisher International han estado a punto de costarme muy caro.

Él hubiera preferido que le gritara, que le tirara algo a la cabeza, pero su tono frío y calmado lo partió en dos. Sabía lo que eran la humillación y la consternación, pero por cosas que le habían hecho a él. En aquel caso, eran sus actos los que hubieran podido tener consecuencias nefastas. En su empeño por vivir su vida solo, por no permitir que nadie se acercara a él en su espacio más personal y emocional, por protegerse para que no volvieran a hacerle daño, no había encontrado tiempo para los demás, y no le parecía importante lo que quisieran o necesitaran. Sin embargo, esa actitud se había vuelto en su contra. Le había hecho daño a Addi, y su descuido había estado a punto de costarle a sus hermanas.

—Lo siento —dijo, una vez más—. Te he fallado, pero te prometo que no volveré a hacerlo.

Ella lo miró y enarcó las cejas.

—Esa es una promesa muy grande, Jude.

Él le acarició la mejilla.

—Reconozco que soy egoísta, que no pienso mucho en otra cosa que no sea Fisher International, pero eso va a cambiar, Addi. Lo de hoy ha sido una gran llamada de atención. Por favor, perdóname.

Addi cerró los ojos y se dejó acariciar. Cuando volvió a abrirlos, él vio que tenía una mirada de resignación y de agotamiento. Y ella se lo confirmó con sus palabras.

—Estoy demasiado cansada como para discutir contigo. No vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo?

No, no volvería a decepcionarla. Al menos, lo intentaría por todos los medios.

Jude la llevó hasta el sofá y se sentó a su lado. La abrazó, y ella posó la mejilla en su pecho. Después de unos minutos, la oyó suspirar y notó que se relajaba. Le besó el pelo y se preguntó por qué sentía tanta paz teniéndola entre sus brazos, por qué se había convertido en su manera de sentirse en calma, como si estuviera meditando. Después de lo que le había hecho pasar, no se merecía sentirse tan cómodo. En algún momento tendría que dejar de eludir la cuestión y enfrentarse al hecho de que había algo entre ellos. De que aquello no era una mera aventura.

Pero, aquel día, no. No estaba preparado.

—¿Has comido algo, Addi? —le preguntó.

—No, no tengo energía.

Él ya lo había pensado. Aunque tuvo la tentación de subir las escaleras, encontrar su dormitorio y acostarla, sabía que Addi necesitaba comer, por su bien y por el del bebé. Necesitaba mantenerla despierta mientras le preparaba algo. Y esperaba que hubiese huevos en su nevera: él solo sabía hacer huevos revueltos sobre una tostada.

Si le sugería que tomase un baño caliente, se quedaría dormida en la bañera y, si le decía que viera un poco la televisión, probablemente sucedería lo mismo.

Lo único que la mantendría con energías unos quince minutos sería ponerla a trabajar. Miró su ordenador y dijo:

—Antes he revisado la hoja de cálculo y creo que hay un error en una fórmula en la página ocho.

Tal y como esperaba, Addi se irguió y se inclinó hacia atrás. Lo miró con el ceño fruncido.

—Yo no cometo errores en las fórmulas —respondió, con firmeza.

—A mí me parece que sí —respondió Jude, con calma.

Entonces, ella se lanzó por el ordenador y se lo puso en las rodillas. Él aprovechó la oportunidad para marcharse a la cocina e inspeccionar el contenido de la nevera. Había huevos, queso, un poco de salsa de tomate y pan de centeno. Con aquellos ingredientes podía trabajar.

Encontró una sartén, el aceite, un cuenco y unas varillas. A los diez minutos había conseguido preparar un plato de huevos revueltos y tostadas con mantequilla. Le llevó el plato al salón y la encontró sentada en el sofá, maldiciendo el ordenador.

—No encuentro ningún error —dijo.

Él se encogió de hombros, le quitó el ordenador y le dio el plato. Ella lo miró.

—¿Qué es esto?

—Si no reconoces unos huevos revueltos, es que soy mucho peor cocinero de lo que pensaba —dijo él, y se sentó a su lado—. Come.

—No tengo tanta hambre...

—Addi, cómete los huevos —le ordenó él.

Ella le lanzó una mirada fulminante, pero se llevó el tenedor a la boca y masticó. Enarcó las cejas y siguió comiendo y, a los pocos minutos, había terminado todo el plato. Se recostó en el respaldo del sofá y se puso las manos sobre el estómago.

—Estás adquiriendo la costumbre de darme de comer, Fisher.

No tenía ningún inconveniente... Le quitó el plato de las manos, lo puso en la mesa de centro y la tomó en brazos.

—¿Has ido ya al médico? —le preguntó él, mientras salían de la habitación.

—Llevamos dos semanas entrando y saliendo del país, Jude. ¿Cuándo voy a tener tiempo?

—Mañana. Antes de salir hacia Namibia vamos a ir al médico. ¿O tienes que estar aquí para la vista? De ser así, puedo posponer el viaje.

—No, en esta ocasión, la abogada no quiere que esté presente. Y, ¿me dejas que te diga una cosa? Durante millones de años, una mujer no salía corriendo al médico cada vez que se quedaba embarazada. Seguía con su vida.

Seguramente, pero esas mujeres no estaban bajo su protección, y ella, sí.

—Voy a dejarte acostada para que duermas bien esta noche y, mañana, te buscaré un médico.

A ella empezaron a cerrársele los ojos.

—¿Vas a quedarte conmigo esta noche? —le preguntó, mientras subían las escaleras.

—Si quieres que me quede, sí —dijo él—. ¿Cuál es tu habitación?

—La primera a la derecha —respondió Addi.

Él abrió con el pie, se acercó a la cama y la sentó al borde del colchón.

—¿Con qué duermes normalmente?

Ella señaló sin fuerzas una silla que había en un rincón.

—Con camiseta.

Él tomó la camiseta de la silla y la ayudó a ponérsela. La acostó y, cuando su cabeza tocó la almohada, le dio un beso en la sien.

—Buenas noches, Ads.

—No te vas a marchar, ¿verdad? —le preguntó ella.

Él hizo un gesto negativo.

—No, subo más tarde —le dijo—. Duérmete.

Él ya estaba en la puerta cuando ella volvió a hablar.

—No había ningún error en la hoja de cálculo, ¿verdad? Me lo dijiste para que siguiera despierta.

En vez de responder, él sonrió y se dirigió, con esfuerzo, hacia las escaleras.

Capítulo 10

NAMIBIA, la última parada de su gira por los hoteles Thorpe, era distinto a todo lo que habían visto antes. Después de la arena blanca y el calor de la costa de África oriental y de los animales salvajes de Tanzania, estaban ante la Costa de los Esqueletos del norte de Namibia, de una belleza desolada y distinta a cualquier cosa que Addi hubiera imaginado. Era una zona de dunas, desierto y mar y, con solo ver el paisaje, entendió por qué había que temerla. A menudo, las playas estaban cubiertas de niebla y llenas de restos de naufragios y esqueletos de ballenas. Producía una sensación de peligro, pero a ella le encantó.

Aparte de eso, las temperaturas eran muy bajas. Había llegado un frente frío desde la Antártida y el cielo estaba cubierto por una nube baja y densa, mientras que un viento helado formaba olas en un mar sombrío de color gris.

Ella estaba en la terraza de su habitación privada del pequeño hotel, mirando las dunas.

África era una tierra de contrastes. Podía ser bonita y tranquila, salvaje y peligrosa, perezosa y excitante. Pero era Namibia lo que le había robado el corazón. Habían conocido a mujeres himba del norte del país, habían conocido la increíble reserva de Etosha e incluso habían ido a Botswana a un campamento a orillas del río Chobe.

Sin embargo, aquel lugar, salvaje y desolado, le llegaba al alma. Tal vez, porque era el final de su viaje o, tal vez, porque era el último sitio donde iba a estar de verdad a solas con Jude. Lo cierto era que sentía una estrecha conexión con Dune House. La idea de marcharse y retomar la vida normal le producía pena.

Oyó que su teléfono emitía un sonido. Al mirar la pantalla, vio que se trataba de un mensaje de su abogada, Thandi: la vista había terminado y

todo había ido bien. La abogada le decía que no había habido ningún problema y que no tenía motivos de preocupación. Solo tenían que esperar a que el juez fijara la fecha del juicio.

A su espalda, se abrió la puerta corredera. Jude salió a la terraza con una taza humeante en cada mano, la de él, de café expreso y la de ella, de té de jengibre. Ella movió el teléfono y le dijo:

—La vista por la custodia ha ido bien. Thandi está esperando la fecha del juicio.

—Qué buena noticia, Ads —respondió él, con una sonrisa. Le dio la taza y ella la agarró con ambas manos para disfrutar del calor. El viento le revolvió el pelo a Jude, y ella sonrió al ver que él tomaba aire de la impresión.

—Hace mucho frío, ¿verdad?

—En muchos sitios de Sudáfrica está nevando, incluyendo el hotel de esquí donde están atrapados Cole y Lex —respondió Jude.

—Sí, me han enviado mensajes. Las niñas están enfadadas porque ellas no están cerca de la nieve.

Storm se las había llevado de vacaciones a la costa este de Sudáfrica, mucho más cálida.

—Storm pensó en acercarlas a un sitio con nieve, pero las carreteras están cerradas y es demasiado peligroso.

Se alegraba de que Lex pudiera tener un descanso y esperaba que estuviera disfrutando de su aventura con Cole Thorpe. Lex se merecía un poco de diversión. Gracias a Dios que Storm se había llevado a las niñas...

—Y ¿por qué estamos aquí, cuando la chimenea está encendida en la habitación? —preguntó Jude.

—Porque es muy hermoso —respondió ella, señalando las vistas.

Aquel era el último hotel que visitaban, y se marcharían al día siguiente. Jude ya tenía toda la información que necesitaba para decidir qué propiedades quería, y ya no era necesario que ella siguiera participando en el proceso. Cuando volvieran a Sudáfrica, se verían obligados a comportarse como colegas, porque nadie podía sospechar que habían tenido una apasionada aventura. Tendrían que actuar de un modo totalmente profesional y cada uno iría a su casa.

Y, ¿qué pasaría a partir de aquel momento? Llevaba preguntándose desde que habían salido de Cape Town, hacía diez días, después de que

hubiera ido a su primera cita con el médico. No podía liberarse de la sensación de que se les estaba acabando el tiempo.

Era difícil aceptar que se había dejado llevar, pero lo cierto era que había permitido que sus sentimientos fueran demasiado lejos. Estaba muy cerca de enamorarse de Jude y sabía que tenía que enarbolar sus defensas y proteger su corazón, pero no podía evitar acostarse con él.

Y ¿por qué se sentía como si estuviera en medio de una cuenta atrás, como si hubiera un temporizador listo para detonar una bomba en sus vidas? Tenía que ser por la preocupación que le causaba el juicio por la custodia de sus hermanas. No tenía nada que ver con su aventura con Jude por África. Al menos, ella no lo creía.

—¿Qué te parece este sitio? —le preguntó Jude, observando las vistas—. Es muy pequeño.

Era un hotel de cinco habitaciones que estaba muy aislado. Era necesario acceder a él en helicóptero. Sin embargo, el edificio era espectacular. Se trataba de una construcción de un solo piso y rodeada de cristal por tres costados, lo que permitía a los huéspedes admirar el mar y las dunas casi desde cualquier perspectiva. Le recordaba a la casa de Jude en Franschhoek.

Las cinco habitaciones eran enormes, y cada una de ellas tenía terraza privada, jacuzzi, chimenea y grandes camas.

—¿Me lo estás preguntando profesional o personalmente?

—Las dos cosas. Primero, profesionalmente.

—Bueno, como la cabaña de esquí en la que están Cole y Lex, creo que esto fue otro proyecto muy personal del padre de Cole, una de sus pasiones. En primavera y verano está reservado constantemente, pero se queda vacío en otoño e invierno. Cubre los costes, pero no es rentable.

—¿Y personalmente?

—Es...

Se quedó callada un instante, porque no sabía cómo explicarse. No tenía palabras para decirle que, desde que habían llegado en helicóptero y había vislumbrado el mar entre las dunas, se había quedado cautivada. Que podían pasear por aquella playa desierta durante horas y sentirse rejuvenecidos, que estar allí era casi una experiencia espiritual.

—Creo que es el lugar donde mi alma se siente más en su hogar —dijo, en voz baja.

Él no respondió y, después de veinte segundos, ella lo miró.

—Parece raro, ¿verdad? —le preguntó—. No sé cómo explicarlo, pero, cada vez que miro al mar, cuando salgo por la pasarela de madera hasta la playa, me siento como si estuviera en casa.

Jude frunció el ceño y asintió.

—Es un lugar muy especial, pero no me esperaba que sintieras algo tan fuerte.

Ella tampoco lo entendía. Le encantaba su hogar, pero era ruidoso y caótico. Las niñas siempre se estaban peleando, gritando, riéndose. Aquel lugar era pura serenidad.

Agitó la cabeza y se llevó la taza a los labios. Era una boba. Aquel no era su sitio, y nunca iba a volver. Su verdadera vida estaba en Cape Town, detrás de un escritorio, en las oficinas de Thorpe Industries, o en otra empresa, tal vez, en Fisher International. Tenía que dar a luz a aquel bebé y, antes, contarles a sus hermanas que iba a ser madre. Dios, cómo odiaba ocultarles cosas. Y todavía tenía que averiguar cómo iba a encajar a Jude en la vida del bebé.

—¿Estás bien? —le preguntó él—. Te has quedado un poco pálida.

—Tengo frío —respondió Addi—. La chimenea está encendida. ¿Qué hacemos aquí fuera?

—Eso te lo he preguntado yo hace diez minutos —respondió Jude, mientras la seguía al interior de la habitación.

Ella se puso delante de la chimenea y acercó las manos al fuego. Cuando Jude le rodeó la cintura y apoyó la barbilla en su cabeza, Addi suspiró.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó él.

No, no lo estaba, pero asintió y se alegró de que él no pudiera ver sus lágrimas. No le quedaba más remedio que estar bien. No solo era responsable de sí misma, sino de otras tres personas, y nadie iba a ir en su rescate si ella se hundía.

Estaba acostumbrada a la soledad, a hacer las cosas en solitario. Y eso era exactamente lo que iba a seguir haciendo cuando volvieran a Ciudad del Cabo.

Habían llegado a casa. Su gira por África había terminado.

El avión privado de Jude se detuvo en la pista y, mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad, Addi se estremeció. Por la ventanilla se veía la lluvia azotada por el viento, y lamentó no estar en Zanzíbar o Turtle Bay, nadando en un mar cálido y calzada con chancletas. Prefería el verano antes que el invierno, aunque, para ser sincera, no había tenido ningún problema en hacer el amor delante de la chimenea la noche anterior, mientras el viento ululaba por la playa.

Jude se inclinó hacia delante, miró por la ventanilla e hizo un gesto de resignación.

—Dicen que ha sido el invierno más lluvioso y frío desde hace décadas.

«Sí, vamos a hablar del tiempo, porque es lo importante», pensó ella.

—Por lo menos, así no nieva tanto —dijo.

Se puso el sombrero y la bufanda que tenía preparados en el asiento de enfrente. Era fácil hablar del tiempo, y mucho menos explosivo que preguntarle a Jude cómo iba a ser su relación a partir de aquel momento. Y tenía otras muchas preguntas en la punta de la lengua. ¿Cuándo volvería a verlo, cuándo volverían a hacer el amor? Una vez en Ciudad del Cabo, tendrían que ser mucho más discretos, comportarse como si no fueran más que colegas de trabajo, y eso iba a ser muy duro. Estaba acostumbrada a tomarlo de la mano, a acurrucarse contra él cuando le pasaba el brazo por los hombros, a compartir su cama y su cuerpo. No sabía cómo actuar, ni qué decir.

—Lo único que te hace falta para parecer una famosa es ponerte unas gafas de sol enormes —comentó Jude.

Addi le sacó la lengua y arrugó la nariz, pensando que el gesto era más propio de Nixi o Snow.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le preguntó Jude.

—Quiero estar un buen rato con Lex. Tengo que contarle lo del niño y lo de la demanda de Joelle.

Él abrió la boca, y ella supo que iba a recordarle que no le contara a su hermana que se habían casado. ¿De verdad? ¿Otra vez?

—Ni se te ocurra, Jude.

Él asintió con cara de resignación.

—¿Estás contenta por lo de tu hermana con Cole?

—¿Cómo no voy a estarlo?

Mientras Lex trabajaba de chófer para Cole y, después, cuando se habían quedado atrapados en la cabaña a causa de la nieve, se habían enamorado. Ella había sido la primera persona a la que había llamado Lex para decirle que Cole le había pedido que se casara con ella, y habían pasado horas hablando por videoconferencia y poniéndose al día. Estaba muy claro que Cole quería a Lex, y ella estaba muy contenta por su hermana, quizá un poco celosa también. Lex estaba absolutamente feliz, y eso era todo lo que importaba.

—Quiere enseñarme la casa nueva que ha comprado Cole. También me ha preguntado si me interesaría mudarme a su casa de invitados.

Cole le había comprado a Lex una enorme parcela en la que habría casas individuales para cada una de las hermanas adultas. Nixi y Snow podrían ir desde la casa principal, donde vivirían todos, a su cabaña y al apartamento sobre el garaje que habían preparado para Storm.

Jude la miró fijamente.

—¿Y te interesa?

Ella se encogió de hombros.

—Ni siquiera he visto el sitio, Jude. Y me encanta mi casa. Es mi hogar. Además, no estoy segura de querer vivir en una finca de mi cuñado. Soy demasiado independiente para eso —dijo, y continuó—: ¡Lex y yo tenemos tanto de lo que hablar! Me va a tirar de los pelos por haberle ocultado tantas cosas.

Jude se metió las manos en los bolsillos.

—El hecho de que Lex se case con Cole va a ser un gran apoyo en el proceso por la custodia. Él es un hombre de negocios tan conocido como yo. De llegar a juicio, no sé si necesitarás mencionarme en los periódicos.

Ella sabía que le preocupaba mucho que su nombre se filtrara si tenían que presentarse ante el juez. Sus abogados habían aceptado mantener en secreto el hecho de que estuvieran casados, y solo lo mencionarían si fallaban otros medios para conseguir la custodia de las niñas, como último recurso. Sin embargo, como Lex iba a casarse con Cole, tal vez no necesitaran la influencia de Jude, sobre todo, si las niñas iban a vivir en casa de Cole y Lex.

Entendía que él no quisiera ver otra vez su negocio en la primera página de los periódicos. Pero, una parte de sí misma, la parte romántica,

tonta, tierna, quería que dijera que estaba dispuesto a caminar sobre el fuego por ella. Estaba enamorada de Jude y quería que él la defendiera, que moviera montañas por ella, y no que le importase más lo que pudiera pensar el resto...

«Se te está olvidando que esto es un acuerdo de negocios, Addi, que no hay nada entre vosotros salvo el bebé y unas estupendas relaciones sexuales. Vuestra aventura ha terminado».

—Cuando le cuente a Lex lo de la demanda por la custodia, necesito que venga conmigo al bufete de abogados para poder avanzar en el caso —le dijo a Jude—. Me imagino que, en cuanto Cole se entere de la última hazaña de Joelle, se ofrecerá para pagar los gastos de abogados.

—Lo voy a pagar yo. Es parte de nuestro trato —replicó él, con enfado.

Ella no quería discutir.

—Lex se va a poner furiosa con Joelle, pero, probablemente, se preocupará mucho menos que yo por la posibilidad de perder la custodia. Es mucho más optimista.

—Creo que no hay muchas posibilidades de que el juez se ponga de parte de una madre negligente cuando hay tres hermanas que están criando a dos niñas felices y sanas. Me parece que no hay mucho de lo que preocuparse —le dijo Jude.

Pero su misión era preocuparse, era asegurarse de que su familia estuviera segura y protegida.

—Me relajaré cuando tenga el dictamen del juzgado y Lex y yo seamos sus tutoras legales.

—Debes tener un poco de confianza, Addi.

¿Y era él quien se lo decía? Le había recordado varias veces aquellos días que no podían dejar que los relacionaran, que no podía decir nada de que estaban casados, que la noticia no podía aparecer en la prensa. Él no tenía idea de lo que eran la fe ni la confianza. Había decidido que no podía fiarse de nadie, ella incluida. Al pensarlo, se le llenaron los ojos de lágrimas, porque, sin confianza, no podía haber amor.

Pero, como era tan tonta en los asuntos del corazón, se había enamorado de él.

Se puso a rebuscar en su bolso como excusa para que Jude no pudiera ver en sus ojos el anhelo, el amor, la esperanza y el sueño de tener

un futuro con él. Una casa, unos niños que corretearan por el jardín, una vida para pasarla junto a una pareja sólida y estable. Alguien que, además, hacía que le temblaran las rodillas y se le cortara el aliento.

Sin embargo, eso no iba a suceder. Jude nunca iba a quererla. Tenía que aceptarlo y seguir adelante. Y pronto.

—Me pregunto qué es lo que está causando el retraso —dijo Jude. Addi lo miró, por fin, y se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido. Se inclinó y apretó el botón del interfono para hablar con su piloto—. Siya, ¿cuál es el problema?

—Lo siento, jefe, ha habido un problema de seguridad. Alguien ha intentado colarse en la pista y, aunque lo han detenido, no permiten que se acerquen coches privados a los aviones.

—Entonces, ¿tenemos que salir por Llegadas?

—Sí. Lo siento, señor. En pocos minutos llegará un representante de Airports Company para acompañarlos a la terminal.

—Sé dónde ir, Siya —le dijo Jude.

—Son las normas del aeropuerto, señor. Joe va a bajar la escalerilla. Los seguirá con su equipaje.

—De acuerdo, gracias, Siya —dijo Jude. Tomó su chaquetón y se lo puso. Después, miró a Addi con una expresión impenetrable—. Bien, vamos a tener que atravesar la terminal andando. Recuerda, somos...

—Colegas de trabajo, gente que casi no se conoce. No podemos dar la impresión de que estamos casados, ni de que somos amantes, ni siquiera, amigos. Tengo una licenciatura en Administración de Empresas, Jude, no tienes que seguir tratándome como si fuera idiota.

—No es eso, solo te estoy recordando que...

Addi vio que se abría la puerta de la cabina y alzó una mano para interrumpir a Jude. Le hizo falta toda su energía para sonreír a Joe.

—Gracias por llevarnos a todas partes con tanta seguridad estas semanas, Joe. ¿Te importaría darle las gracias también a Siya de mi parte?

—Por supuesto —dijo Joe, y se giró hacia la portezuela.

La abrió, y el aire frío entró en el jet. Addi se colgó el bolso del hombro y recogió el maletín de su ordenador portátil.

Jude le cedió el paso y ella se dio cuenta de que la temperatura entre ellos también se había desplomado, y no por el frente frío que azotaba la ciudad en aquel momento.

De acuerdo, había sido torpe. No tenía por qué seguir recordándole a Addi cuál era su acuerdo.

Tal vez solo estuviera recordandoselo a sí mismo para convencerse de que entre ellos no había nada más que unas buenas relaciones sexuales y un bebé.

Sin embargo, no estaba consiguiendo progresos al respecto. Lo cierto era que Addi le gustaba.

Se irritó consigo mismo y puso los ojos en blanco al pensar en lo juvenil que había sido aquel análisis de la situación. Era como si tuviese quince años.

Le encantaba hacer el amor con ella, pero también disfrutaba con la agudeza de su mente y entendía que, algunas veces, se pusiera quisquillosa, puesto que era la protectora de su familia y la vida la había enseñado a luchar. También disfrutaba con su faceta más encantadora, divertida y cálida, y no sabía cómo iba a vivir sin su presencia constante.

Notó el viento frío mientras cruzaban a toda prisa la plataforma y sacó una mano del bolsillo para posarla en la espalda de Addi, pero se contuvo en el último instante. En los remotos lugares que habían visitado recientemente había privacidad, así que no le preocupaba que nadie averiguara cuál era su vínculo. Sin embargo, allí, en Ciudad del Cabo, donde todo el mundo tenía un móvil y podía sacarles una foto, tenía que ser muy cuidadoso.

Sabiendo eso, ¿cómo iban a seguir viéndose? Como mucho, podrían seguir usando el pretexto de que trabajaban juntos otras dos semanas, pero, después, cuando él hiciera una oferta para comprar las propiedades de Cole, esa excusa desaparecería. Y, una vez que ella empezara a trabajar en Fisher International, sería aún más difícil. Junto con café, el chismorreó era el fluido vital de su empresa.

Y chismorrear sobre él era el pasatiempo favorito de sus empleados. Se recordó que tenía que ponerse en contacto con su director de Recursos Humanos para hablar con él sobre el puesto de trabajo de Addi, algo de lo que aún tenía que ocuparse.

Sacudió la cabeza ante su falta de eficiencia. Le sorprendía haberse olvidado de hacerlo, como de pagar a los abogados, puesto que rara vez

olvidaba las tareas pendientes y, las pocas veces que ocurría, eran cosas sin importancia. Nada se le escapaba a través de las grietas antes de que Addi hubiera entrado en su vida; ni siquiera tenía grietas. Pero, desde que ella había vuelto a su vida por segunda vez, él se sentía constantemente desequilibrado.

Su mente era un desastre, pensó, mientras le indicaba a Addi que lo precediera por la terminal. Siguieron a un miembro del personal del aeropuerto hasta un mostrador de control de pasaportes sin cola, y un oficial selló sus pasaportes sin apenas tomarse la molestia de comparar sus fotos con sus caras. Normalmente, el encargado de aduanas iría al avión, pero parecía que todos los oficiales de seguridad que podía ver estaban en alerta máxima. Aparentemente, la brecha de seguridad había sido más grande de lo que él pensaba.

El oficial de aduanas se tocó el sombrero y sonrió a Jude de manera comprensiva.

¿Por qué?

Jude comenzó a abrirse camino entre los otros pasajeros, asegurándose de que Addi permaneciera a su lado. Dejaron atrás las cintas transportadoras y se dirigieron hacia Llegadas internacionales. Fue entonces cuando Jude se dio cuenta de que había perdido a su escolta. Se encogió de hombros, porque conocía el camino, y siguió avanzando mientras se preguntaba por qué se le estaba erizando el pelo de la nuca.

¿Qué era lo que se le estaba escapando?

Las puertas automáticas se abrieron y, cuando atravesaron el umbral de la terminal, explotaron simultáneamente un millón de cámaras. Por el rabillo del ojo, vio a Addi levantar la mano, y se movió para acercarse a ella y protegerla con su cuerpo de la multitud reunida detrás del cordón.

«¿Por qué te has casado, Jude?».

«¿Por qué ella?».

«¿Quién es ella?».

«¿Alguna idea de lo que pensaría tu abuelo?».

«¿Con quién te has casado?».

«¿Lo aprobaría él esta vez?».

¿Cómo? ¿Qué? ¿Cómo se habían enterado?

Sabiendo que tenía que mantener la cabeza fría, fulminó a la multitud con la mirada y empujó suavemente a Addi hacia la salida. Después de un par de metros los habrían rodeado y tendría que abrirse paso entre todos ellos, arreglándoselas para no soltar a Addi.

¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Cómo se habían enterado? Y ¿cómo iban a salir de allí?

Se sintió como hacía diez años, traicionado y humillado. No se sentía como el propietario de una empresa que dirigía con gran éxito, sino como si tuviera diez años menos y estuviera soportando que su abuelo lo ridiculizara.

Sin embargo, sabía que no podía dejarlo entrever, así que agarró con fuerza a Addi de la mano y siguió hacia delante. No tenían otra opción.

Y, de repente, con calma, aparecieron seis hombres con trajes negros y se colocaron delante de los periodistas, creando así una barrera que los protegió.

Jude agradeció su presencia. Miró al hombre que estaba a su izquierda y le preguntó:

—¿Quién los ha enviado?

Tenía sus sospechas, pero quería una confirmación.

—Cole Thorpe.

Tal y como había pensado. Thado estaba en el extranjero y Cole era la única persona que sabía a qué hora iban a aterrizar y que estaba a su lado cuando salió a la luz la historia de Marina. Iba a enviarle una caja de botellas de su whisky preferido para agradecerle que le hubiese enviado a la caballería.

—¿La noticia se ha sabido durante las dos últimas horas?

El guardaespaldas asintió.

—Hay un coche esperando para llevarlos donde quieran ir.

Un fotógrafo consiguió saltar por delante de uno de los guardaespaldas y tomó un primer plano de Addi. Ella tenía los ojos abiertos como platos y una expresión de pánico.

—¿Qué ocurre, Jude?

—Que la prensa nos ha tendido una emboscada, Addison —replicó él, con frialdad—. Es lo que pasa cuando uno no sabe guardar un secreto. ¿Lo hiciste como venganza porque se me olvidó pagar a los abogados?

Ella se detuvo y, sin prestar más atención a quienes los rodeaban, lo tomó del brazo.

—¿Cómo? ¿Piensas que yo he hecho esto?

—Bueno, yo no he sido —le espetó él.

—Ahora, no —dijo el guardaespaldas senior, y Jude se maldijo a sí mismo por perder el control.

Puso una mano en la espalda de Addi y la empujó suavemente. Al mirarla, vio que tenía una expresión de desesperanza y de angustia. Más tarde podrían hablar durante horas de lo que acababa de suceder. En aquel momento, su prioridad era salir de allí.

Cuando salieron de la terminal, vio dos todoterrenos negros aparcados en la zona de recogidas. Excelente. Él subió al primer vehículo y se deslizó al otro extremo del asiento para hacerle sitio a Addi, pero ella se encaminó al segundo coche.

Y, como los periodistas los habían seguido hasta allí, él no tuvo más remedio que permitir que la seguridad privada de Cole se los llevara en coches separados.

Capítulo 11

ADDI rogó a los guardaespaldas que la dejaran en su casa y, cuando le dijeron que tenían órdenes de llevarla a casa de Jude, en Franschoek, tuvo un ataque. No quería ir con él y, si la llevaban a alguna parte en contra de su voluntad, sería un secuestro.

Después de algunas conversaciones calmadas e imperceptibles, Addi notó que el coche cambiaba de dirección. Pasados cuarenta minutos estaba en su casa, paseándose alrededor de la mesa de la cocina. Era media mañana y las niñas estaban en el colegio y, seguramente, Lex estaba con Cole. Tenía la casa para ella sola y necesitaba desesperadamente tranquilidad y espacio para pensar. Para pensar, para planificar y para recoger los pedazos del corazón, que se le había roto, y volverlos a colocar en su pecho.

Sabía que Jude tenía problemas para confiar en los demás, pero su primer instinto al ver a la prensa había sido culparla a ella de la filtración de la noticia de su matrimonio. Ni siquiera se había planteado otras posibilidades; desde el principio, le había echado la culpa. Pero lo que más le dolía, lo que le daba ganas de hacerse una bola y echarse a llorar, era que la considerara tan vengativa y mala como Marina y Jane, que no tuviera de ella mejor opinión que de las dos mujeres que lo habían traicionado.

Finalmente, tenía que aceptar que Jude nunca iba a confiar en ella y, sin confianza, no podría quererla. Al menos, no del modo que ella necesitaba. Habían pasado mucho tiempo juntos, riéndose, amándose y haciéndose confianzas, pero esa supuesta cercanía no significaba nada para él. Y, aunque ella había sufrido antes por culpa de Joelle y de Dean, nada le había dolido tanto como la desconfianza instintiva y absoluta de Jude.

Sacó una de las sillas de la mesa y se dejó caer en ella. Posó la cabeza en las manos. ¿Qué iban a hacer a partir de aquel momento? ¿Cómo iban a manejar la situación?

Alzó la cabeza y se preguntó dónde estaba su equipaje. Uno de los guardaespaldas le había quitado el portátil y el bolso cuando caminaban hacia la salida de la terminal, y él había subido al mismo coche que Jude porque, seguramente, suponía que ella iba a ir en el mismo vehículo. Así pues, no tenía ni su teléfono móvil ni su ordenador. Por suerte, en las puertas de entrada de la casa había un sistema de código para la apertura directa o por control remoto. De lo contrario, no habría podido entrar.

Se levantó para preparar una taza de té. Lo necesitaba para pensar y, si pudiera dejar de llorar, también sería de ayuda. Estaba en shock. Verse cegada por los flashes y acribillada a preguntas no había sido una experiencia divertida. Tenía derecho a sentirse alterada. Después de tomarse una taza de té y respirar profundamente unas cuantas veces, se encontraría mejor.

Vertió agua hirviendo en la taza, sobre la bolsita de té. En aquel momento, oyó la puerta principal cerrándose y frunció el ceño. Se secó rápidamente las lágrimas, porque Lex acababa de volver y necesitaba estar presentable para hablar con su hermana que, sin duda, había visto la noticia de su matrimonio en los periódicos, y tendría muchas preguntas. Además, tenía que contarle que Joelle había presentado una demanda por la custodia de las niñas, y quería tener calma y control para hacerlo de la mejor manera posible.

Esperó a oír sus pasos por el pasillo y verla entrar en la cocina, pero no sucedió ninguna de las dos cosas. Salió de la cocina... y se encontró a Jude allí plantado, con la maleta a sus pies y el ordenador y su bolso en las manos.

Ella no tenía ni la más mínima intención de hablar con Jude Fisher en aquel momento.

—¿Qué estás haciendo aquí y cómo has entrado? —le preguntó.

Él le dio una patada a la maleta que tenía a los pies.

—Traerte tus cosas. Si hubieras entrado en el mismo coche que yo, no habría tenido que seguirte hasta aquí —replicó él, con ira.

—Yo no te lo he pedido. Y no me has respondido. ¿cómo has entrado en mi casa?

—He llamado a Lex. Ella me dio el código. También me ha hecho muchas preguntas sobre nuestro matrimonio y sobre lo que pensamos que estamos haciendo.

—Bueno, no fui yo la que exigió total secretismo, ¿no?

Jude hizo un gesto de contrariedad, dejó el ordenador sobre la maleta y colgó su bolso de un perchero que había detrás de la puerta. Addi oyó que su teléfono sonaba dentro del bolso.

—Seguramente, será ella —dijo Jude, mientras se quitaba el chaquetón.

—¿Qué le has dicho? —inquirió Addi.

—Nada. Que tú responderías a todas sus preguntas —respondió él, y se puso las manos en las caderas—. ¿Vamos a discutir en tu vestíbulo?

Addi entrecerró los ojos.

—¿Por qué no?

—¿Por qué estás tan enfadada conmigo? —le preguntó Jude—. ¿Y por qué has subido al otro coche?

—¡Me acusaste de filtrar la noticia! —gritó ella—. ¡Dijiste que había sido yo la que había divulgado el secreto!

—Bueno, es que no he sido yo, así que, ¿quién iba a ser? —gritó Jude, a su vez—. Mira, sé que Lex y tú estáis muy unidas, sé que no tenéis secretos la una para la otra, así que entiendo que se lo dijeras. Seguramente, a ella se le escapó delante de otras personas...

—¡Yo no se lo he dicho a nadie! —gritó Addi—. ¿Y no te parece que si Lex te ha hecho tantas preguntas es porque ella no sabía nada?

Jude frunció el ceño y cabeceó. Después, se pasó la mano por la cara.

—Sí, bueno... Eso no se me había pasado por la cabeza. Lo siento.

Addi alzó las manos con una completa frustración.

—¡No! No, no vale con un simple «Lo siento» después de haber hecho tal acusación. No lo acepto. Y, aunque pudiera pasar esto por alto, que no puedo, ¿cómo te atreves a acusarme de que he querido vengarme por un error que cometiste tú y por el que te disculpaste? ¡Yo no soy tan mala ni tan vengativa!

Él se pasó las manos por el pelo.

—Yo no quería...

—No me digas que fue por impulsividad, por la tensión del momento, o que no lo pensaste. Lo cierto es que cuando la gente está en una situación estresante, tiende a decir la verdad, porque no hay tiempo para filtrar las palabras. Tú crees todo lo que dijiste porque, instintivamente, piensas que voy a traicionarte. Que soy otra mujer más de las que quieren hacerte daño.

Él no respondió, y ella se alegró. Habría perdido completamente el respeto por él si hubiera intentado mentir. Jude se limitó a mirarla con pena y un brillo de desafío en los ojos.

—A pesar de haber pasado estas últimas semanas conmigo, a pesar de nuestras conversaciones y nuestras confidencias, no confías más en mí que cuando llegué a tu casa y te dije que íbamos a tener un hijo.

Se cruzó de brazos y balanceó el peso de su cuerpo sobre los pies.

—He estado intentándolo, Addi.

—Pero no lo consigues —respondió ella, con tristeza.

No había esperanza para ellos como pareja. Lo quería, y sabía que él también sentía algo, pero no era suficiente para superar sus miedos, y eso era una decepción constante para ella. Jude había fallado ya dos veces y, si no cambiaba su forma de pensar, volvería a hacerlo. El amor no podía florecer donde había dudas.

Él se frotó la mandíbula de arriba abajo.

—Nos conocemos desde hace muy poco, Addi. No estoy acostumbrado a ti, no estoy acostumbrado a esto. Llevo solo mucho tiempo. Lo haré mejor.

«Lo haré mejor».

¿Cuántas veces había oído aquello por parte de Joelle, y cuántas veces la había decepcionado? Y Dean le había dicho algo parecido cuando se peleaban por el hecho de que él no pudiera conectar con las niñas. Ninguno de los dos lo había hecho mejor. ¿Iba a ponerse otra vez en la misma situación?

—El hombre que quería casarse conmigo intentó quererme lo suficiente, pero no pudo. Me crié con una mujer que siempre prometió más de lo que podía cumplir, pero nunca nos dio lo que necesitábamos y queríamos. Yo seguía esperando y, cada vez que incumplía una de sus promesas, perdía un poco de mi alma. No voy a volver a pasar por eso.

Y, cada vez que Joelle fallaba, ella perdía más y más respeto y amor por su madre.

No quería que le ocurriera lo mismo con Jude. Iban a tener un hijo juntos y él iba a estar presente durante mucho tiempo en su vida, así que tenía que dejar de desear, de soñar y de esperar que él mejorara.

Respiró profundamente y contuvo las lágrimas. Ya lloraría después.

—Íbamos a reevaluar nuestra relación de todos modos, así que digamos que hemos roto, Jude —le dijo—. Vamos a vivir separados. Después de que nazca el bebé, nos divorciaremos. Lo único que necesito es que pagues los honorarios de los abogados, tal y como acordamos inicialmente.

—Pero... ¿y nosotros?

—¡No hay ningún «nosotros», Jude! No puede ser, porque tú no puedes darme lo que necesito.

—¿Y qué es eso, exactamente, Addi? —preguntó Jude, con un gruñido de emoción reprimida. ¿Ira, o desesperación? Ella no lo sabía.

—Lo que necesito es que me quieras. Que seas parte de mi vida y de la de nuestro hijo en el día a día. Envejecer contigo y quererte para siempre. Porque, odio decir esto, pero te quiero, Jude.

Él trató de agarrarla, pero Addi sabía que, si la tocaba, ella perdería toda su determinación.

—Pero quererte no es suficiente para mí. Eso me ocurrió con mi madre, y estuvo a punto de matarme.

—Yo también podría quererte, Addi.

—No, no puedes, porque no puedes confiar en mí. Y porque no puedes ponerme a mí por delante de Fisher International. Me niego a volver a ser la niña que fui, siempre detrás de una estrella fugaz, rezando para que tú mires atrás y te acuerdes de que estoy ahí. Ya lo he hecho, y no es divertido. Prefiero vivir sin ti.

—Me estás pidiendo mucho, Addi —dijo él, con los ojos entrecerrados.

Ella se encogió de hombros. Ojalá se marchara. Quería echarse a llorar, pero no podía hacerlo si él estaba allí.

—Puede ser. Puede ser que yo debiera estar agradecida por lo que tú decidas dar, pero no soy ese tipo de persona. Como mis hermanas, me

merezco a un hombre que pueda convertirme en el centro de su mundo. Y, si tú no puedes ser ese hombre, prefiero estar sola.

Jude se quedó mirando al suelo. Addi pasó por delante de él para abrir la puerta.

—Por favor, márchate, Jude. Si sientes algo de afecto por mí, vete, por favor.

Jude vaciló.

—Siento muchísimo no poder darte lo que necesitas, Addi. Ese nivel de confianza es imposible para mí.

—Ya lo sé —susurró ella.

Y, mientras lo veía caminar hacia su coche, empezaron a rodar las lágrimas por las mejillas. No parecía que ver marcharse a alguien tan querido se volviera más fácil con el tiempo.

Lex estaba sentada en el sofá, junto a Addi, mirándola al mismo tiempo con horror y comprensión. Tenía una copa de vino entre las manos, y Addi quería quitársela y bebérsela de un trago. Necesitaba las propiedades calmantes del vino.

—¿De cuánto estás? —le preguntó Lex.

—De doce semanas —dijo ella.

—¿Y cuándo te vas a hacer la primera ecografía?

—No lo sé. En algún momento —dijo ella.

—Ads, eres la persona con más sentido común que conozco, y el hecho de que no sepas cuándo vas a tener la próxima cita con el médico me preocupa. En otra situación, habrías hecho ya seis listas, habrías reservado clases de preparación al parto y habrías empezado a mirar colegios.

Sí, pronto volvería a ser ella misma, pero, en aquel momento, estaba intentando mantenerse en pie y no tenía energía suficiente para ser una obsesa del control.

—Siento haberme quedado embarazada, Lex. Siento haberlo estropeado todo.

Lex la miró con asombro.

—¿Por qué me pides perdón a mí?

—Hicimos un juramento. Dijimos que no seguiríamos los pasos de Joelle.

—Oh, Ads... eres demasiado dura contigo misma. Sé que tú estabas tomando la píldora, y estoy segura de que Jude usó preservativos. Lo que pasa es que ese pequeño monstruito —dijo, señalando la tripa de Addi— quería estar aquí. La niña ha pasado dos barreras de anticonceptivos para venir. Dios, es una guerrera.

—Puede que sea un niño —murmuró Addi.

Lex sonrió.

—No, es una niña. Nosotras solo hacemos niñas, Ads —dijo, y le acarició el vientre a su hermana—. Estoy impaciente por conocer al nuevo miembro de nuestro clan. Vas a ser una madre maravillosa.

Addi hizo un gesto negativo.

—No soy tan buena con Nixi y Snow. No como tú.

Lex movió la cabeza de lado a lado.

—Addi, tú estabas trabajando, intentando ganar dinero para darnos de comer, comprarnos ropa y mantenernos en una situación estable. Estabas agotada. No tienes por qué ser todo para todo el mundo.

Jude le había dicho lo mismo. Y, tal vez, había llegado el momento de darse un respiro, de aceptar que lo había hecho todo lo mejor posible con los recursos que tenía, tanto mentales, como físicos, como económicos... Tenía que seguir adelante. Todo el mundo estaba bien.

Bueno, ella, no, pero sus hermanas, sí.

—Aunque todavía estoy enfadada contigo por no haberme dicho antes lo del bebé y lo de la demanda por la custodia, Ads.

Ella se estremeció.

—Estaba intentando ahorrarte el estrés.

—Pero ya no soy una niña, y no tienes por qué protegerme. Soy tu hermana, una mujer adulta, y me merezco que me trates como tal.

—Lo sé. Perdóname.

Afortunadamente, Lex no era nada rencorosa.

—Cole me ha dicho que fue el cura el que filtró la noticia de vuestra boda, por cierto. Vendió la exclusiva, pero solo después de que la donación de Jude apareciera en su cuenta corriente.

Addi se quedó boquiabierta.

—¡Ese cerdo avaricioso!

Lex asintió.

—Bueno, pasado mañana tenemos la vista por la custodia, y Joelle va a estar allí. Cole y Storm van a venir con nosotras, y Thandi cree que, si damos una imagen de unidad, el juez no le concederá la custodia a Joelle.

Una imagen de unidad... No del todo. Jude no iba a estar presente. Llevaban una semana sin verse ni hablar y, para ella, cada día era más triste que el anterior.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que tragar saliva.

—Oh, Ads —murmuró Lex, y le dio un abrazo—. Va a ir mejorando, cariño, te lo prometo.

Ella se puso a sollozar en el cuello de su hermana. Lo cierto era que no pensaba que las cosas pudieran mejorar.

Noveno día, y ningún avance. Jude estaba hundido.

Todavía se sentía muy triste y conmocionado. Estaba en el salón de su casa. No había vuelto a salir desde el día en que se había despedido de Addi. Apoyó el antebrazo por encima de la cabeza y notó el frío del vidrio del ventanal a través de la tela de su sudadera.

Había anochecido hacía unas horas y la luz de la luna iluminaba débilmente el contorno de las montañas que había a pocos kilómetros de allí. A él le parecía que su corazón se había quedado con los mismos picos irregulares... Era como si le costara bombear la sangre a todo su cuerpo.

Pensaba que sabía lo que era un desengaño amoroso como aquel, pero se había dado cuenta de que nunca había estado cerca de la desolación completa.

En aquel momento, ya sabía lo que era. Acababa de aprenderlo, como también había aprendido lo que era realmente echar de menos a alguien. Echaba tanto de menos a Addi, que le parecía que estaba en el séptimo nivel del infierno.

Tomó su copa de vino y se sentó delante de la chimenea, que estaba apagada. La verdad lo estaba mirando de cara, exigiendo que le prestara atención, y tenía que enfrentarse a ella. No podía sentirse peor. Se había equivocado en varias ocasiones, y con diferentes resultados, pero había seguido tropezando, sin pensar en lo que hacía, decía o pensaba. Eso iba a terminar en aquel momento. No tenía otra opción que convertirse en un hombre mejor, digno de alguien tan fuerte y especial como Addi.

Apoyó la copa de vino contra su frente. Él había tenido todas las ventajas del dinero y el poder, y había sido un niño mimado desde su nacimiento. Era cierto que había perdido a sus padres, pero también había tenido la oportunidad de asistir a magníficas escuelas y de recibir una educación privilegiada. Había tenido muchísimos amigos y las muchachas lo habían adorado. Había tenido muchas ventajas en la vida.

Marina lo había engañado, sí, pero él era joven y estaba muy enamorado. Ella lo había dejado en ridículo, sí, ¿y qué? Incluso a los diecinueve años, él se había quedado a su lado, mostrándole mucha más lealtad de la que se merecía. Ya era hora de poner el incidente de Marina en perspectiva. En aquel momento, él era joven e idealista, y ella era una hábil estafadora. Pero no había muerto nadie; tan solo habían salido lastimados su orgullo y el ego de su abuelo, y una pequeña parte de su corazón.

En lugar de analizar la situación y restarle importancia, se había pasado demasiados años alimentando el dolor y otorgándole, como a las burlas de su abuelo, mucho más poder del que merecían. Le había dado demasiada relevancia a aquel año de su vida y le había dedicado demasiada energía mental. Y, como resultado, había comenzado a creer que el amor era peligroso y que no se podía confiar en las mujeres.

Esa noción se había visto reforzada por la traición de Jane y la humillación de que su historia apareciera en los periódicos, y había provocado que el cinismo y la desconfianza se asentaran. En lugar de responder a los artículos periodísticos entre risas, encogiéndose de hombros, diciéndole a la prensa que era joven e ingenuo, el horror y la vergüenza que sentía habían convertido la historia en algo mucho más jugoso de lo que era.

El viejo Bartholomew y él eran los reyes de la exageración.

Marina era una estafadora y Jane, una mala persona, pero eso no significaba que todas las mujeres fueran iguales.

Ciertamente, Addi no lo era. Ella era una persona recta, valiente, independiente y luchadora. No se había dejado derrotar por los golpes de la vida. Simplemente, se había puesto en pie y había seguido luchando. Desde muy joven había estudiado y trabajado para mantener unida y segura a su familia, sacrificando su libertad económica y social. Fuera difícil o no, Addi hacía lo correcto. Era la mejor persona que conocía... Y, por alguna razón, lo quería a él. Ese era el mayor milagro de todos.

Se merecía mucho más que tener que mantener en secreto su matrimonio. Mucho, mucho más. Los milagros, el amor y las segundas oportunidades no llegaban con tanta frecuencia, y estaba seguro de que a él se le estaban terminando.

Tal vez había llegado la hora de dejar de deprimirse y empezar a actuar.

Aquello podría resultar contraproducente, pensó Jude, mientras su chófer lo dejaba frente al juzgado en el que Addi y Lex debían presentarse a la vista por la custodia. Cole le había dicho que las niñas estaban en el colegio y que no iban a estar presentes para ahorrarles la terrible experiencia de ver a un grupo de extraños decidiendo su futuro. Su amigo iba a acompañar a Lex, pero Addi estaría sola.

Y eso no era aceptable.

Se había puesto un elegante traje gris, una camisa blanca y una corbata estampada. Subió corriendo las escaleras, imaginándose a Addi sentada junto a su abogada, vestida con un traje sobrio, tratando de impedir que el miedo se reflejara en su rostro. Él la conocía y sabía que, aunque estuviese temblando por dentro, nadie iba a darse cuenta.

Esperaba haber llegado a tiempo... Sala siete, tercer piso, jueza Nkosi. Miró su reloj y aceleró el paso. La vista estaba a punto de empezar y él no quería molestar a la jueza al entrar. Encontró la puerta, la abrió e hizo una mueca al oír el sonoro chirrido. En la sala reinaba el silencio. Todo el mundo estaba en pie, y todos se giraron para mirarlo.

Incluyendo a Addi, que se quedó boquiabierta. Verdaderamente, esperaba besarla más tarde. Hacía demasiado tiempo que no la abrazaba. Quería decirle que era suya, y viceversa, y que...

—¿Va a quedarse ahí parado?

Una voz aguda se infiltró en sus reflexiones y Jude apartó la mirada de su esposa y observó a la jueza. Tenía el pelo canoso y llevaba gafas bifocales. Llevaba los labios pintados de rojo y su mirada era más afilada que una catana.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Y por qué llega tarde?

Jude trató de no encogerse y, por el rabillo del ojo, captó la sonrisa de Cole. Se abotonó la chaqueta del traje mientras se acercaba al grupo, que estaba frente al estrado. Vislumbró a Joelle, que tenía el pelo rubio y largo hasta la cintura. Parecía la hermana mayor de Addi.

—De nuevo, ¿quién es usted?

Sí, tenía que concentrarse. Jude sonrió a Addi y miró a la jueza.

—Me llamo Jude Fisher...

—De Fisher International.

—Sí, es mi empresa.

—¿Y qué papel tiene usted en esta vista, señor Fisher? —le preguntó la jueza Nkosi, en tono de impaciencia.

—Señoría, he venido a apoyar a mi esposa —dijo él, y se puso junto a Addi.

—Um... —murmuró la jueza, y miró hacia abajo.

Jude sintió la mirada de Addi y se volvió hacia ella. Vio la cara con la que quería pasar el resto de su vida, que lo observaba con absoluto asombro.

—Pero... ¿qué estás hac...?

Él se inclinó para responderle en voz baja, al oído.

—Ahora no, cariño.

Cuando se irguió, la jueza miró hacia arriba y enarcó las cejas.

—Bien, ahora vamos a escuchar sus argumentos sobre quién debería cuidar a las señoritas Nixi y Snow, y por qué. Y, por favor, recuerden que yo solo estoy del lado de las niñas...

—He tomado la decisión de que la tutela legal de las niñas sea compartida por sus hermanas mayores. La madre tendrá derecho de visita, aunque, a juzgar por la falta de interés en sus hijas, no creo que lo ejerza —dijo la jueza Nkosi, con evidente desdén hacia Joelle—. Así mismo, ordeno que la señora Cannon pague la manutención de las niñas atendiendo a una cantidad que se fijará posteriormente, aunque dudo que cumpla con sus obligaciones. ¿No es así, señora Cannon?

—Probablemente, no —respondió Joelle, alegremente.

Addi se preguntó por qué quería que las niñas volvieran con ella, pero luego pensó que, en realidad, no le importaba demasiado. Sus hermanas y su bebé sí eran importantes, pero su madre, no. Vio que Joelle miraba de arriba abajo a Jude y a Cole.

—Atractivos y ricos. Os enseñé bien —dijo, y miró a Storm—. ¿Y cuál es tu excusa?

Addi oyó gruñir a su hermana y la sujetó por la parte trasera de la camisa para que no se lanzara sobre Joelle. Por suerte para todos, la jueza Nkosi dio un mazazo en el estrado y puso fin a la vista, después de sugerirle a Joelle que saliera del juzgado antes que sus hijas.

A ella le pareció una excelente idea.

Estaba mareada, así que se sentó en la silla más cercana y bajó la cabeza hasta las piernas. No sabía en qué concentrarse primero.

Las niñas estaban a salvo. Su familia estaba intacta. Jude estaba allí, con ella.

Había aparecido en el momento en que más lo necesitaba y había posado la mano en su espalda para transmitirle que podía apoyarse en él.

Desde un lugar muy lejano, oyó risas y las palabras de emoción de Storm, y vio a Lex abrazar a Thandi. Storm le dijo a Jude que Nixi y Snow iban a echarle la bronca por haberse perdido la oportunidad de ser damas de honor en la boda. ¿Por qué Jude ya no ocultaba su matrimonio? Lo había mencionado en la sala del juicio, anunciándoselo a todo el mundo.

Cole dijo algo ininteligible, y Thandi respondió algo que tampoco pudo entender.

Notó una mano en la espalda y abrió los ojos. Jude estaba agachado frente a ella. El mundo empezó a encogerse. Mientras miraba sus maravillosos ojos verdes, se inclinó hacia un lado...

Y, después, nada.

Addi se despertó con la cabeza apoyada en una almohada mullida y, poco a poco, abrió los ojos. Estaba en su habitación y se sentía como si pudiera seguir durmiendo durante días.

Cuando iba a volver a dormirse, notó que entraba la luz del sol en la habitación. Eso significaba que se había echado una siesta, y ella nunca se echaba siestas...

Se irguió de golpe y miró a su alrededor. Lo último que recordaba era que estaba en los juzgados, casi eufórica porque Lex y ella habían conseguido la custodia de las niñas. Y Jude también estaba allí. Había confirmado que se habían casado.

Su secreto ya no lo era.

Addi se pasó las manos por el pelo y miró la camiseta que llevaba. Era de Jude. Se había acostumbrado a utilizarla porque era suave y, por mucho que la lavara, todavía percibía el olor de su colonia en la tela.

—¿Por qué estás olisqueando esa camiseta?

Lex se llevó una mano al pecho al oír la pregunta de Nixi. Nixi llevaba, con mucho cuidado, una taza de té hacia su cama, y Snow llevaba un plato de panecillos tostados.

—Te hemos hecho algo de comer —dijo la niña, y le entregó el plato. Addi lo tomó y le dio un beso en la cabeza pelirroja. Después, hizo lo mismo con Nixi.

—¿Estás enferma, Addi? —le preguntó Nixi con preocupación.

Addi adoptó su actitud protectora y tomó a la niña por la barbilla para mirarla a los ojos marrones.

—No estoy enferma, cariño, pero, si lo estuviera, tu trabajo no es curarme, ni el de Snow, tampoco. Vosotras tenéis que ser niñas, y Lex y yo somos las que tenemos que cuidaros.

—Pero...

Addi no le dio la oportunidad de continuar.

—Nada de «peros», Nixi. Nosotras somos las mayores, vosotras sois las niñas. Nosotras somos las que tenemos que tomar las decisiones difíciles, con ayuda de Storm y de Cole —añadió, mirando a Lex con una sonrisa—. Nosotras os cuidamos a vosotras.

—Pero ¿quién te va a cuidar a ti? —preguntó Snow, con la misma ansiedad que Nixi.

—Eso tengo que hacerlo yo.

Addi miró hacia la puerta, más allá de sus hermanas, y vio aparecer a Jude. Se había quitado la corbata e iba en mangas de camisa. Se acercó a la cama, al lado de Snow, y se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella asintió y se mordió el labio.

—Creo que me agobié demasiado.

Él sonrió ligeramente.

—Nunca pensé que existiera algo que pudiera ponerte de rodillas, Fields.

«Tú lo consigues», pensó ella.

—No pienses que va a volver a suceder, Fisher.

—¿Quién eres tú?

Los dos miraron a Nixi. Parecía que su princesa guerrera quería defender su reino. Claramente, todavía tenía un par de conversaciones pendientes con ella acerca de su papel en la familia.

—Te presento a Jude. Es mi...

No sabía cómo explicarlo. ¿Qué era Jude para ellas?

—Soy el señor que va a cuidar de Addi para que ella pueda cuidaros a vosotras.

No pareció que eso convenciera a Nixi. Addi miró a Storm y a Lex, que estaban abrazadas por la cintura, junto a la puerta. Sus hermanas captaron su petición, se llevaron a las niñas fuera del dormitorio y cerraron la puerta para acallar sus sonoras quejas. Lex les dijo que, si no dejaban de gritar inmediatamente, no les dejaría ser damas de honor en la boda, y se hizo el silencio.

Addi se dio cuenta de que Jude no le quitaba los ojos de encima.

—Eh —le dijo él, sentándose a su lado.

Ella ladeó la cabeza y se cruzó de brazos.

—No me acuerdo de haber vuelto a casa.

—Recuperaste el conocimiento enseguida, pero, en cuanto te tomé en brazos para traerte en mi coche, te quedaste dormida. Llevas durmiendo cinco horas.

—¿Tanto?

—Llamé a tu ginecóloga y me dijo que, seguramente, era una reacción al estrés. El cuerpo tiene estrategias para descansar cuando no da para más.

—Sí, supongo que sabe cuándo debe dejar de luchar —respondió ella, y se miró las manos—. ¿Por qué viniste al juzgado y por qué...?

—¿Por qué le dije a todo el mundo que estamos casados? Porque estés donde estés, allí es donde tengo que estar yo. Y porque quiero que todo el mundo sepa la suerte que tengo de poder decir que eres mi mujer.

—No lo entiendo, Jude.

Él la tomó de la mano.

—Cometí errores de exceso de confianza en los demás, Ads, pero ahora sé que mis errores con Marina y Jane no fueron tan horribles. Con

Marina, yo era un niño y, con respecto a Jane, pensé que tenía más integridad. Sí, fallé, pero todos podemos cometer errores. Así es como se aprende. Sin embargo, el mayor error que he cometido en la vida ha sido perderte.

Cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz.

—Estos diez días sin ti han sido horribles. Te he echado de menos en todos los sentidos. Lo que te dije en el aeropuerto fue el mayor error de mi vida, y me he arrepentido todos los días desde entonces. Mi única excusa es que tenía miedo.

—¿De qué?

Él la miró a los ojos, y ella vio en su semblante el amor, el temor y, quizá, un poco de esperanza.

—De quererte, de perderte, de estropearlo todo, de correr un gran riesgo. He estado intentando averiguar cuál es el mejor camino desde que te vi por primera vez en el Vane.

Jude se inclinó hacia delante y apoyó su frente en la de ella.

—Te quiero muchísimo, Ads. Quiero al bebé, también, pero tú eres lo más importante para mí.

A ella se le cayeron las lágrimas.

—Yo también te quiero, Jude —dijo.

Se besaron. Sus labios se unieron con fuerza y, cuando él profundizó en el beso, ella se sintió como si su cuerpo expulsara toda la angustia y dejara entrar la luz del sol.

Estaba a punto de sentarse en su regazo cuando se abrió la puerta y se oyeron risitas infantiles. Addi tomó uno de los almohadones de la cama y lo lanzó hacia la puerta, que se cerró inmediatamente.

—Lo siento —susurró—. Pueden llegar a ser muy intensas.

Él sonrió.

—Ya me acostumbraré —dijo—. Pero tenemos que empezar a cerrar la puerta con llave.

La estrechó entre sus brazos, y ella pensó que aquel, era, exactamente, su sitio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó.

Él le dio un beso en la coronilla.

—Bueno, hay diferentes opciones. Después de hablar con Cole, parece que Storm va a utilizar el apartamento que hay sobre el garaje de su finca, y van a contratar a una niñera para las niñas, de modo que Lex pueda terminar los estudios. Si quieres, tú puedes mudarte a la cabaña de la finca, quedarte aquí o...

Ninguna de esas opciones le parecía apetecible.

—¿O...? —preguntó.

—O vivamos juntos aquí, o en mi piso, y pasemos los fines de semana con o sin las chicas en mi casa en Franschhoek. También podemos buscar una casa cerca de la casa de Cole y Lex, una lo suficientemente grande como para que las niñas se queden a dormir cuando ellos necesiten un descanso.

Estaba a punto de decirle que estaba interesada en esa opción cuando él levantó la mano.

—Quería decir algo más...

Ella se apartó, un poco preocupada, y lo miró.

—Sé lo independiente que eres, y sé que te prometí un trabajo en Fisher. Por supuesto, ese trabajo está ahí cuando lo desees.

—¿Pero?

—Pero me gustaría que te tomaras un respiro. Me gustaría que me dejaras cuidarte. Has tenido la gran responsabilidad de tomar decisiones cruciales todo el tiempo, el estrés de estirar el dinero y mantener unida a esta familia, y me gustaría que te tomaras unos meses de descanso. Sé que no serías feliz sin trabajar, porque tú necesitas estimulación. Estoy pensando que, tal vez, cuando estés lista para volver a trabajar, podrías dedicarte a resolver problemas y gestionar las crisis en Fisher International. O, tal vez, administrar tu propio grupo de hoteles.

—No tengo un grupo de hoteles, Jude —respondió ella.

Él se encogió, pero en broma.

—Bueno, en cierto modo, sí. He puesto a tu nombre todos mis hoteles y refugios ecológicos, los que compré a título personal. Ah, y también compré el hotel boutique de la Costa de los Esqueletos para ti, pero sospecho que va a convertirse en nuestro refugio.

¿Cómo? ¿Ella era la dueña de Dune House? Y, además, ¿tenía una pequeña cadena de hoteles?

—¿Tú...? ¿Qué...? Pero ¿por qué?

—Llámalo regalo de bodas. Llámalo una muestra de agradecimiento por mi bebé, de la gratitud que siento por tu amor. También es una promesa de que, hagamos lo que hagamos y vayamos donde vayamos, lo haremos juntos. ¿Trato hecho?

A ella le daba vueltas la cabeza.

—Um... Podías haber comprado un anillo, Fisher —dijo, sin aliento.

Él se inclinó hacia un lado y se sacó un pequeño estuche del bolsillo del pantalón. Lo abrió con el pulgar y, al ver el contenido, ella tragó saliva. Era un precioso anillo con tres enormes piedras: una esmeralda, un zafiro y lo que a ella le pareció un diamante rosa.

—Me parece que vamos a tener una niña —dijo Jude, riéndose.

Sí, probablemente, pensó ella. Jude le puso el anillo en el dedo anular de la mano izquierda y se la llevó a los labios.

—Entonces, ¿nos casamos, Ads?

—Ya estamos casados —respondió ella, con una carcajada.

—Sí, pero, esta vez, vamos a hacerlo bien...